

PUCK

¡ADIÓS!

Lillian Morris



¡PUCK, ADIÓS!

Por

LISBETH WERNER

Título original danés: STAKKELS PRINSESSE – PIGERNES
OPROR

Traducción: Annelise Larsen

Cubierta: Gonzalez Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

OCTAVA EDICIÓN

Depósito Legal: B 31 718-1988

ISBN 84-310-2447-X

© Carlos Andersen - Kund Meister

Copenhague - Dinamarca

(c) Ediciones Toray, S. A., 1988 Duero, 6. 08031 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Lito Fisan. S.L. Jaume Piquet, 7 08017 Barcelona.

[image]

[image]

La República de Ghana está situada en el golfo de Guinea, en Africa, y tiene una población de unos cinco millones de habitantes. Aunque como país no es demasiado importante, durante siglos fue muy codiciado por navegantes, aventureros y comerciantes blancos. Varios países tomaron posesión del territorio, entre ellos Dinamarca. Los colonos daneses establecieron plantaciones y construyeron varios fuertes. El más famoso fue «Christiansborg», que aún existe en Accra, la capital, y en él reside el presidente de la República.

En 1850, Dinamarca vendió los fuertes y haciendas de su colonia a Inglaterra, y en 1901, toda la Costa de Oro quedó bajo dominio británico. Desde 1957, el territorio se llama Ghana, y en 1960, se convirtió en república independiente, con gobierno propio. Su capital, Accra, tiene alrededor de 150.000 habitantes. Es una ciudad moderna con mucho comercio. Ghana exporta cacao, oro, diamantes, madera, manganeso, palmitos y bauxita (mineral de aluminio). En el país hay muchos y ricos yacimientos de oro y diamantes...

* * *

«El Rey de los Diamantes», Edward Ngubah, vivía en una

magnífica y ultramoderna mansión en las afueras de Accra. Era dueño de varias minas de oro y diamantes, y estaba considerado como uno de los hombres más ricos del país. El prestigio de aquel hombre entre los indígenas era grande, pues pertenecía a una de las más antiguas familias reales. Entre sus antepasados también había habido algún europeo y, por ello, el color de su piel era bastante más claro que el de sus hermanos de raza. También su nombre de pila, Edward, tenía su origen en aquella aportación de sangre europea en su familia.

Edward Ngubah no sólo era un hábil comerciante, sino también persona de amplia cultura que hablaba con fluidez varios idiomas. Este gran hombre de negocios tenía una debilidad: Riah, su hija de quince años. La madre de la chiquilla había muerto en accidente tres años antes, y como el padre quería que su hija recibiera una educación refinada, había decidido que terminase sus estudios en Europa.

Como es natural, la pequeña princesa de sangre real había sido muy mimada después de la muerte de su madre. Sin embargo, continuaba siendo la misma muchacha simpática y sencilla, muy querida de cuantos la rodeaban, desde la más humilde negrita hasta su distinguida institutriz inglesa.

Riah era muy bonita. Su cabello oscuro y sus ojos negros, que contrastaban con su piel tostada, y la silueta frágil y esbelta, la convertían en la muchacha más bonita de toda Accra. Había hecho amistad con muchas chicas de su edad, sin que le importara si sus padres trabajaban en las minas u ocupaban un importante puesto en la capital. Para Riah, todas eran iguales si tenían buen carácter.

Edward Ngubah guardaba en su biblioteca libros daneses de la época colonial y, aunque ya hacía de eso más de cien años, se había entretenido en aprender el idioma. Poco a poco, también le había enseñado a su hijita a hablar danés, y en ello le había servido de gran ayuda una muchacha danesa que trabajó varios años en su casa. Lo malo es que el lenguaje y las expresiones de aquella danesa eran vulgares, pero, por lo menos, habían tenido ocasión de practicar aquel extraño idioma.

Estaba ya decidido que Riah terminara sus estudios en Europa; pero «El Rey de los Diamantes» aún no sabía si mandarla a Inglaterra o a Suiza. La institutriz inglesa, la señorita Gearson,

opinaba que Inglaterra era el único lugar adecuado; Ngubah, sin embargo, estaba muy interesado en que fuera a Suiza... Finalmente, el país elegido fue Dinamarca.

Esta inesperada decisión se debía a un capricho del destino. El director Andreas Bech, copropietario de una gran empresa industrial danesa con sucursales en todo el mundo, había llegado a Ghana para abrir una nueva sucursal en aquel país. Había calculado que su trabajo en África duraría mucho tiempo, y por eso había matriculado a su hija Karina en el «Instituto Clara Moeller», donde, dicho sea de paso, se había convertido en el terror del colegio a causa de sus continuas burlas y travesuras. No obstante, tras la intervención de Puck y sus amigas, todo había terminado felizmente. La consentida Karina había aprendido a no considerarse el centro del mundo.

Como Andreas Bech y Edward Ngubah hacían importantes negocios juntos, se habían tratado con bastante frecuencia. Durante una de sus conversaciones, Ngubah mencionó que su hija iba a estudiar en Inglaterra o en Suiza.

— ¿Por qué no en Dinamarca? —preguntó el director Bech—. Hace algo más de cien años, nos unían fuertes lazos con Ghana; además, he oído que su hijita había bien mi idioma, lo cual constituye una ventaja. Yo tengo a mi hija en el «Instituto Clara Moeller», un colegio de los mejores, donde enseñan todo lo que una jovencita necesita saber. Es bastante difícil ingresar en ese centro..., tiene una larga lista de espera...; no obstante, quizá lográramos algo si escribo a la directora. Incluso, quizá, pudiéramos arreglar que su hija comparta la habitación con la mía.

Discutieron el asunto con calma y el resultado fue que Riah iría al «Instituto Clara Moeller», si había plaza para ella. El director Bech envió una solicitud a la directora y, diez días después, recibió respuesta: Riah era aceptada... y compartiría la habitación con Karina Bech.

Cuando la pequeña Riah se enteró de la noticia, no mostró gran entusiasmo. Quería mucho a su padre, estaba muy a gusto en su maravilloso hogar y tenía muchas amigas en Accra. Le era difícil aceptar que, durante un par de años, viviría tan lejos, en un país frío y extraño, donde no conocía a nadie.

Por la noche, la muchacha se durmió llorando, y en los días

siguientes su mal humor no mejoró. ¿Por qué querían mandarla tan lejos? Ojalá su padre hubiera sido pobre, y no tuviese dinero para mandarla al extranjero... Eso hubiera sido mejor, mucho mejor. Aunque Riah estaba desolada, se esforzó por ocultárselo a su padre, pues sabía que él sólo pensaba en su futuro.

A pesar de su juventud, la muchacha comprendía que muchas cosas habían cambiado en África durante los últimos años. Ya no eran únicamente los blancos quienes tenían importancia y recibían educación esmerada. Ahora los jóvenes indígenas también estudiaban para poder igualarse a sus antiguos colonizadores. Cuando ella regresara de Dinamarca, se matricularía en la Universidad de Achimota, que, por fortuna, estaba cerca de su casa y donde también estudiarían algunas de sus amigas.

Intentaba convencerse a sí misma de que dos años en Dinamarca pasarían rápidamente..., pero... ¡Era muy difícil! ¿Y cómo se portarían con ella sus nuevas compañeras de colegio?

Allí, en Accra, había ocurrido en algunas ocasiones que los blancos miraban con desprecio a los negros... No obstante, su padre le había dicho que en Dinamarca no existía la discriminación racial ni religiosa y que todos eran tratados por igual.

Cuando, por la tarde, Andreas Bech llegó a la mansión, Riah, a pesar de su tristeza, se interesó por saber cómo era Dinamarca y, sobre todo, el colegio en el que iba a pasar los dos próximos años. El director Bech le facilitó cuanta información pudo y concluyó:

— Estoy seguro de que te gustará el Instituto, Riah. Tendrás unas profesoras inmejorables y muchas buenas amigas. Además, será estupendo que compartas la habitación con mi hija. Es una muchacha muy simpática..., ¡ejem!..., quizás algo consentida..., pero te gustará.. A ella le encanta la Naturaleza..., los animales y las flores..., y tiene muchas amigas.

— Seguro que simpatizaremos — asintió la pequeña princesa, mientras un par de lágrimas resbalaban por sus tostadas mejillas —. También a mí me gustan los animales y la Naturaleza, aunque todo será muy distinto en Dinamarca. ¿Hace mucho frío allí?

— No creo que pases frío — sonrió Bech —. Claro que hará más que aquí, en Ghana, pero uno se abriga y no se nota...

Le acarició el cabello, al darse cuenta que lloraba. Debía resultar muy difícil para aquella chiquilla abandonar su maravilloso hogar

durante dos años y tener que vivir entre muchachas desconocidas de otra raza y costumbres..., pero confiaba en que todo iría bien. Riah parecía una chica con carácter, y una vez que se acostumbrara a su nueva vida, todo marcharía sobre ruedas.

* * *

[image]

Una semana más tarde, Riah emprendería su viaje. Su padre le había reservado billete en un vuelo directo hasta Copenhague. Se decidió que la institutriz, la señorita Gearson, la acompañaría hasta el colegio.

Los días transcurrían con demasiada rapidez en opinión de Riah, quien, con gran tristeza, había empezado ya a contar las horas. Al final, su padre notó su desolación, e intentó consolarla lo mejor que pudo.

— Es por tu bien, querida niña. No es suficiente que nuestro país sea ya libre, también la población debe ser libre y eso sólo es posible por medio del estudio. Debemos alcanzar el mismo nivel cultural que quienes nos gobernaban. Tendrás buenas compañeras y estos dos años pasarán pronto. Además, te prometo que iré a visitarte dos veces al año...

— ¿De veras? —exclamó Riah impulsiva, lanzándose al cuello de su padre—. ¿Tendrás tiempo para hacer viajes tan largos?

El padre sonrió.

— No existen los viajes largos hoy día. El avión es un invento maravilloso.

El humor de Riah mejoró notablemente. Dos días antes de su partida, Riah dio una fiesta a todas sus amigas en el jardín de su casa. A la sombra de unos grandes árboles, habían colocado varias mesas con refrescos, pasteles y golosinas, y las invitadas no se hacían rogar para hacer los honores a todo ello.

La mejor amiga de Riah se llamaba Gurah, una chiquilla negra, de piel muy oscura, ojos vivaces, dientes blanquísimos y muy inteligente. Su padre trabajaba en las minas de oro y no podía permitirse el lujo de pagarle a su hija estudios caros; sin embargo, Riah había arreglado aquel problema con suma facilidad. Se lo contó a su padre, y éste prometió pagar los estudios completos de Gurah.

Las dos amigas estaban desoladas por tener que separarse. Para

ellas, dos años era muchísimo tiempo. Hablaban con gesto serio, sin participar en la alegría general. Gurah dijo con voz insegura:

— Me siento muy triste porque te vas, Riah... Prométeme que me escribirás.

— Te escribiré cada semana.

La negrita mostró sus blanquísimos dientes al sonreír.

— No prometas demasiado, Riah. Cuando uno se encuentra en otros lugares, con otras amigas, no siempre resulta fácil mantener las promesas. Me sentiría feliz con que sólo me escribieras una vez al mes. Yo te escribiré también; pero, por desgracia, aquí, en Accra, no ocurren muchas cosas que contar...

[image]

Y terminó poniéndose seria.

— Aunque no te hayas marchado todavía, Riah, ya estoy pensando con ilusión en el día de tu vuelta a Ghana. Prométeme que no te casarás con un príncipe blanco en Dinamarca.

— No creo que haya muchos príncipes donde yo voy a estar, Gurah... Además, prefieren casarse con princesas de su misma raza.

Gurah no comprendió muy bien aquello. Si ella hubiera sido príncipe, hubiera elegido a Riah, que era la muchacha más simpática y bonita de Ghana.

[image]

Después de clase, si el tiempo lo permitía, la piscina era el lugar preferido por las alumnas. Para muchas, era la mejor instalación de todo el «Instituto Clara Moeller». Allí siempre había animación y alegría. A Eva Moeller, profesora de gimnasia y sobrina de la directora, le era difícil a veces gobernar a aquellas muchachas juguetonas cuando enseñaba natación.

Puck estaba sentada con Karen, Navio y «Torbellino», disfrutando del sol, cuando Karina llegó corriendo desde el edificio principal. Traía una carta en la mano. Jadeando, les explicó que había recibido una carta de su padre desde Ghana, y que una princesa negra llegaría al Instituto y viviría con ella en el «Escarpín de Dama».

— ¡Vaya! —exclamó Navio entusiasmada—. Eso suena formidablemente palpitante. ¿Es princesa de veras?

Karina vaciló.

— Pues creo que sí; si no, mi padre no me lo hubiera dicho...,

pero no creo que ser princesa en África signifique mucho. Alma dice que en aquel continente hay un sinnúmero de personas de sangre real...

— ¿Y qué pasará con Alma? —preguntó Puck—. ¿Tendrá que mudarse del «Escarpín de Dama»?

— Supongo...

Karina no parecía muy entusiasmada al pensar en ello. Hasta entonces, había compartido su habitación con Alma Nielsen, una muchacha sencilla, modesta e inteligente, con quien era difícil pelearse. Y en los estudios, Alma representaba una gran ayuda. Poseía conocimientos muy amplios. La llamaban «El diccionario del Instituto».

Alma era una muchacha dulce, con hermosos ojos azules tras los cristales de sus modernas gafas. Estaba contenta de compartir la habitación con Karina; sin embargo, no se había quejado cuando le dijeron que debía mudarse.

A Puck le extrañaba todo aquello. La señorita Moeller no acostumbraba a hacer cambios de ninguna clase, a menos que fuera absolutamente necesario... Quizás en aquel caso era necesario. Por fortuna, no había discriminación racial en Dinamarca, pero era inevitable que entre medio centenar de muchachas hubiera algunas estúpidas o impertinentes y era una buena idea que Karina y la pequeña princesa negra vivieran juntas, ya que sus padres tenían amistad y negocios comunes en Ghana.

Karina comentó con ironía:

—Será muy interesante compartir la habitación con una princesa, pero quizá sea tan negra que no pueda verla por la noche...

— Como chiste es vulgar y falto de ingenio —le cortó Puck con sequedad. No le gustaban aquella clase de bromas.

—Tú sí que debieras tener cuidado, Karina —se burló Navio—. Si te sale una peca más, te...

— Me convertiré en mulata — terminó Karina con rapidez.

Ya se había acostumbrado a las bromas de sus compañeras sobre sus muchísimas pecas y no le molestaba lo más mínimo. Muchas veces le habían dicho también que su cabello cobrizo y sus pecas le daban un aire encantador e interesante; pero tampoco eso le importaba. En realidad, se preocupaba bien poco por su apariencia.

La conversación entre las cinco amigas era muy animada cuando

Grethe Heiberg les interrumpió en tono impertinente:

— Seguramente traerán a Alma a «El Muguete». Soy la única del segundo curso que vive sola en estos momentos. ¡Vaya fastidio!

— ¿Por qué? —preguntó Karina—. Alma es muy simpática y pacífica como pocas...

— Es aburrida hasta rabiar.

— El colegio no es un hotel de recreo. Alma se dedica a sus estudios y no molesta a nadie...

— Déjate de sermones — la interrumpió Grethe furiosa —. Me fastidia que arméis tanto jaleo por una negra. Si al menos fuera blanca.

— No digas idioteces — cortó Puck.

— ¿Qué has dicho?

— He dicho idioteces. Es completamente igual que nuestra nueva compañera sea negra o blanca... En este colegio todas somos iguales y procura que la directora no llegue a enterarse de esas estúpidas opiniones tuyas...

Grethe se quedó con cara sombría. Puck ni siquiera se dignó mirarla. Nunca le había gustado aquella arrogante muchacha. Además, era mala compañera. Dominaba a algunas chicas del segundo curso mostrándose muy generosa con regalos o invitaciones a fiestas. De esta forma conseguía tener «amigas». Su padre era muy rico y le daba cuanto dinero quería, lo cual no era sano ni para ella ni para las «amigas» que la rodeaban.

— Habrá que tratar de Alteza Real a esa negra — comentó Grethe con una sonrisa malévola.

— Sólo si lo crees oportuno — contestó Puck con sequedad.

Grethe se quedó callada. De pronto, se levantó y se alejó lentamente con aire orgulloso. Las muchachas la vieron desaparecer. Estaban preocupadas. Conociéndola como la conocían, estaban seguras de que armaría jaleo.

* * *

Unos diez días más tarde, todas las alumnas del «Instituto Clara Moeller» recibieron una gran sorpresa cuando llegó Riah. Se habían imaginado a su nueva compañera como una especie de salvaje con anilla de oro en la nariz y afición a subirse a los árboles.

Para su sorpresa, la princesa negra resultó ser una hermosa muchacha, de cabello oscuro y ondulado, ojos negros, vivaces, una

silueta fina y esbelta y una piel dorada que miles de muchachas danesas le envidiarían. Y, además, hablaba danés.

Karina dio más noticias cuando se reunió con Puck y «Torbellino» en «Las Rosas». Naturalmente, Karen y Navio también asistieron a la reunión. Todas escuchaban interesadas a Karina.

— Bueno, ya la habéis visto. Es encantadora, muy simpática y muy modesta, casi tímida..., pero me gustaría saber quién le enseñó el danés... Lo habla muy bien..., un poco chapurreado quizá..., pero de vez en cuando sale con unas expresiones de argot que, incluso tú, «Torbellino», podías aprender de ella...

— ¡ No me digas! Serán palabrotas fuertes — declaró «Torbellino» encantada.

— Riah dice que su padre le empezó a enseñar nuestro idioma, pero que lo practicó mucho con una muchacha de Copenhague que trabajaba en su casa..., así que ése debe de ser el origen de sus tacos y expresiones barriobajeras. Estoy segura de que te divertirás hablando con ella, «Torbellino».

Las demás se reían. Rita Holst, apodada «Torbellino», procedía de un hogar de gente culta y educada; pero, a pesar de ello, hablaba una jerga que horrorizaba a quienes la oían, sobre todo a su madre. Pero «Torbellino» no se preocupaba por tan poca cosa.

Karina continuó su explicación:

— Puedo aseguraros que en el guardarropa de Riah no falta un detalle. Nunca vi tanta ropa junta... Además, ha traído muchas joyas. Su padre tiene minas de oro y diamantes en Ghana. Antes de su partida, le regaló una joya valiosísima: una diadema de oro y brillantes... Debió de costarle una fortuna.

Había gran expectación en todo el colegio. Las alumnas nuevas siempre eran recibidas con curiosidad, pero en el caso de Riah su llegada fue un acontecimiento. ¡Nada menos que una princesa africana!...

Las muchachas se habían hecho ya de antemano una «idea» de cómo sería la pequeña princesa. ¿Iría descalza? ¿Sabría utilizar el cuchillo y el tenedor? ¿Comería carne cruda o se alimentaría de raíces de plantas? ¿Bailaría el «hula-hula»?

* * *

Ya durante el largo viaje en avión, Riah empezó a reconciliarse con la nueva existencia que iba a llevar durante los dos años

siguientes. Al principio lloró un poco, pero la institutriz la consoló y también los demás viajeros del avión le mostraron su simpatía. La azafata se le acercaba continuamente para ofrecerle golosinas, y varias señoras conversaron con ella. Poco a poco, Riah se encontraba de mejor humor, y cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Copenhague, estaba muy interesada por todo cuanto ocurría a su alrededor.

La directora del colegio la recibió con gran cordialidad. La señorita Clara Moeller era una mujer autoritaria, de estatura mediana, cabello gris y mirada penetrante e inteligente tras sus gruesas gafas de concha. Vestía de negro, con cuello y puños blancos, y, aunque en apariencia era severa, se mostró muy amable con su nueva alumna.

[image]

La directora parecía divertirse con el «danés» de Riah, hasta que la muchacha soltó algunas palabrotas. La institutriz tuvo que explicar que la «profesora de danés» de Riah seguramente no procedía de la Academia de la Lengua Danesa.

Le entregó a Riah el reglamento del colegio.

— Si te riges por estas normas —le dijo la señorita Moeller—, lo pasarás muy bien aquí. Como sabes, compartirás la habitación con Karina Bech... Es una muchacha muy traviesa, pero es buena y muy simpática... Creo que os llevaréis muy bien.

— ¡Si tú lo dices! — contestó Riah en su extraño danés.

La señorita Moeller se sobresaltó, pero no dijo nada. Pronto aprendería Riah a expresarse con corrección, igual que sus compañeras..., exceptuando, naturalmente, a Rita Holst.

Riah estaba muy contenta de vivir en el «Escarpín de Dama» con Karina, y quiso saber por qué la habitación tenía aquel extraño nombre.

— Como habrás visto —explicó Karina—, todas las habitaciones tienen nombre de flores o plantas, en vez de números aburridos... El «Escarpín de Dama» es una flor muy rara que crece en cierto lugar de Jutlandia. ¿Qué te parece nuestra habitación?

— ¡«Formi»! — contestó la pequeña princesa.

— ¿«Formi»? —preguntó Karina riendo—. Querrás decir formidable. Tendrás que acostumbrarte a hablar correctamente, Riah.

— ¿Por qué? —se sorprendió Riah—. La muchacha danesa que trabajó en casa me decía que «formi» era una de las expresiones más elegantes.

— La señorita Flemmer opinará seguramente lo contrario.

— ¿Quién es esa Flemmer?

— Nuestra profesora de danés. Te divertirás con ella... Bueno, vamos a dar una vuelta por el colegio. Quiero enseñártelo todo.

La directora había pedido a Karina que acompañara a Riah por el instituto para que se acostumbrara lo antes posible a su nueva vida, y la pequeña princesa no podía tener mejor guía. Su compañera le enseñaba todo, tanto por dentro como por fuera, y le fue presentando a las demás alumnas. Casi todas la saludaban con amabilidad, pero algunas se limitaron a hacer un gesto con la cabeza evitando darle la mano. Karina comprendió en seguida que éstas pertenecían al grupo de las «íntimas amigas» de Grethe Heiberg... Aquello le preocupaba. La maliciosa muchacha debía tramar algo contra Riah, pero no se saldría con la suya.

Al llegar a la piscina, la sospecha de Karina se confirmó. Allí estaba Grethe rodeada de un grupo de chicas. Cuchicheaban. Al pasar Riah, todas hicieron una reverencia y Grethe dijo, con fingido respeto:

— Bienvenida, Alteza Real... Nos sentimos muy honradas con su visita.

Riah se quedó algo sorprendida, y replicó con ingenuidad:

— Muchas gracias, pero yo...

El resto de sus palabras fueron ahogadas por una risotada de las muchachas inclinadas ante ella, y se detuvo desolada, al darse cuenta de que le estaban tomando el pelo.

Karina se volvió con furia hacia Grethe.

— ¡Qué estúpida eres! Eres tan estúpida como aparentas...

Grethe sonrió burlona.

— Veo que te has convertido en la dama de honor de la princesa, y tendrás que usar palabras más corteses.

— ¡Calla, imbécil!

— ¿Quién eres tú para mandarme callar? — replicó Grethe con gesto orgulloso—. Digo lo que me place, aunque esa negra, princesa o lo que sea, esté presente.

— Y yo te haré tragar esas palabras.

Uniendo el dicho al hecho, dio un violento empujón a Grethe, que, lanzando un grito, cayó a la piscina. El agua salpicó en todas direcciones. Las «amigas» chillaron asustadas. Karina tomó del brazo a Riah y le dijo:

— Vámonos, será mejor regresar.

Mientras volvían al edificio principal, la nueva alumna estuvo muy callada. Su expresión era de profunda tristeza. Era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de lo ocurrido. Su padre le había dicho que en Dinamarca trataban a todos por igual..., aunque el color de la piel fuera distinto; pero su padre nunca había estado en Dinamarca y, por lo visto, no había que creer en todo lo que la gente cuenta.

Karina pensaba que Grethe era una mala chica, que debía haber sido expulsada del colegio mucho tiempo atrás porque ejercía una pésima influencia sobre las demás.

Un aquellos momentos estaba rabiosa por verse obligada a compartir la habitación con la dulce y simpática Alma. A consecuencia de ello, Riah pagaba los platos rotos sin ninguna lógica... ¡Qué mezquindad! Después de aquel obligado baño en la piscina las cosas irían de mal en peor. De eso no había duda..., pero había sido tan tentador darle aquel empujón.

Karina encontró a Puck y a sus amigas en la cantina del Instituto. Aquel lugar era llamado «La Cueva». Era un local pequeño y agradable, contiguo a la cocina. Allí, las alumnas podían comprar leche, refrescos, pastas secas y frutas. Las sillas en torno a las seis únicas mesas estaban casi siempre ocupadas y el ambiente era muy animado.

En aquel momento, Puck, Karen, «Torbellino» y Navio, cada una con una naranjada delante, estaban sentadas en torno a una mesa. Karina hizo las presentaciones y las cuatro amigas saludaron cordialmente a su nueva compañera. Las recién llegadas se sentaron con el pequeño grupo, y Navio fue en busca de un par de refrescos más a la barra.

— Bien, Karina, ¿cómo va eso? —preguntó «Torbellino» con su acostumbrada alegría.

— He cometido una estupidez —contestó Karina.

Luego les contó lo ocurrido junto a la piscina.

— Grethe — concluyó — está rabiosa por lo de Alma y ha

decidido vengarse en Riah, que es completamente inocente.

«Torbellino» se puso seria.

— Grethe me da asco. Hemos de darle su merecido.

— Claro que sí — aplaudieron Karen y Navio.

Puck no dijo nada. Tenía el presentimiento de que no sería tan fácil. Grethe Heiberg no era tonta. En unión de sus amigas, se arreglaría para burlarse y molestar a Riah de forma de que no se les pudiese reprochar nada.

Puck contempló a su nueva compañera. En su interior reconoció que Karina tenía razón. Aquella chiquilla era una preciosidad. Sería una verdadera lástima que su estancia en Dinamarca le resultase desagradable.

En «La Cueva», con sus nuevas amigas, Riah recobró su buen humor. Casi olvidó el incidente de la piscina. Puck y sus amigas hicieron cuanto pudieron para que se encontrara a gusto. La conversación era muy animada. En realidad, había llegado ya la hora de estudio; pero, debido a lo ocurrido, no hicieron caso de la hora.

Riah tuvo que contarles cosas sobre la vida de Ghana, mientras las demás la escuchaban o hacían preguntas. Puck era quien más preguntaba sobre el nuevo país africano. En realidad, Ghana no le interesaba gran cosa, pero creía que a Riah le iría bien hablar, así se olvidaría más fácilmente de Grethe Heiberg y sus estúpidas amigas.

Navio mostró gran interés por las valiosas joyas de la princesa. Riah hablaba por los codos. Aunque sus alhajas eran hermosas y caras, no les daba importancia, excepto a la diadema de oro y brillantes que su padre le había regalado en vísperas de su viaje a Dinamarca. La institutriz, la señorita Gearson, se había preocupado personalmente de guardar el joyero en lugar seguro en el fondo del guardarropa de Riah, en el «Escarpín de Dama».

— ¿Cómo que en el armario? —repitió Karen con una mueca—. Allí nada puede estar seguro. Puedes tener un disgusto.

La sensata Karen tenía toda la razón. Según el reglamento del colegio, no había llaves en las puertas de las habitaciones de las muchachas por si se producía un incendio. No hacía mucho, este hecho le había causado un gran disgusto a Rita Holst.

Puck aconsejó a Riah que guardase sus joyas en la caja de caudales de la directora. A la pequeña princesa, sin embargo, no

pareció gustarle la idea.

— Sería como si creyera que hay ladrones en el colegio —dijo.

A sus compañeras les pareció una manera de pensar algo ingenua; pero aquél no era asunto suyo. Además, Karina había contado que las joyas estaban aseguradas por mucho dinero en una compañía de seguros de Copenhague.

Puck consultó su reloj de pulsera y dijo:

—Bien, chicas, creo que ha llegado la hora de abrir los libros.

— Yo opino que otro refresco nos iría mejor —propuso «Torbellino», que no sentía el menor deseo de estudiar.

Y antes de que sus amigas pudieran protestar había pedido nuevos refrescos. Sirvió las bebidas en la mesa Doris, una de las tres sirvientas que se turnaban en el trabajo de la cocina y en «La Cueva». Era una muchacha bonita, de unos dieciocho años, pero algo tonta. Doris había escuchado con gran interés la conversación de Riah sobre sus joyas y en aquel momento les mostraba con orgullo su única alhaja. Se trataba de una pulsera dorada, de las que cuelgan pequeñas figuras, que tintineaba cuando la muchacha movía la muñeca.

— Me la regaló mi novio —declaró con orgullo—. ¿Verdad que es elegante? Egon dice que es de oro puro.

Puck miró la pulsera de reojo con una leve sonrisa. Pensó que el tal Egon, novio de la chica, no era de los que tienen dinero para comprar joyas auténticas. Era sobrino del anciano portero Olsen, y ayudaba por horas al jardinero Jensen en el parque. Se creía un Don Juan, e intentaba alternar con las muchachas de los últimos cursos, a pesar de estar comprometido con Doris. Sin embargo, ninguna de las muchachas se había dejado impresionar por su chabacana galantería; por el contrario, lo acogían con gestos despectivos y frases burlonas.

Tampoco al jardinero Jensen le caía simpático aquel joven. Era indiscutible que Egon era un holgazán como pocos, que pensaba más en divertirse que en cumplir con su trabajo. No le había echado por consideración a su anciano tío Olsen.

A Egon le importaba bien poco lo que su tío y su jefe pudieran pensar de él. A los 21 años, con su «atractivo» y su traje bien cortado, se sentía un tipo fabuloso. Había decidido que su compromiso con Doris no iba a durar mucho tiempo. Aquella

muchacha era demasiado poco para él..., buscaba algo mejor. En su vanidad parecía olvidar que él mismo era más tonto aún al creerse irresistible ante los ojos de las jovencitas. La actitud de las alumnas del último curso debiera haberle servido de lección.

A Puck, aquel tipo le era sumamente antipático, sobre todo porque también había intentado cortejarla; pero sentía lástima por el portero, su anciano tío, que era un hombre muy agradable. Sólo recibía disgustos con aquel sobrino perezoso y holgazán, el cual, para colmo, le sacaba dinero para sus diversiones y sus trajes elegantes. El portero se lo había contado a Puck en una ocasión, y desde entonces, la muchacha no podía ver ni en pintura al perezoso y vanidoso aprendiz de jardinero. También Doris le daba mucha pena. Normalmente, la chica era simpática y tranquila, pero su ciego amor por Egon la hacía parecer aún más estúpida de lo que en realidad era.

Las muchachas se quedaron un cuarto de hora más en «La Cueva», hasta que al fin decidieron marcharse. Tenían que preparar las lecciones para el día siguiente.

Al entrar Karina en el «Escarpín de Dama», en seguida observó que algo colgaba de la lámpara del techo. Era uno de aquellos horribles muñecos negros que se pueden ganar en rifas y tómbolas baratas del «Tivoli». Lo habían atado con un hilo y se balanceaba a impulsos del aire que entraba por la ventana abierta.

Karina comprendió en el acto el significado de aquella extraña decoración. Miró de reojo a Riah, que le seguía pisándole los talones y quiso quitar el muñeco, pero la pequeña princesa la tomó del brazo y le dijo con tranquilidad:

— Déjalo, Karina. No se parece en nada a mí, ¿verdad?

— Pues no, no más que a mí..., pero no me gusta tener baratijas colgando por aquí...

Rompió el hilo y tiró el muñeco por la ventana abierta que daba al parque. Riah se sentó frente a su mesa de trabajo. La expresión de su cara no denotaba ningún sentimiento en especial. Sin embargo, Karina no se dejó engañar y la rabia contra Grethe crecía en su interior, porque, naturalmente, aquello debía ser obra de Grethe o de alguna de sus amigas. ¿Se daban cuenta aquellas estúpidas de cuánto habían herido el orgullo de su nueva compañera?

Aparentemente, Riah no daba importancia al asunto; pero, sin duda, su indiferencia era fingida. En las dos últimas horas había tenido que sufrir varios insultos, y debía de ser horrible
[image]

para la chiquilla que tan de repente había tenido que dejar a su padre, sus amigas y su patria.

La reacción de Grethe Heiberg no se debía a discriminación racial...; no obstante, Riah tendría esa impresión. En Ghana, sin duda, habría leído sobre la violencia y el gamberrismo de los blancos con los negros en los estados sureños de Norteamérica..., y sería muy triste si llegase a creer que en Dinamarca la gente era igual. Tampoco sería bueno para el Instituto, que gozaba de tan buena fama.

Karina pensó que debía encontrar alguna forma de resolver aquel problema. Naturalmente, sabía que, como último recurso, podría ir a quejarse a la directora; pero aquella solución no era bien vista entre las alumnas, por muy justificada que pudiera estar. Por ello, las muchachas procuraban arreglárselas por sí mismas.

* * *

En el «Instituto Clara Moeller» se estudiaban tres cursos: primero, segundo y tercero. Como Riah había cumplido quince años y había recibido una buena educación en Ghana, la directora encontró justificado que siguiese el segundo curso. Al principio, todo iba muy bien en las clases. Riah era una muchacha inteligente y, como Karina se esforzaba por ayudarla con los deberes, logró seguir bien el curso. Lo más difícil para ella era la gramática danesa, sobre todo porque le era casi imposible cambiar las palabrotas de su vocabulario. Grethe y sus amigas se aprovechaban de ello para nuevas burlas, y aunque Riah parecía ignorarlo, sufría mucho. Muchas noches se quedaba dormida llorando y deseaba con toda su alma volver de nuevo a casa de su padre, en Ghana.

Aunque Riah se esforzaba por ocultar su tristeza, no engañaba a Karina, que cada día estaba más preocupada. Al fin, decidió ir en busca de Puck y «Torbellino» a su habitación de «Las Rosas». Explico la situación a sus dos amigas y concluyó:

—Riah actúa como si nada ocurriese; pero finge y temo por ella.

— ¿Qué quieres decir?

—Bueno — vaciló Karina —, sólo se trata de un

presentimiento,..., pero he oído hablar de personas que durante mucho tiempo soportan las burlas y malos tratos y, de repente, estallan como una bomba. Me sentiría más tranquila si Riah reaccionara, contestándoles y defendiéndose de Grethe y las demás... Sería como una válvula de escape.

— Sí, creo que tienes razón —asintió «Torbellino» pensativa—. Quizá Riah tenga un genio de mil diablos y, si algún día estalla, tendremos jaleo. ¿Qué podemos hacer, Puck?

— Es muy halagador que me consideréis un genio capaz de arreglar todos los problemas —sonrió Puck—; pero, francamente, no sé qué hacer en este caso sin mezclar a la directora... Y sería mejor evitarlo.

— ¡Ya! —suspiró Karina—. Grethe se aprovecha de que no vamos a ir con el cuento, porque si no tendría más cuidado. Creo que la señorita Moeller sólo espera tener un buen motivo para expulsarla del colegio.

— Sería un gran alivio para todas —opinó «Torbellino»—. Es una lástima que no encuentres solución a este problema, Puck.

Puck no tenía ni idea de cómo actuar en un asunto tan delicado. Después que las tres amigas discutieron la situación, durante un buen rato, acordaron esperar un par de días. Era posible que mientras ocurriese «algo».

Y ocurrió.

* * *

Había sonado el timbre para entrar en clase, la última del día, Historia del Arte. La mayoría de las muchachas estaban ya sentadas a sus mesas, charlando animadamente. La profesora, la señorita Holck, aún no había llegado.

Grethe se volvió hacia su vecina, Alma Nielsen, y dijo con arrogancia:

— Oye, «Diccionario», si me toca explicar el tema de hoy tendrás que ayudarme. No he tenido tiempo de abrir un libro. Por cierto, ¿qué tema toca hoy?

— El impresionismo.

— Vaya. No sé nada sobre eso. ¿De qué se trata?

Como siempre, Alma se sabía la lección de memoria y empezó a explicar sobre formas y colores, pero Grethe no le prestaba atención, estaba mirando fijamente hacia la puerta. Karina y Riah

acababan de entrar. De un momento a otro pasarían junto a su mesa.

— Los impresionistas —continuaba Alma— tuvieron gran importancia para su época, aunque la gente no les comprendió al principio; sin embargo, hoy día, por sus cuadros se pagan sumas muy elevadas...

Alma fue interrumpida por un grito, seguido de un golpe. Era Riah, que había caído de bruces al suelo, en el pasillo de las mesas. Casi todas las muchachas se levantaron sorprendidas.

Rápida como un resorte, Riah se levantó. Saltó hacia Grethe y le proporcionó una serie de sonoras bofetadas. Grethe iba a levantarse, mientras sus compañeras se reunían en torno a su mesa, pero en aquel instante entró la profesora.

Karina se llevó a Riah hasta su mesa.

— Pero, Riah, ¿qué demonios te pasa? —le preguntó asustada.
[image]

Los ojos de la princesa echaban chispas.

— Me puso la zancadilla y me caí. Por eso le di unos sopapos.

— No se dice así, Riah —corrigió Karina, que no pudo menos que sonreír—. Se dice: le di una bofetada... Y se lo merecía... Siéntate tranquila. No armemos más barullo, de momento.

Como la excitación era general, la voz severa de la señorita Holck sonó desde su mesa;

— ¡Silencio todas!

No obstante, aún pasó un buen rato antes de que los ánimos se calmaron lo suficiente para poder empezar la clase. Las alumnas cuchicheaban en sus mesas. No comprendían la razón de la violenta actitud de Riah, porque nadie había visto a Grethe ponerle la zancadilla. Por eso, consideraban el incidente como una repentina muestra del carácter salvaje e incontrolable de la chica. Las amigas de Grethe estaban indignadas por lo ocurrido. Las demás no sabían qué pensar. Todas conocían las burlas de Grethe, pero no eran motivo suficiente para un ataque tan violento e inesperado.

Karina quedó pensativa. El comportamiento de Grethe era ruin. Riah podía haberse dado con la cara contra la esquina de la mesa y hacerse mucho daño. Hasta aquel momento, Riah lo había soportado todo con una paciencia de santa, pero finalmente había estallado. ¿Qué pasaría después?

La clase transcurrió en continua confusión. Las muchachas estaban distraídas y ansiosas por ver lo que iba a ocurrir después. Ni siquiera Alma tuvo el acostumbrado sobresaliente en la libreta de notas de la señorita Holck.

Sonó el timbre y las muchachas salieron atropelladamente de clase para reunirse en la explanada, delante del edificio principal. El ambiente era tenso. Todas tenían el presentimiento de que algo iba a ocurrir. Karina, para más seguridad, se mantuvo junto a Riah. Poco después, Puck, «Torbellino», Karen y Navio se unían a ellas. Karina puso al corriente a sus cuatro amigas de lo que había pasado en clase y éstas no ocultaban su indignación. Entretanto, Riah se había calmado y parecía arrepentida de haber actuado con tanta violencia.

— Bobadas — dijo Navio —. Esa chica se merecía tus bofetadas... Aún le pegaste poco. No te preocupes, Riah.

— Tendremos jaleo —anunció «Torbellino» e hizo un gesto de cabeza en dirección a Grethe, que se acercaba con un grupo de amigas —. Listas para la ensalada de tortas, chicas.

Las palabras de «Torbellino» sonaron a broma, pero en aquel momento Grethe no parecía tener sentido del humor. La expresión de sus ojos era de maldad, y le espetó a Riah:

— Estúpida negra, exijo una disculpa y pronto.

— De acuerdo —dijo Riah tranquila—. Pero primero tendrás que disculparte tú conmigo. Me pusiste la zancadilla y me hiciste caer.

— ¡Negra mentirosa!

Grethe iba a lanzarse sobre Riah, pero en aquel instante intervino «Torbellino». Dio un paso hacia delante e hizo un movimiento rápido. Todo ocurrió tan de prisa que ninguna de las presentes se dio cuenta de lo que había ocurrido hasta ver a Grethe sentada sobre la gravilla del sendero con la sorpresa pintada en su rostro.

El espectáculo fue tan cómico que todas las chicas rompieron a reír, incluso las amigas de Grethe corearon el jolgorio general.

— Cuidado con lo que haces —advirtió «Torbellino» en tono belicoso—. Si lo intentas otra vez, te haré volar más alto.

Puck se había quedado boquiabierto. Tenía nociones del «jiu-jitsu», pero no sabía que «Torbellino» fuese tan diestra en aquel deporte. Y Grethe se había merecido aquel escarmiento.

Sin embargo, Grethe no parecía opinar lo mismo. Estaba fuera de sí a causa de la rabia cuando logró ponerse en pie con dificultad. No parecía tener ganas de repetir su malogrado ataque, aunque el coro general de risas la ponía aún más frenética. Se limitó a murmurar algo ininteligible sobre que se vengaría de «Torbellino», Karina y Riah. Luego se retiró con sus amigas, pero tuvo algunas dificultades para mantener su arrogancia.

La orgullosa muchacha estaba rabiosa. Ya se habían reído de ella en tres ocasiones; primero, cuando Karina la tiró a la piscina, luego, con las bofetadas en la clase y, finalmente, cuando «Torbellino» la lanzó por los aires..., pero ella sabría vengarse.

[image]

Aquel día, por la tarde, Riah salió a pasear por el jardín. Cuando se encontraba de mal humor, prefería estar a solas con sus pensamientos. Le ayudaba a calmarse el contemplar las flores. A pesar de que no eran tan luminosas y exóticas como las de Ghana, los cientos de rosas constituían un bello espectáculo. Riah siempre había adorado las flores.

Un joven con mono de trabajo rastrillaba entre los arbustos. Al acercarse, Riah dejó de trabajar y la saludó sonriente:

— ¡Hola, hermanita! ¿Verdad que son preciosas las rosas?

— Son «formi»... — contestó Riah.

El joven ayudante del jardinero la contempló sorprendido, no esperaba una contestación en danés, y más con aquel acento. Para ocultar su confusión, preguntó;

— Tú eres la nueva alumna africana, ¿no?

— Sí...

— ¿Te gusta estar aquí?

— Prefiero estar en Ghana —contestó Riah con diplomacia—. No esperaba ver tantas flores bonitas en Dinamarca. ¿Cómo se llama aquélla?

— Es una rosa «Ellen Poulsen». ¿Te interesan las flores?

—Muchísimo.

El joven echó una mirada en torno suyo; luego puso su mano con un gesto confianzudo en el hombro de la muchacha.

— Aquella rosa también es de los Poulsen.

Riah hizo un gesto para librarse de su brazo, pero él hizo como si no se diera cuenta, así que dijo con timidez:

— No hace falta que pongas tus patas en mi hombro... Te puedo entender perfectamente sin... Haz el favor de retirar tus zarpas...

De nuevo el joven se sorprendió ante aquella forma de hablar, e instintivamente bajó la mano. Ella se apartó unos pasos, mientras Egon seguía con su explicación acerca de las rosas. Sin saber por qué, a Riah no le gustaba nada aquel joven. Para una chica blanca, seguramente resultaba apuesto... Él, sin duda, lo sabía y por eso se creía con derecho a todo... ¡Vaya tipo!

El principio de aquella escena, en realidad sin importancia, había sido visto por Elin desde lejos. Elin era la mejor amiga de Grethe y, naturalmente, la orgullosa muchacha no tardó en enterarse de que había «algo» entre Riah y el ayudante del jardinero. Grethe no vaciló en propalar la noticia y exagerarla hasta el punto de que Riah, al terminar la cena, fue el blanco de las burlas maliciosas de Grethe y sus amigas.

Al principio, la princesita no entendía nada; pero, poco a poco comprendió a qué se referían las pullas. Aunque no tenía nada que reprocharse, se sintió desolada. ¿Cómo podían hablar tan mal de ella? El joven jardinero había intentado coquetear con ella, pero también era verdad que ella le había rechazado con decisión. ¿No habían visto también eso?

Karina llamó aparte a su amiga y le preguntó:

— ¿De qué hablan ésas? ¿Es verdad que tenías una cita con Egon?

— No. No es verdad.

Riah explicó lo ocurrido con voz a punto de quebrarse por el llanto y Karina la consoló.

— No se hable más de ello, Riah. También yo me resistía a creer esa estúpida historia.

Puck se reunió con ellas. También había oído comentarios sobre el presunto «noviazgo», y Karina le explicó lo ocurrido. Puck intentó darle al asunto un giro humorístico y sonrió.

— No te preocupes, Riah. Mantente a distancia de ese Egon... Es un muchacho que no vale nada... Y, si quieres saber algo sobre las flores del parque, harás mejor en hablar con el señor Jensen, nuestro jardinero. Es un hombre bueno y simpático, que se siente orgulloso cuando admiramos sus cultivos.

Puck, aunque parecía tomar el asunto a la ligera, estaba

preocupada. A sus quince años, Riah no podía tener deseos de ser novia de nadie... No obstante, Grethe se ocuparía de mantener vivo el rumor y ¿qué pasaría si la directora llegaba a enterarse?

La señorita Moeller era una persona sumamente inteligente, e investigaría el asunto. Quizás Elin sólo había visto a Egon poner su 'brazo sobre el hombro de Riah, pero no que ésta le había rechazado. Tratándose de tal violación del reglamento del colegio, la directora se mostraría muy severa. ¡Qué pena le daba la pobre Riah! La chiquilla estaba pasando muy malos ratos. También Doris era digna de lástima sólo por ser la novia de semejante tipejo.

* * *

Por la noche, Riah estaba en el «Escarpín de Dama» y rompió a llorar silenciosamente. Cuando Karina se levantó de un salto para consolarla, le dijo hipando:

—¡Ay, Karina, cómo me gustaría volver a Ghana! Pero sería inútil escribirle a mi padre. Está decidido a que me quede aquí durante dos años y, como no tengo dinero suficiente para el viaje, no puedo regresar.

Karina acarició el negro cabello de su amiga:

— tampoco debes defraudar a tu padre regresando, Riah. Quizá todo te parezca muy difícil en estos momentos, pero muchas te apreciamos y estamos dispuestas a ayudarte.

— Ya lo sé —contestó Riah sin dejar de llorar—. Sois muy buenas conmigo, y no voy a olvidarlo nunca; no obstante, quisiera irme a casa. Mi padre no me mandará dinero para volver..., pero..., yo me las arreglaré para conseguirlo.

Karina se asustó. ¿No iría Riah a cometer una tontería? ¿Estaría pensando en vender sus valiosísimas joyas o algo por el estilo? Sería una locura. Sin embargo, quizá la pobre chiquilla estaba tan desesperada que era capaz de cometer locuras. ¿Cómo ayudarla? No sabiendo qué decir, le propuso:

— Vamos a hacer una visita a Puck y a «Torbellino», en «Las Rosas».

La idea no pareció entusiasmarla mucho, pero siguió tras su amiga de mala gana. Después de un cuarto de hora en compañía de sus tres buenas amigas, parecía que el humor de Riah mejoraba notablemente. Puck se preocupó de preparar té y pastas secas, y las muchachas lo pasaron bien. Mirando de reojo a Karina, Puck no

pudo menos que sorprenderse. Hacía solamente un par de meses aquella muchacha había sido imposible de tratar. Sólo pensaba en cometer travesuras, pero en aquellos momentos se había calmado y estaba cuidando de Riah, como si fuese su hermana menor. Era increíble que una chica pudiese cambiar tanto en tan poco tiempo. Riah lo pasó tan bien que casi llegó a olvidarse de sus problemas. Sin embargo, al día siguiente todo iba a comenzar de nuevo.

[image]

Ocurrió durante la primera clase del día, cuando la profesora de gimnasia daba lecciones de natación en la piscina. La mayoría de las chicas ya sabían nadar bastante bien, mientras que Riah ni siquiera sabía mantenerse a flote. La natación, sin duda, no era asignatura en Ghana.

Cuando Riah se hubo colocado el salvavidas, se metió en el arco de bambú fijado en un largo palo que la profesora sostenía desde el borde de la piscina. Estaba lista para el aprendizaje. Como casi todos los principiantes, tenía mucho miedo de meter la cabeza bajo el agua, y daba una serie de saltitos raros y toscos, que causaban gran diversión entre las chicas que esperaban su turno en el borde.

Grethe y sus amigas hicieron irónicos comentarios en voz alta para hacerse las graciosas y la pobre Riah sintió mucha vergüenza. Cuando Grethe hizo un nuevo chiste, aún más tonto que los anteriores, la profesora de gimnasia se volvió hacia ella y le dijo en tono severo:

— Ahorra tus comentarios de mal gusto, hijita. Aún me acuerdo de tu primer día en la piscina..., y no has mejorado mucho desde entonces que digamos. —Y continuó, dirigiéndose a Riah—: Sí, así está mejor... No abras los dedos de las manos al llevarlos hacia atrás... Hazlos funcionar como si fueran palas... Así, muy bien. Vamos, una vez más.

Cuando Riah, un par de minutos más tarde, salió del agua, miró en torno suyo con timidez. No se le veían las lágrimas a causa del agua que le caía del pelo. Se sentía como si hubiera hecho el payaso para divertir a Grethe y a sus amigas, Karina se le acercó y le dio una palmada en el hombro,

— Lo has hecho muy bien. No se llega a campeona el primer día.

— Yo no seré nunca una campeona —hipó Riah.

— Tampoco tiene importancia serlo o no... Toma el albornoz.

El resto del día no fue mucho más afortunado para Riah. Tanto en las clases como durante los recreos y las comidas, Grethe y sus amigas no la dejaban en paz con sus bromas pesadas; pero lo hacían de forma que las profesoras no se dieran cuenta. Sobre todo Grethe cuidaba de mantenerse al margen. Había causado muchos problemas y sabía que la directora sólo estaba buscando un motivo para expulsarla del colegio.

Tampoco Alma lo estaba pasando muy bien porque había reprochado a Grethe su conducta con Riah. La dulce y pacífica Alma no se metía nunca con los demás y, precisamente por ello, su reproche resultaba doblemente irritante. Las relaciones entre las dos muchachas en «El Muguete» se hacían cada vez más tirantes, y Alma hubiera deseado de todo corazón poder regresar al «Escarpín de Dama».

Después de la cena, Riah respiró aliviada, cuando se retiró con Karina a la tranquilidad de su habitación. Por lo menos, allí nadie la molestaba. Cuando terminaron de hacer sus deberes, se pusieron a charlar un largo rato. Riah estaba de mal humor y Karina hacía lo que podía por animarla. Se había hecho ya de noche cuando de pronto sonó la alarma:

— ¡Fuego!... ¡Fuego! — se oyó gritar.

Tenían la luz encendida en la habitación y no se habían dado cuenta del resplandor rojo en el exterior. En aquel momento lo vieron y se levantaron de un salto.

— ¡Fuego!... ¡Fuego! —el grito se repitió, y hubo gran confusión en el pasillo.

Se oían portazos, carreras y gritos. Karina miró por la ventana y dijo excitada:

— Es en la casa del jardinero. Está ardiendo... Vamos, Riah. ,

Las dos amigas salieron corriendo al pasillo. Todo era confusión. Las muchachas se dirigían hacia la escalera para bajar a la explanada. Ellas no podían prestar ayuda para apagar el fuego; pero, como siempre en esos casos, la curiosidad que sentían era enorme.

La casa del jardinero estaba en un rincón del jardín y su fachada daba a la calle. Servía de vivienda a Jensen y a su ayudante Egon. El cocinero del colegio y el chófer también vivían allí. Además,

había un garaje y un cuarto para las herramientas.

El fuego había tomado gran incremento en el interior de la casa y las llamas salían por las ventanas rotas. Todo el personal, las profesoras y las alumnas, se habían reunido delante del edificio siniestrado. Preguntas asustadas zumbaban de unos a otros:

— ¿Ha quedado alguien dentro?

— ¿Cómo ha empezado el fuego?

— ¿Han avisado ya a los bomberos?

El portero Olsen, el jardinero y Egon se acercaron corriendo con los extintores del colegio y los pusieron en funcionamiento, pero no lograron gran cosa.

— He llamado a los bomberos — dijo la directora —. No tardarán en llegar. ¿Han salido todos del edificio?

Por suerte, habían logrado escapar. El grupo de curiosos estaba muy cerca de la casa, y la directora, con voz autoritaria, tuvo que ordenar que se alejasen todos. Fue un acierto, porque en aquel momento gran parte del tejado se desplomó, levantando una gran nube de chispas.

Por fin llegaron los bomberos y la policía.

Mientras los agentes se ocupaban en mantener a los espectadores a prudente distancia, los bomberos prepararon sus mangueras. Trabajaron sin descanso durante más de una hora, hasta que por fin consiguieron apagar el incendio. No quedaron más que unas vigas negras de lo que había sido el hogar del jardinero.

Al parecer, el fuego había empezado en el cuarto de herramientas, quizá por un cortocircuito; sin embargo, los expertos no podían saberlo hasta el día siguiente.

— Es la hora de acostarse, jovencitas — ordenó la directora, y las alumnas regresaron discutiendo animadamente a sus habitaciones.

Poco a poco, volvió a reinar la calma en el pensionado, no así en las habitaciones de las alumnas; todo lo ocurrido había sido demasiado emocionante como para poder dormir.

En el «Escarpín de Dama», Riah se había olvidado por completo de sus propios problemas y hablaba excitada del fantástico y al mismo tiempo terrorífico espectáculo.

— Menos mal que el fuego no llegó hasta este edificio — dijo Karina—. Nos hubiéramos quedado sin cama donde dormir y

hubieras perdido todas tus valiosas joyas...

— Sí, hubiera sido una lástima — admitió Riah sin gran interés.

— No sé cómo te atreves a tenerlas en el armario, Riah. Sería horrible si pasara algo.

— Allí estarán seguras...

Riah se acercó al armario y abrió la puerta. Tanteó con la mano el fondo. Buscó y rebuscó, y de repente dijo, extrañada:

[image]

—Es muy raro. Estoy segura de que la señorita Gearson metió mi joyero en el fondo del armario..., pero..., pero..., ya no está.

Durante un momento, Karina quedó muda por la sorpresa: luego exclamó confusa:

—¡Imposible! No puede ser. Vuelva a buscar.

Riah negó con la cabeza.

— He buscado por todo el armario. Hazlo tú si quieres.

Karina se acercó de un salto, pero tampoco ella encontró nada.

— Debemos decírselo en seguida a la directora — dijo Karina —, para que avise a la policía.

La princesa hizo un gesto con la mano para retenerla. Dijo:

— No. Espera, por favor. Debe haber alguna otra solución. No me gustaría ver mezclada a la policía en esto...

— En Dinamarca, «esto» es trabajo de la policía, Riah.

— Es posible, pero a mí no me gusta. Podernos resolver el caso nosotras mismas.

Karina se quedó atónita. Riah estaba reaccionando de forma muy extraña. Las joyas valían muchos miles de coronas y a ella parecía no importarle demasiado. Tampoco quería vez mezclada a la policía en el asunto. ¿Por qué? Claro que las joyas estaban aseguradas y que su valor le sería reembolsado por la compañía aseguradora..., pero eso no era motivo para evitar que interviniese la policía.

De repente, Karina tuvo una idea: era posible que la propia Riah tuviera algo que ver con la desaparición de sus joyas. La chica estaba desesperada y quería conseguir dinero para volver a Ghana. Podía haberlas vendido en Copenhague, durante su última salida... ¿O quizás esperaba obtener el dinero del seguro para comprar el billete de regreso?

En ambos casos, Riah cometería un delito. Karina recapacitó y se

arrepintió de su sospecha. Su amiga no podía haber hecho una cosa así. Era una muchacha honrada. Además, era lo suficientemente inteligente como para saber que le pagarían el importe del seguro a su padre y no a ella.

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Riah insegura.

— Avisar a la policía..., o..., también podíamos hablar con Puck. Quizás ella tenga alguna buena idea.

— De acuerdo —asintió Riah esperanzada—. Todas decís que Puck es muy buen detective.

— Y ésta es la verdad. Espérame aquí.

Karina salió corriendo al pasillo y continuó hasta «Las Rosas». Como era de suponer, Puck y «Torbellino» aún no se habían acostado. Además, estaban allí Karen y Navio. En pocas palabras, Karina les explicó lo ocurrido y las cinco muchachas fueron al «Escarpín de Dama». En el camino, Navio comentó alegremente:

— Es una noche formidablemente palpitante: primero, el incendio, y luego, un robo...

— Yo hubiera tenido suficiente con la mitad de la emoción —contestó Karina preocupada.

Cuando las muchachas llegaron al «Escarpín de Dama», Puck inició su investigación examinando el ropero de Riah, aunque no tenía ninguna esperanza de encontrar el joyero. No fue fácil su tarea, pues el armario estaba lleno de ropas fantásticas y en el fondo había por lo menos veinte pares de zapatos para todos los usos. Resultaba evidente que no todos en Ghana iban descalzos.

Puck acababa de cerrar la puerta cuando vio brillar algo en un pliegue de la alfombra. Se inclinó para recogerlo. Era un perrito de metal dorado.

—¿Es tuya esta joya? — le preguntó a Riah, enseñándole el hallazgo.

La muchacha movió la cabeza en gesto negativo.

— No he visto nunca «eso». Y no es ninguna joya.

— ¡ Ya! — dijo Puck quedándose pensativa.

[image]

Se le había ocurrido una idea.

— De todas maneras, debemos avisar a la policía —añadió—. Aunque eso no quiere decir que nosotras no podamos jugar a detectives. ¿Has tocado el joyero últimamente?

— No. No he tenido ocasión de usar joyas... En realidad, no lo he visto desde que mi institutriz, la señorita Gearson, lo escondió allí.

— ¿Has visto a alguien extraño en la habitación?

— Pues..., no.

— Bueno, pero alguien ha debido entrar aquí — dijo Karina—. El muñeco que encontramos colgado en la lámpara lo debió traer alguien, ¿verdad?

Puck asintió.

— Por desgracia, todo el mundo puede entrar en las habitaciones. Pero estoy segura de que la policía aclarará este asunto. Por cierto, ¿tu institutriz salió con vosotras después de esconder el joyero?

— Sí, un momento después..., pero no creo que lo hiciera ella.

— Tengo una vaga sospecha —vaciló la muchacha—. Si ésta se confirma, quizá pueda ayudar un poco a la policía.

Sus amigas quisieron saber algo más, pero Puck se resistió a hablar.

— Por el momento, sólo es una sospecha —dijo—. Antes de estar bien segura, no quiero acusar a nadie. Es ya demasiado tarde para despertar a la directora, pero mañana debes hablar con ella, Riah.

— No me gusta nada hacerlo...

— Te guste o no, es necesario que lo hagas. No se trata de una hucha infantil, sino de joyas valiosas.

— Está bien — suspiró Riah —. Tú ganas.

Cuando Puck y «Torbellino» hubieron regresado a «Las Rosas», ninguna de ellas pensaba en acostarse, aunque debían haberlo hecho varias horas antes. Todo era demasiado emocionante para poder dormir. Ni siquiera el pensar en la profesora de guardia, la señorita Meyer, «La mocasines», hacía cambiar de actitud.

— Podías decírmelo a mí, Puck —empezó «Torbellino, persuasiva—. ¿Qué has averiguado? ¿De quién sospechas?

— De momento hay muchos sospechosos —declaró Puck con diplomacia.

— ¿Grethe y sus amigas?

— La policía se interesará sin duda por ellas, porque es seguro que al menos una del grupo entró en la habitación...

— ¿Piensas en el muñeco negro que dejaron colgado en la lámpara?

— Sí. Ellas son las únicas que pueden dar una broma de tan mal gusto. La policía también se interesará por la institutriz, la señorita Gearson, porque abandonó la habitación después que Karina y Riah. Las tres sirvientas también serán interrogadas. A pesar de que ellas no tienen nada que hacer en las habitaciones, puede que alguna haya entrado en el «Escarpín de Dama» durante las horas de clase. Y, aunque suene a disparate, la policía, por idénticas razones, sospechará también de las profesoras.

«Torbellino» sonrió incrédula.

— Ya está bien de sospechosos, Puck. Lo cierto es que el ladrón debe ser muy cínico para atreverse a entrar en el «Escarpín de Dama». Aunque lo hubiera hecho durante las horas de clase, el pasillo nunca está desierto. Pasan las profesoras, las alumnas de los otros cursos... Alguien le hubiera visto entrar o salir.

— Tienes toda la razón, «Torbellino» —admitió Puck—. No obstante, puede que el ladrón eligiese un momento en que estaba completamente seguro de no ser visto.

—¿Cuándo?

— Por ejemplo, durante el incendio.

[image]

Cuando las dos amigas se hubieron acostado y apagado la luz, Puck se quedó despierta durante largo rato. Repasaba mentalmente todo aquel misterioso caso. Había muchas personas de quienes sospechar y, además, no había que olvidar a la protagonista: Riah.

Algunos días antes, Karina había contado que su compañera de habitación estaba tan desolada y triste que a cualquier precio quería volver a Ghana. Había manifestado que se las arreglaría para conseguir el dinero del viaje como fuese. Un billete de avión para África era carísimo, pero sus joyas estaban valoradas en muchos miles de coronas. Quizá, de alguna manera, Riah había encontrado un comprador sin escrúpulos. No sonaba muy lógico, desde luego, pero no había duda de que la policía también pensarían en esta posible pista.

Puck había tenido la misma sospecha que Karina algunas horas antes, pero las dos muchachas rechazaron sus sospechas casi en el acto. Ninguna de ellas creía capaz a Riah de cometer un delito, por

muy desesperada que estuviese. Era una muchacha demasiado recta y honrada para eso.

Puck pensó de nuevo en su primera sospecha..., pero... ¿sería algo más que una sospecha? Al día siguiente buscaría contestación a esta pregunta. Finalmente, la muchacha se quedó dormida.

* * *

Cuando llegaron los agentes de la Brigada Criminal, Karina y Riah fueron llamadas a declarar las primeras.

Riah informó que no había visto el joyero desde el momento en que su institutriz lo escondió en el fondo del ropero.

Karina, por el contrario, fue más explícita. Contó lo del muñeco negro colgado en la lámpara, lo cual era una prueba de que Grethe o alguna de sus amigas habían estado en aquella habitación. El agente llamó en seguida a aquellas chicas para interrogarlas. Grethe fue la primera en entrar. Se portó con bastante insolencia. Admitió que había sido ella quien colgó el muñeco en la lámpara, pero con gesto orgulloso se defendió:

— Eso no prueba que yo haya robado las dichas joyas de esa estúpida princesa negra.

— ¿Cuánto tiempo permaneció usted en la habitación? — preguntó el comisario.

— No tengo la menor idea... No consulté mi reloj... Pero no se tarda mucho en colgar a un negro de una lámpara.

— ¿No podría usted usar otro tono, señorita? — preguntó con severidad el comisario —. Éste es un asunto muy serio y, hasta nuevo aviso, debe usted considerarse entre los sospechosos.

Grethe irguió con orgullo la cabeza.

— ¿Por qué no sospecha usted de esa negra?... —dijo—. Sus asquerosas joyas han sido aseguradas por mucho dinero. ¿Quiere usted algo más?

— No, gracias. Por el momento, eso es todo.

Con una sensación de desagrado, el policía dio la espalda a aquella insolente y charlatana muchacha y continuó interrogando a las demás.

Era un trabajo lento y aburrido. Todas las declaraciones eran cuidadosamente anotadas.

Puck fue interrogada lo mismo que sus compañeras, pero no expuso nada sobre sus sospechas porque aún no las había

confirmado.

A causa del minucioso interrogatorio de la policía, las clases del día habían sido suspendidas, lo cual no causó la menor pena a la mayoría de las alumnas. Grethe estaba furiosa por haber sido declarada sospechosa y, naturalmente, Riah iba a pagar las consecuencias. Cuando las dos se encontraron casualmente en la explanada, Grethe le espetó con malicia:

— ¡Vaya! Estás aquí, astuta negra. Me has acusado de robar tus sucias joyas, pero me las pagarás. ¿Me oyes?

Riah, con los ojos muy abiertos, miraba fijamente a la excitada muchacha. Ella no había acusado a nadie. Todo lo contrario, hubiera preferido evitar que la policía interviniese en el asunto, ya que temía ser el blanco de nuevas burlas y diabluras. No había sido ella, sino Karina, quien había contado a la policía el incidente del muñeco colgado de la lámpara. Sólo por esta razón había sido interrogada Grethe más a fondo que sus compañeras.

Como Riah no contestaba, Grethe lo consideró como señal de culpabilidad y continuó con creciente rabia:

— El robo de las joyas ha sido un truco tuyo, para poder acusarme y cobrar el seguro. Quizá te hubiera salido bien entre negros estúpidos; pero aquí, en Dinamarca, no te será tan fácil, hijita.

Riah quedó como paralizada al oír aquello, pero lo cierto era que aquel feo rumor corría ya por todo el colegio. El resto del día fue horrible para Riah. Cuando la policía hubo terminado el interrogatorio, se reanudaron las clases. Sin embargo, Riah no lograba concentrarse en su trabajo. De vez en cuando, una lágrima caía sobre su libro de texto. Mientras, a su alrededor, cuchicheaban, reían a hurtadillas y se oían comentarios maliciosos.

Karina se dio cuenta de que Riah estaba llorando, y cuando puso su mano en el hombro de su amiga, notó que la chiquilla temblaba como si tuviese fiebre. Aquello — se dijo — no podía continuar así... Había que hacer algo y pronto, de lo contrario podía terminar en catástrofe.

De repente, Riah dio rienda suelta a sus lágrimas. Todo su cuerpo se sacudía en un llanto violento. Se levantó de un salto, tiró sus libros al suelo y salió del aula corriendo. Sus pasos se oyeron alejarse por el largo pasillo.

Todo había ocurrido tan rápida e inesperadamente, que durante unos segundos un silencio de tumba reinó en la clase. Luego estalló la tormenta.

— Pero ¿qué pasa aquí? —se oyó gritar a la señorita Ebbesen.

No hubo respuesta. Todas hablaban a la vez. Incluso Grethe parecía preocupada y empezó a hablar al oído de su vecina. La señorita Ebbesen golpeó su mesa para imponer orden. Karina se había quedado como petrificada, incapaz de reaccionar.

Entonces Puck gritó:

— Vamos, chicas... Tenemos que alcanzarla.

Y salió corriendo del aula, seguida de Karen, Navio, «Torbellino» y un par de chicas más. Cuando Karina pudo reaccionar, salió también tras ellas.

— ¿Adonde vais? ¡Quedaos aquí! —gritó la profesora inútilmente.

Las muchachas no le prestaron atención. Tenían el terrible presentimiento de que su amiga estaba en peligro.

* * *

Cuando las chicas llegaron a la explanada, no vieron a Riah por ningún lado. Puck había tomado el mando y daba órdenes con rapidez:

— Karina, tú sube al «Escarpín de Dama», a ver si está allí... Karen y Navio, buscad por la calle... Ilse y Gerda, que vayan al otro extremo del parque... «Torbellino», tú vendrás conmigo. Hay que encontrar a Riah —terminó excitada—. ¡Daos prisa, muchachas!

Todas obedecieron en el acto. Seguida de «Torbellino», Puck corrió por el parque. Se sentía muy nerviosa. Riah estaba desesperada, y habían perdido ya algunos valiosos minutos.

En un rincón del parque, el jardinero estaba trabajando entre las rosas. Las muchachas se le acercaron a toda velocidad y Puck le preguntó rápidamente:

— ¿Ha visto usted a Riah, señor Jensen?

— Sí, pasó corriendo hace un momento. No sé si sabe que la piscina está en esa dirección...

— Vamos, «Torbellino»... ¡Aprisa! —ordenó Puck, echando a correr con desesperación—. Va tan ofuscada que quizá ni vea la piscina. ¡Y si se cae en ella...! ¡No sabe nadar!

Cuando llegaron al borde del agua, «Torbellino» exclamó:

— ¡Dios mío! ¡Sí!... ¡Se ha caído en la piscina! Allí está... ¡ En el fondo!

Puck no vaciló ni un segundo. Se rasgó la falda del vestido, respiró hondo y saltó al agua de cabeza. Tras ella, «Torbellino» hizo lo mismo.

En aquel lugar, justamente debajo del trampolín, la piscina tenía una profundidad de cuatro metros. Las muchachas alcanzaron el fondo con la rapidez de los delfines. Un momento después, habían agarrado la figura inerte de Riah y, fatigosamente, consiguieron llevarla hasta la escalerilla.

Poco después, la morena chiquilla estaba tendida sobre las losas que bordeaban la piscina. «Torbellino» le preguntó angustiada:

— ¡Oh!... ¿Ha tragado mucha agua?

Puck contestó jadeante:

— ¡Corre, ve a por ayuda! Voy a hacerle la respiración artificial.

«Torbellino» echó a correr hacia el edificio principal mientras Puck, con movimientos seguros, empezó a aplicarle la respiración «boca a boca». Trabajaba con gran energía. Aunque no dio resultado en los primeros momentos, no renunció a ello. Riah no debía morir. Con ojos llenos de angustia, Puck miraba de vez en cuando hacia el edificio principal, pero aún no llegaba ninguna clase de ayuda.

«Adelante, Puck... No renuncies —se repetía una y otra vez.

— ¡ Gracias a Dios! — exclamó al fin.

El pecho de Riah comenzaba a agitarse, por lo que Puck continuó con renovada energía, incluso cuando oyó voces y carreras de gente que se acercaba. Un momento después, se vio rodeada de muchas personas, vio a la directora, a varias profesoras y a sus compañeras.

La profesora de gimnasia comprendió en el acto la situación.

— ¡ Muy bien, Bente! — la animó —. Ahora te sustituyo.

La profesora continuó con la respiración «boca a boca». Puck se quedó mirando. Temblaba de excitación. Habían sido unos momentos horriblemente dramáticos.

— ¡Mirad, mirad! —gritó Karina entusiasmada—. ¡Ya respira!

En efecto, las espectadoras vieron con alivio cómo la respiración de Riah se hacía cada vez más regular. Poco después, hizo unos gestos y abrió los ojos. Karen apretó el brazo de Puck y le dijo muy seria:

— ¡Qué bien lo hiciste! Has salvado una vida humana, Puck.

— ¡Pobre Riah! —suspiró Use—. ¿Qué ocurrió?

—Atolondrada por el disgusto, no vio la piscina y, en su loca carrera, cayó en ella. La conciencia de Grethe debe de estar bastante cargada —declaró Karina en tono sombrío—. Me pregunto dónde se habrá escondido.

Grethe no se veía por parte alguna. Poco después, Riah se había recuperado lo suficiente como para ponerse en pie, apoyada en la profesora de gimnasia. Vomitaba agua, y miraba en torno suyo con expresión perpleja. Estaba aún confundida, y la profesora no la soltó. Otra de las profesoras intervino para ayudarla.

Cuando llegó una ambulancia, Riah se había recuperado casi del todo. La directora y los enfermeros de la ambulancia intercambiaron algunas palabras y acordaron que la muchacha no necesitaba ingresar en el hospital. Sería suficiente con acostarla en su habitación y dejarla descansar algunas horas, sometida a estricta vigilancia.

Karina se ofreció en seguida con varias de las compañeras. Puck se mantuvo alejada. Ella tenía mucho que hacer. Karina, Navio y Karen acompañaron a Riah al «Escarpín de Dama» y la acostaron. La directora, imperturbable, se prometió investigar a fondo todo aquel asunto.

Pero Riah debía descansar primero unas horas.

* * *

Apenas la directora hubo regresado a su despacho, entró «Torbellino» en él. La muchacha, tras considerar los pros y los contras, se había decidido a hacerlo. En aquel accidente, Riah había salido bien librada..., pero ¿qué ocurriría en el futuro si las cosas seguían igual?

«Torbellino» lo contó todo. La señorita Moeller quedó asombrada. No podía imaginar que hubiesen podido sucederle tales cosas a la pequeña ghanesa. Aquello era una vergüenza para el buen nombre del Instituto.

Como tenía por costumbre cuando le preocupaba algo importante, la directora se había quitado las gafas y golpeaba con ellas sobre la mesa.

— Lo que dices es terrible, Rita. ¿Estás..., estás completamente segura de no haber exagerado?

«Torbellino» sacudió la cabeza con energía.

— Todo lo contrario. Es culpa de Grethe el que Riah, ofuscada por su estado, no viera la piscina y haya estado a punto de perecer en el accidente. Todas mis compañeras del segundo curso pueden confirmar mis palabras.

La directora hizo algunas preguntas más; luego dijo con decisión:

—Tengo que hacer algunas averiguaciones e interrogar a todas tus compañeras. Si resulta cierto lo que dices, Grethe será expulsada del colegio de inmediato.

[image]

* * *

Cuando «Torbellino» salía del despacho, se encontró en el pasillo con Puck, que le preguntó sorprendida:

— ¿Qué hacías ahí dentro?

— Vengo de hablar con la señorita Moeller —contestó «Torbellino»—. Le he contado todo lo sucedido entre Grethe y Riah...

— ¡Estupendo! —dijo Puck—. Si no lo hubieras hecho tú, yo estaba dispuesta a hacerlo.

— ¿Cómo está Riah?

— Se ha recuperado ya, pero no cesa de llorar. Las otras tres la están cuidando. No sabemos lo que la pobre puede intentar. ¿Te has enterado de que el incendio en la casa del jardinero no fue accidental?

— ¿Qué dices?

—Sí, acabo de hablar con Jensen. Él me lo ha contado. Los expertos de la policía han encontrado los restos de una bomba incendiaria con espoleta retardada, de fabricación casera, en el cuarto de las herramientas. Ahora están buscando al autor.

— ¡Qué horror! ¿Qué pretendía?

— No es que quisiera causar daños personales — contestó Puck—. El tipo tenía otro propósito al incendiar la casa...

— ¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó «Torbellino».

— Te lo diré dentro de un momento. Vamos a «La Cueva». Te invito a tomar una taza de té.

Poco después, las dos muchachas estaban sentadas junto a una de las mesas pequeñas. Puck pidió té y pastas secas a Doris. La

joven sirvienta estaba pálida, y parecía haber llorado. Cuando les trajo el té, Puck le preguntó en tono inocente:

— ¿Está usted triste por algo, Doris?

— No.

— ¿Se ha peleado con su novio?

— No. ¿Por qué iba a pelearme con él?

— Pues..., nunca se sabe...

La muchacha había empezado a colocar las tazas y los platos sobre la mesa, cuando Puck la tomó de la muñeca. La pulsera tintineó.

— ¡Vaya un regalo que le hizo Egon! — continuó la chica—. Debe de costar mucho... Dígame, ¿no le falta uno de los colgantes?

— Pues, no sé... No lo creo.

— Mire éste...

Puck había dejado un perrito dorado sobre el mantel.

— Sí, es mío — dijo Doris, e intentó recogerlo. ¿Dónde lo encontró usted, señorita Winther?

— En la alfombra del «Escarpín de Dama»..., delante del ropero de Riah.

Durante un instante, la chica se quedó inmóvil, luego dio media vuelta, como si fuera a escaparse, pero Puck la agarró del brazo.

— No, Doris; no le va a ser tan fácil.

La joven empezó a luchar violentamente para liberar su brazo, pero Puck era fuerte y «Torbellino» la ayudó. El ruido de la lucha fue oído en la cocina y el gordo cocinero salió corriendo. Se quedó con los ojos muy abiertos.

— ¿Qué demonios ocurre aquí? —preguntó. ¿Estáis peleando?

Puck contestó jadeante:

— Sí, algo así. Ha sido una suerte que haya llegado usted. Dése prisa. Hay que llamar a la policía. Avise a la directora.

— ¿A la policía? —hipó el cocinero—. ¿No querrá mandar a Doris a prisión por una pequeña pelea?

— No es por la pelea, Soerensen. Dígale a la directora que hemos capturado a la chica que robó las joyas de Riah.

El cocinero se alejó taciturno, mientras Doris seguía luchando con todas sus fuerzas.

— Yo no he robado nada —gritaba—. Todo es mentira... no he robado nada...

— Dígaselo al comisario — contestó Puck con sequedad —. Nosotras no vamos a hacer el informe.

— ¡Suéltenme!... ¡ Suéltenme!...

— Sí, cuando llegue la policía; ni un instante antes.

Doris luchó un rato aún. Luego, de repente, pareció perder las ganas de pelear. Se quedó quieta, y tanto Puck como «Torbellino» soltaron sus brazos. No debían haberlo hecho. Rápida como una centella, Doris colocó su rodilla bajo la mesa y logró levantarla. Sus dos contrincantes recibieron un violento golpe en el estómago, mientras la mesa parecía volar por el aire y toda la porcelana se rompía en mil pedazos. Ocurrió tan inesperadamente todo que Puck y «Torbellino» cayeron sentadas sobre los trozos del servicio, antes de reaccionar.

Entretanto, Doris, salió como una flecha por la puerta.

— ¡ A por ella! — gritó Puck levantándose.

Las dos amigas corrieron hacia la puerta, que les dio en las mismas narices. En aquel momento, el gordo cocinero entraba jadeante.

— Pasó por mi lado como un cohete. ¿Os ha hecho daño?

— No, sólo la puerta sufrió el golpe — contestó «Torbellino» entre dientes, mientras se frotaba la frente—. ¿Por qué no la detuvo usted?

— Corría muy aprisa, señorita Holst, y yo estoy muy gordo...
[image]

También Puck se quejaba. El golpe con la puerta había sido tan duro que le hizo ver el sol, la luna y muchas estrellas. No obstante, se recobró pronto y ordenó a su amiga:

— ¡Vamos, «Torbellino»! No podemos dejarla escapar. Sin embargo, cuando las chicas llegaron a la explanada, Doris no se veía por ningún lado. «Torbellino» exclamó fastidiada:

— ¡Vaya por Dios! Hay que buscarla. ¿Por dónde empezamos?

Puck, a pesar del chichón en su frente, sonrió:

— Es igual, «Torbellino», deja que la busque la policía. Nosotras ya hemos hecho suficiente por hoy. ¿No te parece?

— Y que lo digas... Ni siquiera tuvimos tiempo de tomar el té.

— Podemos tomarlo mientras esperamos que llegue la policía. Vamos a «La Cueva».

Poco después, el cocinero les preparaba otra tetera. Quería saber

por qué había ocurrido todo aquel jaleo, pero Puck le contestó:

— Hay que esperar la llegada del comisario. La directora avisó a la Brigada Criminal, ¿no es cierto?

— Sí, en el acto... Aunque parecía un tanto sorprendida.

Mientras las dos amigas tomaban su té con pastas secas, «Torbellino» dijo alegremente:

— Quizás haya llegado el momento de que me lo expliques todo. Era cierta tu sospecha, ¿verdad?

— Sí. ¿Te acuerdas cuando estuvimos aquí tomando refrescos el día en que Riah llegó al colegio?

— Claro...

Aquel día nos sirvió Doris. Por casualidad, noté que estaba escuchando muy interesada cuando hablábamos de las valiosas joyas de Riah. Más tarde, por casualidad también, observé el perrito que entre otras cosas colgaba de su pulsera. Creo que me fijé en él porque era un *cocker-spaniel* y, como sabes, yo tengo uno en Sundkoebing, en casa de mis tíos. Cuando encontré el colgante junto al armario de Riah, sospeché en seguida. Confirmé mis sospechas cuando Doris nos sirvió el té hace un rato. Me di cuenta de que había perdido al *cocker-spaniel*. Seguramente se le enganchó en el armario; pero, a causa del nerviosismo, no se dio cuenta que lo perdía. Quizá lo echó de menos más tarde, pero no se le ocurrió pensar que lo había perdido en el «Escarpín de Dama»...

Puck bebió un sorbo de té y continuó:

— Empecé sospechando de ella, aunque me faltaba confirmarlo. Por eso no creí culpables ni a la institutriz, ni a Grethe, ni a las chicas, ni a nadie... Y tuve razón con respecto a Doris.

— ¿Cuándo robó ella el joyero?

— Durante el incendio.

— ¿Cómo puedes estar tan segura? —exclamó «Torbellino».

— No hace falta mucha inteligencia para adivinarlo —sonrió Puck—. Las sirvientas no tienen nada que hacer ni por qué entrar en nuestras habitaciones. Doris, en circunstancias normales, jamás se hubiera atrevido a entrar en el «Escarpín de Dama»..., pero ella sabía que durante el incendio todas las muchachas estaríamos presenciando el fuego. En casos así, la curiosidad suele ser muy fuerte.

— Pero Doris no podía saber que iba a haber un incendio.

— Claro que lo sabía. Incluso sabía la hora exacta.

— ¿Quieres decir que ella prendió el fuego? —preguntó «Torbellino» incrédula.

— No. El incendio fue obra de Egon. Sé, por su tío, que siempre anda escaso de dinero. Cuando Doris le contó lo de las joyas de la princesa, vio en ello su gran ocasión. Como la chica estaba muy enamorada de él, no le debió ser difícil convencerla de que aceptase colaborar en el plan. Juntamente con el jardinero, el chófer y el cocinero, salió a dar un paseo anoche, me lo dijo el jardinero, pero antes de marchar colocó la bomba incendiaria fabricada por él, y, al regresar los cuatro encontraron la casa convertida en una hoguera. Mientras tanto, Doris había cumplido con su parte del plan y había robado el joyero del armario. Todo les hubiera salido bien a no ser por el pequeño perrito de metal que encontré sobre la alfombra, el cual ha ahorrado a la policía un montón de trabajo.

— ¿Y las joyas? ¿Dónde están?

— A eso sí que no puedo contestarte —rió Puck—. No soy adivina. Pero me inclino a creer que Doris ha entregado todo el botín a Egon. Ese tipo puede tener relaciones con gente del bajo mundo de Copenhague, pero estoy segura de que la policía lo capturará antes de vender las joyas.

* * *

Cuando llegó la policía, Puck les entregó el pequeño colgante dorado en forma de perrito y les explicó con todo detalle lo ocurrido. También expuso su propia teoría sobre el papel que Egon había representado en aquel asunto.

Los agentes quedaron muy impresionados. El comisario estaba de acuerdo con ella y mandó a dos de sus agentes en busca de Egon y Doris. Sin embargo, sufrieron una decepción. Registraron todos los edificios y el parque hasta el último rincón, pero los novios habían desaparecido. Rápidamente, el comisario avisó a la jefatura. De momento, él y su gente no podían hacer más.

Puck había hecho su declaración en el despacho de la directora. Cuando los policías se hubieron marchado, la señorita Moeller le dijo:

—Has hecho un buen trabajo, Bente. Te prometo un bonito regalo como recuerdo, pero ahora debes disculparme. Ahí fuera esperan tus compañeras de clase. Es muy importante que hable con

ellas.

Al salir del despacho, Puck vio a Grethe y a sus amigas en el pasillo. Murmuraban entre sí y la miraron con rabia cuando pasó por su lado. Puck y «Torbellino» fueron a hacerle una visita a Riah, en el «Escarpín de Dama». La chiquilla estaba acostada y miraba al frente en silencio. Sus tres «enfermeras» estaban tan calladas como ella. Habían intentado todo para animarla, le habían llevado té, pasteles y frutas, pero ella ni siquiera lo había tocado. A sus preguntas sólo respondía con monosílabos...

Al entrar las dos amigas, Riah volvió la cabeza hacia ellas y les dijo con amargura:

— ¡Hola! Me han dicho que fuisteis vosotras quienes me sacasteis del agua, cuando tan tontamente me caí en la piscina. Sé que debo agradeceréoslo..., pero no se cómo expresarme.

— ¿Cómo te encuentras, Riah? — preguntó Puck con amabilidad.

— Muy triste — contestó la pequeña y rompió a llorar —. Aunque hubiese muerto en ese accidente, creo que nadie me hubiera echado de menos.

— ¿Has olvidado ya a tu padre?

— Fue él quien me mandó aquí — dijo la muchacha, intentando secarse las lágrimas—. Y aquí tengo que aguantar burlas e insultos durante dos largos años...

— Esto se acabó —interrumpió «Torbellino»—. Grethe será expulsada del colegio.

— ¡Qué maravilla! —gorjeó Navio aplaudiendo—. ¿De veras vamos a vernos libres de esa estúpida entrometida?

— Suena demasiado bien para ser verdad — comentó Karina.

— Pero los padres de Grethe se sentirán muy tristes — se oyó decir a Riah.

Las muchachas se miraron. Seguramente estaban pensando lo mismo. Aunque Riah había sido torturada e insultada por Grethe, su primer pensamiento fue para los padres de su enemiga. Muchas niñas de aquel colegio podían aprender algo hermoso de la pequeña princesa de Ghana.

— Tengo más noticias para ti —manifestó Puck para animarla—. El robo de tus joyas está casi aclarado.

Y se puso a contar lo que sabía. Sus amigas la escuchaban llenas

de emoción. Por vez primera, Riah se interesó por lo que ocurría a su alrededor. Si el robo había sido aclarado, nadie podía acusarla de haber cometido un fraude. Era evidente que estaba de mejor humor. Puck tuvo que repetir todos los detalles de aquel emocionante asunto, y Riah asintió con gesto aprobador.

— Eres muy lista, Puck. Espero que la policía, logre capturar a los ladrones y recupere las joyas. No porque me interesen demasiado, sino porque mi padre sin duda sentiría perderlas. Debí haceros caso y haberlas dejado en la caja fuerte del Instituto.

De pronto se rió y añadió:

— ¿Qué hago aquí en la cama? No estoy enferma.

Poco después se había puesto la bata y se reunía con sus amigas. Puck bajó a la cocina en busca de refrescos. En el camino se cruzó con Elsebeth y Maya, dos de las amigas de Grethe. Elsebeth dijo con amargura:

— Os habéis salido con la vuestra, ¿verdad?

— ¿A qué te refieres? — preguntó Puck sorprendida.

— Grethe ha sido expulsada del colegio. Su padre vendrá a por ella dentro de una hora. Así lo exigió la directora.

Puck hizo una mueca.

— ¿Supongo que no querrás que me eche a llorar? Todas vosotras os habéis portado con mezquindad. ¡Pobre Riah!... Poco faltó para que muriera por vuestra culpa, en el accidente que sufrió.

— Grethe me da mucha pena...

— ¿Y Riah no?

— Sí, Elsebeth —intervino Maya—, Puck tiene razón. Nos hemos portado muy mal con Riah. Me di cuenta cuando vi que la sacaban de la piscina. Si hubiera muerto, no me lo hubiese perdonado nunca... Todas piensan lo mismo.

— ¿También Grethe?

— Ella no ha dicho nada...

— Me lo suponía.

Puck corrió hacia la cocina. Era una buena noticia qué Grethe abandonase el colegio. Siempre había ejercido muy mala influencia sobre sus compañeras. Cinco minutos más tarde, Puck regresó al «Escarpín de Dama» con una caja de cartón llena de refrescos. Karina dijo sonriente al verla:

— No vamos a pasar sed.

La «fiesta de los refrescos» fue muy alegre, sobre todo al enterarse las chicas de que Grethe había sido expulsada. Ya no había peligro de que Riah cometiese otra estupidez. Estaba de tan buen humor que resultaba irreconocible.

* * *

De momento, la búsqueda de la policía para dar con el paradero de Egon y Doris había sido infructuosa. Después de tantas emociones, Puck y «Torbellino» decidieron acostarse pronto. No obstante, se quedaron un rato charlando mientras la luna iluminaba la habitación.

De pronto, Puck tuvo una inspiración y exclamó en voz alta:

— ¡Claro! ¿Por qué no lo pensé antes?

— ¿De qué se trata? —preguntó «Torbellino» soñolienta—. Dices «claro» en un tono..., como si hubieras tenido una gran idea.

Puck se sentó en la cama y preguntó algo sorprendente:

— Tú también crees que Egon es un holgazán, ¿verdad?

— ¿Holgazán? —repitió «Torbellino» indignada—. Es una palabra demasiado suave para ese tipejo. Estoy segura de que ni siquiera tiene energía para rascarse el cogote si le pica. ¿Por qué lo dices?

— Pues porque antes de huir le vi trabajar con una energía increíble en él. Cuando pasé por su lado, estaba muy atareado entre los rosales. Cavaba y aplanaba con una aplicación ejemplar. Incluso se arrodilló... Nunca antes le había visto tan enérgico...

— Ya comprendo —aseguró «Torbellino», que se había despertado del todo—. Intentas explicarme que ese tipo ha debido de esconder el joyero entre las rosas, ¿verdad?

— Exactamente. Claro que sólo se trata de una sospecha; no obstante, yo lo veo muy claro.

— ¡Y tan claro! Si Egon trabajaba con energía, debe tratarse de algo muy especial. ¿Qué hacemos ahora? ¿Avisarás a la policía?

Puck vaciló antes de contestar:

— Sería lo más correcto, sin duda; pero más divertido si pudiésemos arreglar este asunto nosotras solitas, ¿no?

— ¿Recuerdas el lugar exacto?

— Más o menos; pero eso carece de importancia. Egon, en persona, nos lo mostrará...

— ¿Qué?

— Bueno, sólo se trata de otra sospecha. Estoy convencida de que Egon, esta misma noche, vendrá a buscar el joyero... No tendrá paciencia para esperar más... Le sorprenderemos con las manos en la masa.

— ¿Nosotras?

— Naturalmente. Movilizaremos a todas las chicas que estén dispuestas a tomar parte en la aventura. Le daremos su merecido a ese Egon.

* * *

Como es natural, Puck sabía que toda su teoría se basaba únicamente en una sospecha. Sin embargo, después de lo que había visto, era casi seguro que Egon había ocultado algo entre los rosales... ¿Qué podía ser, sino el joyero?

Durante el cuarto de hora siguiente, unas diez muchachas fueron convocadas a una reunión. Algunas estaban ya acostadas, pero al enterarse de qué se trataba, no vacilaron en acudir. Todo aquello era muy emocionante.

Puck estaba preparada para recibir una decepción. Quizás Egon ni siquiera se acercase al lugar; pero en tal caso no habrían perdido más que un par de horas de sueño. Poco después, un grupo de muchachas se reunía en el parque. En pocas palabras, Puck les puso al corriente de los detalles y concluyó:

— Que una cosa quede clara: sólo se trata de una sospecha. Vamos a dividirnos en grupos de a dos. Procurad esconderos en las sombras. Cuando Egon llegue, yo gritaré: ¡A por él, chicas! y lo atraparemos. Que nadie salga de su escondite antes de tiempo. No debe escapar. ¿Entendido?

Un momento después, las muchachas habían desaparecido. Puck y «Torbellino» se ocultaron entre unos arbustos. Estaban tan emocionadas como las demás. «Torbellino» preguntó:

— ¿Estás segura que fue por aquí donde le viste cavar?

— Segura del todo. Incluso creo saber el lugar exacto. Si Egon no viene, nosotras podremos buscar el joyero.

Y empezó la larga espera. En sus escondites, cada cuarto de hora les parecía una eternidad. Puck lo había advertido y todas habían prometido no perder la paciencia. Puck llevaba una cuerda sólida para amarrar a Egon si lo capturaban.

Puck estaba a punto de perder la paciencia, cuando, de repente,

se sobresaltó. Del otro extremo del parque se acercaba una figura oscura que se movía con lentitud. Avanzaba en silencio hacia el lugar donde se escondían las muchachas. A la luz de la luna, Puck reconoció a Egon.

«Torbellino» temblaba de emoción y preguntó con voz ronca:

— ¿Cuándo darás la señal, Puck? Esto es insoportable.

— Espera, deja que se meta entre las rosas... Luego gritaré.

Cuando Egon llegó hasta el cuadro de rosales, se detuvo. Durante un momento escudriñó los alrededores. Puck se puso nerviosa. Parecía que el sujeto sospechaba..., pero no. Se abrió camino entre los rosales, se inclinó y empezó a remover la tierra.

— ¡A por él, chicas! —sonó con claridad el grito de Puck.

Egon se irguió y quedó como paralizado. De todos lados corrían hacia él muchachas chillando y aullando. Miró a su alrededor como un animal acosado e intentó la huida; pero, para su desgracia, corrió en dirección a Puck y «Torbellino». No podía haber elegido peores adversarias. Las dos se lanzaron violentamente contra él y le hicieron rodar por el suelo. Segundos más tarde, las demás chicas llegaron al lugar de la lucha.

Aunque Egon era un tipo perezoso, era fuerte y se batía como una fiera. No obstante, la lucha fue corta. No podía hacer nada contra aquellas belicosas muchachas que no tardaron mucho en atarle las manos a la espalda.

— Vamos a levantar a este golfo — decidió Puck —. Le llevaremos al edificio principal. La policía se sentirá feliz de saludarle...

— ¡Asquerosa!... —insultó Egon furioso.

— No te esfuerces —le recomendó Puck con sequedad—. Necesitarás todas tus palabras para cuando llegue la policía..., Pero antes de marcharnos quisiera averiguar lo que estabas buscando.

La muchacha removió la tierra con el pie, pero como no era suficiente se inclinó y empezó a escarbar con las manos. Tuvo su premio. Poco después, consiguió sacar el joyero. Sus compañeras se regocijaron al verlo. Entretanto, el joven delincuente estaba a punto de ahogarse de rabia.

[image]

Poco después, las muchachas lo llevaban en triunfo hacia el pensionado. La directora se mostró muy enfadada al ser despertada

a aquellas horas; pero cuando hubo oído la explicación de Puck y vio el joyero, cambió de humor y se ilusionó tanto como las muchachas. A pesar de que era ya muy tarde, avisó a la Brigada Criminal. Luego dijo en tono alegre:

— Bien, chicas. Todo esto es insólito y contrario al reglamento, pero tenéis de antemano mi perdón... Ahora creo que nos sentará bien una taza de chocolate en «La Cueva».

Sus palabras fueron recibidas con gritos de júbilo, que se oyeron por todo el colegio. En la cocina, unas cuantas chicas se pusieron a preparar el chocolate mientras otras se ocupaban de poner las mesas. Ninguna de ellas pensaban en dormir, y, como es natural, se entusiasmaron cuando la directora declaró que el día siguiente sería considerado fiesta, en premio al esfuerzo decidido de las alumnas. En un rincón, Egon les contemplaba con ojos furiosos. Cuando llegó la policía, los agentes fueron puestos al corriente de lo ocurrido en pocas palabras. Luego se marcharon satisfechos con su preso. Eran más de las tres cuando la señorita Moeller decidió:

— Bien, muchachas, es hora de acostarse... Os estoy muy agradecida por vuestra hazaña... Me siento orgullosa de vosotras.

Las chicas se quedaron boquiabiertas. Nunca habían oído a la directora pronunciar una felicitación como aquella. Un cuarto de hora después, todas estaban acostadas; pero les era difícil conciliar el sueño. Había sido un día lleno de emociones.

[image]

Al día siguiente le entregaron a Riah su joyero y comprobó, llena de alegría, que no faltaba nada.

La policía, por su parte, había encontrado ya a Doris, y la muchacha confesó su participación en el robo. Egon se mostró más duro. Tardó bastante en hablar; pero al fin se rindió, declarándose culpable del incendio.

Después de las clases, Riah fue llamada al despacho de la directora junto con Puck, «Torbellino» y Karina. La señorita Moeller saludó con amabilidad a las muchachas y pronunció un pequeño discurso:

— Bien, Riah, ahora que todo ha sido aclarado, creo que ha llegado el momento de hablar contigo y con tus mejores amigas. Por lo que ha ocurrido últimamente, imagino que tu estancia entre nosotras ha sido muy desgraciada. Siento mucho no haberme

enterado de ello antes. Algunas alumnas opinan que es dar un «chivatazo» el ponerme al corriente de lo que ocurre; no obstante, lo considero una grandísima equivocación. Si pretendéis resolver por vosotras mismas casos tan difíciles como éste, el remedio puede ser peor que el daño. El desenlace del caso de Riah ha podido ser fatal. ¿Cómo te encuentras ahora, pequeña?

— «Formi»...

La directora sonrió y continuó hablando:

— Si te hicieron sufrir, hijita, no creo que fuera debido a discriminación racial... Grethe hubiera hecho lo mismo con una chica blanca, tenlo por seguro. En Dinamarca no existe la discriminación. En nuestra opinión, todos los hombres son iguales cualquiera que sea su raza o religión. La cuna de la Humanidad no fue Europa ni América; seguramente tampoco lo fue Asia... Creo, incluso, que los científicos están de acuerdo en afirmar que los primeros hombres aparecieron en... África.

— ¡ Vaya, qué divertido! — exclamó Riah alegremente —. ¿Quiere eso decir que Adán y Eva fueron de color negro?

— ¿Quién sabe? —rió la directora—. Pero sea como fuere, ningún ser humano tiene derecho a mirar mal a otro. Fue por pura casualidad el que Grethe dirigiera su maldad contra ti... No es la primera vez que se enfrenta con sus compañeras... Y sus amigas, por desgracia, la seguían más por imitarla que por otra razón. Sin embargo, debes sentirte dichosa por tener tan buenas amigas en este colegio. Tres de tus mejores compañeras están aquí contigo, en este momento...

La directora hizo una pausa y continuó:

— Me siento contenta porque vosotras y algunas de vuestras compañeras os habéis sabido comportar como personas honestas y civilizadas. Espero que en el futuro reinará la paz y la amistad... Gracias, muchachas. No creo que vuestra amiguita cometa más imprudencias..., ¿verdad, Riah?

— He tenido ya suficiente, señorita Moeller. Fue horrible.

Cuando las cuatro muchachas hubieron abandonado el despacho, la señorita Moeller encendió un gran puro. Consideró que se lo merecía. Media hora después ocurrió algo sorprendente. Elsebeth se acercó a Puck y le dijo con timidez:

— He hablado con nuestras compañeras. Sentimos mucho

habernos portado tan mal con Riah y..., bueno, habíamos pensado celebrar una fiesta en su honor...

— ¿Una fiesta? — preguntó Puck sorprendida.

— Un baile en el parque; el sábado por la noche. Si la señorita Moeller da su consentimiento, podrían asistir nuestros hermanos, primos y sus amigos...

— Es una buena idea — asintió Puck —. Será muy divertido..., pero Riah no debe saber que la fiesta es en su honor. Puede sentirse intimidada. Si acude como una de tantas, se divertirá más. Si todas estamos unidas y le demostramos nuestra amistad, habremos logrado nuestro propósito, ¿no te parece?

— Claro que sí. ¿Quieres hablar tú con la directora?

— ¿Por qué no se lo dices tú misma?

— No creo que me aprecie mucho en estos instantes...

— La señorita Moeller no es vengativa — sonrió Puck — y le gustará vuestra idea..., pero está bien, yo se lo preguntaré.

No hubo dificultad por parte de la directora. Puck no intentó ocultar que la idea había surgido de las amigas de Grethe, y la señorita Moeller se alegró de que así fuera. Acordaron que las muchachas podían invitar a dos miembros de su familia o amigos y que el baile se celebraría en el aula grande del colegio, porque la orquesta se oiría demasiado en todo el barrio si la fiesta se celebraba en el jardín.

La noticia fue recibida con enorme júbilo por las muchachas, que en seguida empezaron a repasar sus trajes de noche.

* * *

Llegó el sábado. Hacía un tiempo espléndido. Aunque el baile iba a celebrarse en el salón, habían colocado mesas en el jardín para los refrescos. Los árboles aparecían adornados con faroles multicolores. «Torbellino» había contratado a los músicos. Su primo y tres de sus amigos formaban un pequeño conjunto, y según ella, eran muy buenos, sobre todo interpretando música moderna.

Casi un centenar de jóvenes habían contestado afirmativamente a la invitación. La directora y las profesoras ocupaban una mesa en uno de los rincones de la sala. Les gustaba ver divertirse a los jóvenes.

El cuarteto tocaba bien. «Torbellino» no había exagerado, y el baile se animó mucho. Como había muchos chicos, las muchachas

no se perdían un solo baile. Puck y «Torbellino» estaban sentadas en torno a una mesa con Riah, Navio y Karen. Aunque todas eran muy solicitadas por los jóvenes, Riah era la que se llevaba la palma. Los muchachos casi se peleaban por poder bailar con ella. Karina, que se había sentado en otra mesa con su primo, se acercó a sus amigas y les dijo alegremente:

— Creo que necesitarás carnet de baile para anotar a tus caballeros, Riah; si no, esto terminará en pelea...

Los ojos de la pequeña princesa brillaban de felicidad. Bailaba con alegría y no parecía cansarse. Estaba guapísima. Su tez morena contrastaba notablemente con el vestido blanco y las sandalias doradas de tacones altísimos. En su pelo negro llevaba prendida una rosa. Como únicas joyas, se adornaba con unos pendientes de oro con brillantes.

Cuando la orquesta tocó de nuevo, la pareja de Riah la sacó rápidamente a la pista y los espectadores fueron testigos de una exhibición excepcional. La pareja de Riah era muy ágil y, por mucho que improvisara pasos difíciles, la muchacha le seguía con la misma facilidad, tanto que los presentes sólo tenían ojos para ella.

[image]

Al terminar, los aplausos atronaron el salón. Riah regresó a su mesa y ni siquiera jadeaba. Sus amigas la miraban con ojos de asombro y Navio exclamó admirada:

— Fue formidablemente palpitante el verte, Riah... Podrías ganar mucho dinero viajando por el mundo con este número de baile.

Riah se encontraba muy contenta por el baile y porque, tanto Elsebeth como las demás amigas de Grethe, estaban muy amables con ella. Su estancia en Dinamarca prometía ser muy feliz en el futuro.

La orquesta tocó de nuevo y casi en el mismo instante Riah fue sacada a la pista.

— Si la pobre sigue bailando así toda la noche — rió Karina—, se le gastarán las piernas hasta la rodilla... Se está divirtiendo mucho...

— También tiene mucho que olvidar — dijo Karen en tono serio.

— Sí — asintió Puck —. Ojalá logre olvidarlo para siempre.

— Aunque Riah ha recuperado sus joyas —insistió Karina—, no

creo que intente venderlas para comprar un billete de vuelta en avión...

La directora estaba en su rincón, fumando como siempre su gran puro. Seguía con la mirada a las parejas y se volvió hacia su sobrina, que también daba clases de baile moderno en el Instituto, y dijo:

— Creo que tú sacarás más provecho de Riah que la señorita Flemmer con su gramática. Esta chiquilla sabe bailar; en cambio, su danés es deplorable.

— Ya me ocuparé yo de que olvide su jerga —declaró la profesora de danés—. Ha hecho ya grandes progresos...

En aquel momento, Riah pasaba ante la mesa de las profesoras junto con su pareja. La directora la detuvo y le preguntó:

— ¿Te diviertes?

Los ojos de la muchacha brillaban como estrellas.

— Esto es la «monda», chica...

La pareja siguió bailando y las profesoras rompieron a reír. La señorita Flemmer y «La mocasines» fueron las únicas que no corearon las risas. La directora sonrió con gesto burlón.

— Tengo que admitir que Riah ha progresado mucho en lengua danesa.

* * *

La fiesta tocaba a su fin. A la una en punto, la directora dio las buenas noches a todos. Aunque el día siguiente era domingo, consideró oportuno que las alumnas debían acostarse ya.

Sus palabras no fueron acogidas con alegría precisamente, pero todo el mundo obedeció y la sala se vació lentamente, mientras los músicos recogían sus instrumentos.

Las muchachas subieron a sus habitaciones. Media hora más tarde, debían estar acostadas y tener la luz apagada. Aquella noche le tocaba la guardia a «La mocasines». Las chicas del segundo le tenían mucho respeto. Después de una velada maravillosa, hubiera sido muy triste ser anotada en la odiada libreta negra.

Cuando las dos amigas entraron en el «Escarpín de Dama», Riah se dejó caer en un sillón exclamando:

— ¡Ha sido un baile sensacional!

— Y que lo digas —rió Karina—. Los chicos casi se peleaban por bailar contigo. Además, tu vestido es precioso.

— Sí, es «formi»..., bueno; quiero decir: es muy bonito — asintió Riah bostezando.

Se quitó los pendientes de oro y los guardó en el joyero.

— Mañana mismo —dijo— pediré permiso a la directora para dejar mis joyas en la caja fuerte... Hemos tenido ya bastante jaleo con ellas...

— Buena idea —asintió Karina que estaba limpiándose los dientes—. Si hay otro «jaleo», como dices, quizá no termine tan bien..., pero date prisa. Dentro de un momento llegará «La mocasines».

Riah se quitó el vestido mientras seguía hablando. La fiesta la había impresionado mucho. No podía pensar en otra cosa. Cuando Karina ya se había acostado y bostezaba ruidosamente, Riah aún hablaba maravillada de los jóvenes daneses que se habían mostrado tan corteses y caballerosos con ella.

Karina la cortó con sequedad:

— No has conocido a muchos aún, Riah. Puedes estar segura de que hay muchos camellos entre ellos.

— No lo creo...

Llamaron a la puerta y entró la señorita Meyer. La expresión de su cara era de fastidio. Su voz sonaba tan seca como siempre:

—¡A la cama las dos! Si no tenéis la luz apagada dentro de tres minutos, os pondré una mala nota en mi libreta.

«La mocasines» parecía tener la especialidad de estropear los momentos felices. Cuando se hubo marchado, Riah hizo una mueca.

— ¿Quieres explicarme por qué está siempre tan enfadada?

— Quizá porque aún sigue soltera — bostezó Karina —. Sin duda no tiene sobre los hombres daneses la misma opinión que tú.

Pocos minutos después, las dos amigas dormían plácidamente. Riah debía de tener sueños felices porque sus labios sonreían.

[image]

[image]

Cuando Puck cumplió los dieciocho años, estudiaba el último curso en el «Instituto Clara Moeller». Era su tercer año en aquel colegio y lo había pasado muy bien allí, tan bien como en el pensionado de Egeborg.

En ambos colegios, Puck se había visto rodeada de buenas amigas y profesoras comprensivas..., exceptuando, naturalmente, a

«La mocasines».

La profesora de idiomas Nora Meyer, «La mocasines» nunca había sido popular entre sus alumnas. Siempre parecía enfadada; pero, mientras las alumnas del primero y segundo cursos le temían, las mayores no se dejaban intimidar. Cuando aquellas muchachas de tercero tenían ganas de bromear, resultaba difícil ser profesora en el «Instituto Clara Moeller».

* * *

Fue una gran alegría para Puck el saber que su padre y su madrastra habían regresado a Copenhague. El ingeniero Winther trabajaba en Nueva Delhi, para una empresa danesa, y era la primera vez en tres años que venía a pasar seis semanas en Dinamarca.

A pesar de haber trabajado tanto tiempo en el extranjero, primero cuatro años en Chile y luego tres en la India, el ingeniero había conservado su piso en el barrio de Oesterbro. Y era allí donde Puck iba a pasar unos días felices con sus padres. Dadas las circunstancias especiales, la directora le había concedido ocho días de permiso.

El primer día, su padre le dijo sin rodeos:

— Bien, Bente, tenemos que hablar sobre el futuro. Según lo acordado, yo debía regresar definitivamente a Dinamarca a finales de este año; sin embargo, la empresa ha vuelto a firmar un contrato con el gobierno indio. Esto significa que habré de prolongar mi estancia en la India unos tres años más...

— ¡Ay no!... —exclamó Puck con cara desolada—. Y yo que creía que...

— Tranquilízate, Bente —interrumpió su padre con una sonrisa—. Encontraremos una buena solución. Te lo prometo. Dentro de medio año habrás terminado tus estudios y obtenido tu diploma en el «Instituto Clara Moeller»; entonces podrás venir con nosotros a la India... No obstante, si prefieres venirte con nosotros ya dentro de seis semanas, me sentiría muy contento. Tu educación ha sido buena y estoy seguro de que serás capaz de defenderte en la vida. ¿Qué me contestas?

—¿Me das tiempo para pensarlo, papá?

— Naturalmente, hijita... No debes precipitarte.

Durante toda la tarde, Puck estuvo inmersa en un estado de

indecisión absoluta. Se sentía tentada a aceptar la oferta de su padre y marcharse con él a la India lo antes posible... Sin embargo, si esperaba medio año, obtendría su diploma... Y medio año pasa pronto. Ella se sentía a gusto en el colegio, y por otra parte, sería horrible tener que despedirse a mitad del curso de sus amigas: Karen, Navio, Karina, «Torbellino» y muchas otras buenas compañeras. ¿Qué hacer?

Ellen Winther comentó con su marido:

— ¿Te das cuenta de lo difícil que es para Puck el decidirse?

— Siempre resulta difícil tomar una decisión importante — admitió el ingeniero Winther—. Pero, a sus años, Bente debe decidir por sí misma. Pronto cumplirá diecinueve años, y no quiero imponerme de ninguna manera.

— Sí, ha crecido — sonrió su esposa —. Casi no la reconocí... Se ha convertido en una joven encantadora. Es extraño que aún no tenga novio...

— ¿De qué hablas? —exclamó el ingeniero atónito—. Es una colegiala aún...

Su mujer se echó a reír.

— Te estás mostrando muy anticuado. Eso es una cuestión de edad, no de si la joven va al colegio o no. Debes saber que muchísimas chicas danesas se comprometen en matrimonio a los dieciocho o diecinueve años.

— Bueno, sí; ¿y qué?

— Nada. ¿Puck no te ha dicho nada en sus cartas?

— Nunca, si fuera así, lo hubieras sabido... Además, yo no creo que Puck tenga ganas de casarse...

— No digas bobadas — rió su esposa —. Cuando encuentre el hombre adecuado, se las arreglará solita. Como padre egoísta, crees ser el único hombre en su vida, y tendrás que cambiar de opinión. El hecho de que Puck aún no tenga novio se debe únicamente a que es una chica muy sensata y no acepta al primero que se presente. Estoy segura de que ya ha debido de tener más de un pretendiente...

— No puede ser —rió él—. Siempre me lo ha contado todo. Me lo hubiera dicho.

—Es posible, pero lo dudo. Hay cosas que no se cuentan así como así. Cuando nosotros nos casamos hace cuatro años, no pensaste que algún día le tocaría a Puck, ¿verdad?

— Claro que no. Ella era sólo una chiquilla...

— Pero ya no lo es... —replicó Ellen con sequedad.

Mientras aquella conversación tenía lugar, Puck paseaba por uno de los muchos parques públicos de Copenhague. Ella, desde luego, no pensaba ni en compromisos ni en matrimonio. Mientras caminaba, sopesaba los pros y los contra de la oferta de su padre. Al regresar de su paseo, fue a buscarlo para comunicarle su decisión.

— Lo he pensado mucho, papá, y creo que lo mejor será quedarme aquí, terminar mis estudios y, dentro de medio año, reunirme con vosotros en la India. Sé que será pesado para todos; pero, como ya te has gastado mucho dinero en mi educación, prefiero obtener mi diploma. Cuando os marchéis dentro de seis semanas, sólo me faltarán cuatro meses... y pasarán pronto.

Puck dijo la última frase con una sonrisa valiente, pero en su interior no se sentía tan alegre. Sólo tenía doce años cuando su padre se fue a Chile y ella ingresó en el pensionado de Egeborg... Ahora iba a cumplir diecinueve. Durante aquellos siete años, su padre la había visitado en muchas ocasiones, pero no era lo mismo que vivir a su lado.

Sin embargo, no podía quejarse. Sus mejores amigas estaban en la misma situación que ella. El padre de Navio era capitán de la marina mercante y, en ocasiones, pasaban años entre una y otra visita... La madre de Karen estaba viajando constantemente... Y los padres de Karina llevaban casi dos años viviendo en Ghana.

Puck no lo había pasado tan mal durante aquellos siete años. Había recibido una esmerada educación y tenía muchas amigas. Había conocido a Navio y a Karen, en el pensionado de Egeborg, y luego, las tres estudiaban juntas el tercer curso en el «Instituto Clara Moeller». Siete años juntas y, dentro de seis meses, todo habría terminado. Posiblemente, no se volverían a ver. La madre de Karen había comprado una casa en la Costa Azul y su hija se iría a vivir con ella por tiempo indefinido. Navio se marcharía a vivir con una tía en Inglaterra... «Torbellino» iba a casarse con un joven estupendo, que estaba terminando la carrera de Medicina. Y ella no era la única entre las amigas de Puck que estaba comprometida. Varias de sus compañeras de clase tenían novio formal. «Había que estar muy segura de sí misma para dar semejante paso», pensó Puck.

Luego sonrió. Era la primera vez que pensaba en ello. ¿Por qué, de repente, se le había ocurrido? Puck era una chica muy sensata y, como todas las jovencitas, estaba convencida de que algún día encontraría al hombre adecuado para casarse; pero hasta entonces no tenía por qué preocuparse del asunto.

* * *

Ellen Winther había preparado una cena para cuatro. El invitado era Ole Bang, hijo del director Bang, de «Danaplan», la empresa para la cual trabajaba el ingeniero Winther. Le habían invitado porque el joven iría a Nueva Delhi un par de meses después, como ayudante del ingeniero Winther en el nuevo proyecto.

Ole no estaba muy entusiasmado con el viaje. Estudiaba la carrera de ingeniero y hubiera preferido continuar sus estudios en Copenhague, pero su padre había decidido que le irían muy bien un par de años de prácticas. Y cuando el director Bang decidía algo, no había otra alternativa. Ole sería algún día el dueño de «Danaplan», empresa que realizaba trabajos en todo el mundo, y era importante que sus conocimientos fuesen lo más amplios posible...

Ole había protestado, pero su padre se había mantenido firme. Y al muchacho no le quedó más alternativa que decir que sí, no sin antes manifestar su descontento por tener que dejar Copenhague, donde tenía tantos amigos y practicaba su deporte favorito en el «Club Estudiantil de Remo».

* * *

La velada resultó muy agradable en el hermoso hogar de los Winther. Cuando Ole se informó un poco sobre la India y su futuro puesto de trabajo, pareció calmarse y aceptar con más agrado su destino.

Puck encontró al joven Bang muy simpático. No sólo era apuesto, alto, de anchos hombros, deportivo, con cara tostada por el sol, dientes blanquísimos y cabello cuidado..., sino que tenía ojos y expresión bondadosos. En cierta forma, Puck siempre juzgaba a sus semejantes por sus ojos. Para ella eran, como se decía, el espejo del alma.

Si esto era verdad, Ole Bang debía ser una bellísima persona. Sus ojos azules sonreían siempre, pero Puck tenía la certeza de que también podrían mostrarse decididos en caso necesario.

Además, Ole Bang poseía un maravilloso sentido del humor...,

tanto que era capaz de reírse hasta de sí mismo. Aquélla era una cualidad que Puck había apreciado siempre... porque era estupendo que la gente no se tomara a sí misma demasiado en serio. Y aquel joven hubiera tenido razones para creerse importante, a sus veinticuatro años: un aspecto físico envidiable y único heredero de una empresa mundialmente conocida. ¿Cuántos jóvenes, en su situación, no se sentirían importantes? Seguramente, la mayor parte de ellos.

Ole conocía el «Instituto Clara Moeller», porque la casa de sus padres, en Ryvangen, estaba muy cerca del colegio, y le preguntó a Puck:

— ¿Cuándo terminará sus estudios en el «Instituto Moeller», señorita Winther?

— Dentro de medio año. Luego iré a Nueva Delhi con mis padres..., pero creo que me ilusiona ese viaje más que a usted.

— La verdad es que no me imagino que pueda ilusionarle a nadie el ir a la India — declaró Ole con sequedad —. ¿Y qué me dice de sus amigas? ¿No las echará de menos?

— Claro que sí —admitió Puck—. Confieso, incluso, que les echaré muchísimo de menos..., sin embargo, la vida ha de seguir su curso..., para todos nosotros...

— ¿Eso lo dice usted por mí? — rió Ole.

— Lo digo por los dos. Usted tendrá que hacer un esfuerzo para ampliar sus conocimientos, y yo no puedo pasarme toda la vida en el colegio.

— Me gusta pensar que también irá a Nueva Delhi, señorita Winther.

— Lo mismo digo — sonrió Puck —. Cuando yo llegue, usted ya se habrá familiarizado con el país y podrá servirme de guía. Me encanta conocer nuevos lugares.

— Lo vamos a pasar muy bien en la India — terció Ellen Winther—. Tenemos amistad con gente estupenda. No debéis creer que Nueva Delhi sea el fin del mundo. Nosotros, por lo menos, tenemos una casa estupenda con todas las comodidades...

— Y también podrá practicar su deporte favorito, Ole —añadió el ingeniero Winther—. Hay varios clubs de remo y se entrenan a diario en el río Jumna. — Y dirigiéndose a su hija concluyó—: Bente, tú tampoco te vas a aburrir en la India.

— Me hace mucha ilusión pensar en ello, papá.

Ole hizo una mueca.

— Ojalá tuviese yo la misma ilusión — declaró.

Si Puck hubiera sido una muchacha coqueta y vanidosa se hubiera enfadado..., porque, aparentemente, a aquel joven no le hacía ninguna ilusión convivir con ella en Nueva Delhi. Pero Puck no era así, y si hubiera sido capaz de leer los pensamientos hubiese sabido que Ole pensaba todo lo contrario con respecto a ella: «Qué chica más simpática es Bente Winther; guapa, encantadora y muy inteligente. No es como las chicas de la alta sociedad de Copenhague. Y no se pinta...»

A Ole nunca le habían gustado las muchachas pintadas de cejas negras, labios rojísimos y párpados azul oscuro, como si hubieran dormido poco...

Pero Puck era incapaz de leer los pensamientos. Se limitó a comprobar que Ole Bang era un muchacho muy simpático, y durante la velada creció su respeto hacia él. Sólo bebió un vaso de vino tinto en la comida y, cuando tomaban el café, rehusó la copa de coñac que el ingeniero le ofreció. Había llegado en su coche deportivo y no bebía nunca cuando tenía que conducir. A Puck le gustó su sensatez...

Cuando Ole Bang se hubo despedido y Puck estaba acostada ya en su habitación, el ingeniero y su mujer se quedaron charlando en el salón. A Ellen le parecía que la noche había sido perfecta y su marido estaba de acuerdo con ella.

— El joven Bang no se muestra muy entusiasmado con el viaje a la India, pero confío en que cambie de opinión una vez allí.

[image]

— Sí, espero que aguante al menos medio año —añadió Ellen sonriente.

— ¿Por qué medio año?

— Entonces llegará Puck.

— Vamos, Ellen —rió su marido—. A Ole Bang no le interesan las chicas de momento, aunque ellas no le dejen en paz. Lo tiene todo, es joven..., guapo..., muy deportivo..., inteligente..., e hijo de millonario... ¿Puede una muchacha pedir más a un hombre?

— Sí. Un buen carácter.

— Tampoco le falta a él. Puedes estar segura, Ellen. Es muy

popular en las oficinas de la empresa, porque nunca se ha portado como un hijo de papá. Trabaja igual que los demás..., o quizá con más energía..., y aunque el deporte del remo es su pasatiempo favorito, no deja que le robe tiempo de su trabajo.

— ¿Así que estás contento de tenerle contigo en Nueva Delhi?

—Ya lo creo. No podía desear un ayudante mejor que él. Ella se quedó callada, pero al momento sonrió.

— Esta noche me he fijado en Puck y en el joven Bang. Forman una bonita pareja... ¿No te parece, Joergen?

— Pues..., sí... Pero no veo qué tiene eso que ver con su forma de trabajar...

Ellen Winther hizo una mueca.

— Eres imposible. | Qué poco romántico!

[image]

Puck regresó al Instituto después de haber pasado una semana maravillosa. El solo hecho de vivir con su padre y su madrastra había sido extraordinario, y los días habían pasado sin darse cuenta.

Una noche habían ido al parque de atracciones de «Dyrehavsbakken», otro día habían estado de compras por todos los grandes almacenes, y, como es natural, también habían ido al «Tívoli».

Un par de veces había salido también a dar un paseo en coche con Ole Bang. El joven se presentó inesperadamente y la invitó a dar un paseo con él por Strandvejen. El paseo se convirtió luego en una invitación a cenar en Gilleleje, en el norte de Selandia, y mientras tomaban el café, habían acordado tutearse. Decidieron que era más fácil llamarse por los nombres de pila.

— ¿Por qué te llaman Puck? —preguntó Ole—. ¿Es quizá por el duendecillo del bosque de la obra de Shakespeare?

— Veo que eres un chico instruido —sonrió Puck—. Pues sí, el mote me lo pusieron mis compañeros del pensionado de Egeborg, hace ya siete años. Durante los primeros días, creo que me porté como un duendecillo del bosque... Echaba de menos a mi padre, y me gustaba pasear sola entre los árboles. Desde entonces, todo el mundo me llama Puck..., también mis compañeras del «Instituto Clara Moeller». Creo que mi padre es la única persona que sigue llamándome Bente. Hay veces que casi olvido que tengo nombre de pila. ¿No tienes tú algún apodo?

— Pues, sí. Mi madre sigue llamándome «Ollemand» (Ole, el hombrecito) — contestó él con sequedad—. ¿Verdad que es encantador?

— Es maravilloso —rió Puck—. Sin embargo, delata una tremenda falta de imaginación. Supongo que preferirás que siga llamándote Ole.

— Sí, gracias, si no te importa.

El domingo fueron en el coche hasta la playa de Hornbaek y se bañaron. Ole estaba impresionado por el buen estilo de Puck cuando la vio nadar. Cuando hicieron una carrera, el joven tuvo que esforzarse mucho para ganar; él, que estaba considerado como uno de los mejores nadadores de su club de remo.

La playa estaba llena de gente y los bañadores brillaban con todos los colores del arco iris.

Mientras se secaban al sol, tendidos sobre la arena, Ole dijo como para disculparse:

—El domingo es mal día para venir a la playa. Hay demasiada gente. Todos esos transistores hacen un ruido infernal in la playa. Hubiera preferido venir un día entre semana, pero tengo que trabajar...

Puck asintió, mientras mordisqueaba una brizna de hierba. Le gustaba la actitud de Ole. Como hijo del jefe, hubiera podido tomarse un día libre; sin embargo, no quería faltar a su trabajo para ir a divertirse. Quería ser tratado igual que los demás en la empresa.

Puck tuvo que admitir que Ole poseía muchas cualidades, era muy distinto de los otros jóvenes que había conocido. En realidad, era un chico responsable y, al mismo tiempo, muy alegre y divertido.

Puck se enfadó consigo misma. ¿Por qué de pronto había empezado a comparar a Ole con los demás? No veía la razón. ¿Estaría Ole contento de que ella fuera también a Nueva Delhi? No había dicho nada al respecto..., lo cual también le molestaba.

— ¿Crees que lo pasaremos bien en Nueva Delhi? —preguntó.

— Sí... —asintió el joven—. Tu padre dijo que había clubs de remo...

— ¿Sólo piensas en remar? —preguntó Puck fastidiada.

— ¿Por qué no? —contestó Ole alegremente, y la miró de reojo.

¿Estaba enfadada? ¿Había dicho algo que la había molestado? ¡Qué extraño! Parecía tan alegre y resuelta..., a decir verdad, Puck era la chica más bonita y encantadora que había conocido. También resultaba extraño que ni siquiera tuviera novio, porque una chica como ella debía tener muchos admiradores y a su edad muchas jóvenes estaban prometidas... o casadas.

Ole Bang era un joven muy inteligente; sin embargo, no sabía nada sobre los sentimientos de las muchachas. Nunca se había interesado por ninguna, hasta entonces; pero en aquel momento hubiera renunciado a su sueldo de un mes por conocer los pensamientos de Puck, que seguía tendida, con los ojos cerrados, mordisqueando una brizna de hierba.

El enfado de Puck, como es natural, no duró mucho y la muchacha volvió a ser pronto la alegre compañera de antes.

* * *

Cuando Puck se reunió con Karen y Navio en la habitación de la «Flor de Guisante»; les contó, con todo lujo de detalles, lo ocurrido en su maravilloso permiso. Sus amigas la escuchaban atentamente.

Al final, Karen comentó sonriente:

— Pareces muy interesada por ese Ole Bang. Debe de ser un chico estupendo...

— ¿Estupendo?? —repitió Puck ruborizándose—. Es mucho más que eso.

Karen y Navio intercambiaron una rápida mirada de comprensión. Nunca habían visto a Puck en aquel estado..., y eso que hacía siete años que vivían juntas. Puck nunca se había interesado por los chicos del pensionado de Egeborg, ni por ninguno de los jóvenes que habían asistido a los bailes y fiestas en el Instituto. Siempre se había mostrado muy simpática con todos, pero allí se acababa la cosa. Nunca había aceptado una invitación para salir... Y de pronto, había salido dos veces seguidas con Ole Bang. Decididamente, debía de ser un muchacho único.

Navio no podía controlar su entusiasmo.

— ¡Vaya, Puck! Es formidablemente palpitante. Por fin estás enamorada.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Puck insegura, poniéndose aún más colorada—. Encontrar simpático a un joven..., no es lo mismo que enamorarse.

— La expresión de tu cara dice otra cosa —terció Karen con su bella sonrisa—. He de decir que me has impresionado.

— ¿Se te ha declarado? —preguntó Navio con curiosidad.

Puck no pudo menos que reír.

— ¡Ya está bien! Sólo nos conocemos desde hace una semana..., y no se trata de estar enamorados uno del otro... Sólo somos amigos.

— ¡Ja, ja! —rió Navio—. Esa clase de amistad siempre termina con anillos de oro y campanas de iglesia. Ojalá yo estuviera tan enamorada..., pero nadie se fijará en mí...

— Tienes mucho tiempo por delante, boba —replicó Puck—. Ya verás, dentro de un año estarás comprometida con un aristócrata inglés.

—¿Tú crees?

— No lo creo, lo sé. Los ingleses están locos por las muchachas danesas que van a aprender su idioma..., y casi siempre termina en boda...

— ¡Ya!

Puck estaba extrañada. ¿Por qué las jóvenes tenían tanta prisa en casarse? Navio aún no había cumplido los diecinueve años y era tan bonita que no necesitaba preocuparse. Ya encontraría su media naranja. Lo más importante era elegir bien.

De momento, Puck prefirió cambiar de tema y preguntó:

— ¿Ha ocurrido algo interesante durante mi ausencia?

— Pues sí —asintió Karen—. Le hemos declarado la «guerra» a «La mocasines».

* * *

Las palabras de Karen no sorprendieron lo más mínimo a Puck, porque la señorita Meyer estaba cada día más antipática y trataba a sus alumnas con despotismo. Durante los tres años que Puck llevaba en el Instituto, «La mocasines» había sido odiada por todas las muchachas, y tampoco era apreciada por las otras profesoras. Incluso la directora estaba perdiendo la paciencia a causa de sus continuas quejas, que casi siempre carecían de importancia; pero, de momento, había preferido callarse, porque la señorita Nora Meyer era insustituible como profesora de alemán, francés e inglés. Por regla general, escogía a sus víctimas entre las alumnas del último curso..., esas muchachas que se consideraban adultas por

tener permiso para maquillarse y poder salir hasta medianoche.

Su mal genio se debía seguramente, al menos en opinión de las muchachas, a que no había encontrado marido; y, como hacía años que cumplió los cincuenta, las posibilidades de casarse iban disminuyendo. Pero esto no disculpaba su mal genio.

La señorita Clara Moeller tampoco se había casado, pero no por ello era agria. Era severa, sí; pero justa, y las muchachas no vacilaban en acudir a ella a contarle sus problemas.

—¿Cómo empezó la guerra? —preguntó Puck—. ¿Habéis tenido algún motivo especial?

— Sí: «Torbellino» y la «batalla de Marengo» — contestó Karen.

— ¿Cómo?...

— Sí, oíste bien...

Y le contó a Puck lo ocurrido desde el principio. La señorita Ebbesen tuvo que ir a Jutlandia y «La mocasines» la sustituyó durante una clase de Historia. El tema era Napoleón y, como comprenderás, el ambiente de la clase no era muy alegre...

— No obstante, gracias a «Torbellino» hubo acción y emoción — interrumpió Navio riéndose.

— «La mocasines» estaba explicándonos que fue Napoleón quien, durante la batalla de Marengo, pronunció la famosa frase: «La batalla está perdida, pero aún hay tiempo de ganar otra». Entonces fue cuando «Torbellino» la interrumpió. No me preguntes de dónde sacó sus conocimientos..., pues, como sabes, ella no está muy ducha en historia de Francia. Inesperadamente dijo: «Vamos, señorita Meyer, no nos engañe. No fue Napoleón, sino el general Desaix quien pronunció esas famosas palabras». Admito que el tono que usó «Torbellino» era impertinente y «La mocasines» montó en cólera. Intercambiaron algunas palabras duras y «Torbellino» terminó diciendo: «Será mejor que se estudie la historia de Francia antes de tratar de explicárnosla».

— ¡Qué impertinencia! — sonrió Puck.

— Sí, pero aún no he terminado, porque «La mocasines» se puso tan histérica al final que llamó a «Torbellino» mocosa asquerosa e insolente y le dijo que sería expulsada del colegio en el acto... Y «Torbellino» le contestó: «Eso no es asunto suyo, señorita "Mocasín"».

— ¡Vaya por Dios!

— Comprenderás, todas estábamos como petrificadas, pero alguien rompió a reír a carcajadas y todas seguimos su ejemplo. Esto acabó por sacarla de quicio. No hacía más que gritar y anotar en su libreta negra...

— ¿No informó de lo ocurrido a la directora?

— No. No debió atreverse. Aunque «Torbellino» se había portado con insolencia, aquello no le daba derecho a insultarla y decirle que iba a ser expulsada del colegio... Luego su metedura de pata con la famosa frase tampoco decía mucho en su favor, pues «Torbellino» estaba en lo cierto.

— Desde aquel día lo hemos pasado muy divertido — intervino Navio—. Puedes estar segura de que «La mocasines» está desesperada.

— Sí, desde luego no lo ha pasado tan divertido como nosotras —dijo Karen—. Llevamos tres años aguantando sus manías y, por vez primera, toda la clase se encuentra unida. En las clases de idiomas no hay más que malas notas. Según ella, ninguna tenemos ni idea de alemán, ni de francés, ni de inglés. Cuando hace un par de días Karina iba a recitar la «Marsellesa», dijo de pronto: «No me acuerdo de nada..., "la batalla está perdida"». Aquello no mejoró el humor de «La mocasines», como es natural.

— Si queréis conocer mi opinión — dijo Puck —, creo que habéis ido demasiado lejos. «La mocasines» me da pena...

— Vamos, Puck, tú debieras ser la última en ponerte de parte de esa bruja. Te ha perseguido desde el primer día... ¿No es verdad?

Puck tuvo que darle la razón a su amiga: nunca se había llevado bien con la señorita Meyer. Sin embargo, tampoco se habían enfrentado nunca en serio. Si habían llegado a discutir, Puck se había mantenido calmada y orgullosa. Quizá precisamente por eso, «La mocasines» se sentía tan terriblemente irritada con ella. Las respuestas tranquilas de Puck y sus argumentos habían provocado con frecuencia carcajadas entre sus compañeras, pero sus contestaciones nunca eran de tal índole que dieran motivo a la profesora para quejarse a la directora.

Karen comentó con sensatez:

— Yo no sé qué le ha pasado a «La mocasines» desde que estudiamos el último curso; pero no me gusta ser tratada como una niña mal educada. Esa mujer no sirve para enseñar a chicas de

nuestra edad. Sólo ella me hace sentir deseos de abandonar el colegio e ir a Francia a reunirme con mi madre.

* * *

Al día siguiente, cuando la clase de inglés iba a comenzar, el ambiente del aula era tenso. «Torbellino» estaba belicosa y había anunciado que «La mocasines» iba a pasarlo muy mal. La mayoría de las muchachas estaban de acuerdo con ella.

Sin embargo, todo iba a ocurrir de forma bien distinta a lo que se habían imaginado...

La señorita Meyer entró en clase enfadada y malhumorada, como siempre. Dejó caer sus libros de texto ruidosamente sobre la mesa. Sólo un par de las alumnas se habían levantado a su entrada, obedeciendo el reglamento escolar, y la mujer ordenó con rabia:

— Levantaos... ¡Todas!

Cuatro o cinco, entre ellas Puck, se levantaron vacilantes, mirando a su alrededor. ¿Estaban faltando al compañerismo? A Puck le parecía que no. Quebrantando el reglamento le daban un motivo de queja a «La mocasines». Era mucho mejor dejar que ella empezase el juego y esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Los pequeños ojos de la señorita Meyer brillaban con malicia al recorrer la clase con la mirada. Sacó su libreta negra y todas las que no se habían levantado fueron anotadas cuidadosamente. Después prometió con regocijo:

— Habéis desobedecido el reglamento, e informaré de esto a la directora.

— Se pondrá contentísima —opinó Karina.

— ¡Cállate, Karina! — rugió la profesora —. ¡Siéntate!

— No puedo..., estoy sentada ya.

Toda la clase estalló en carcajadas y, cuando Karina hubo sido anotada de nuevo en la libreta negra, la señorita ordenó:

— ¡Sentaos todas!

Cumplieron su orden haciendo el mayor ruido posible. Varias sillas fueron derrumbadas. La profesora estaba lívida de ira. Sus manos temblaban al abrir uno de los libros de texto.

— ¡Bente!...

Puck se levantó y la señorita Meyer le chilló:

— Continúa el verso que comienza así: «Oh, Lord our God arise

...»

— ... «Scatter his enemies and make them fall. Confound their politics, frustrate their knavish tricks...» —Puck se detuvo.

— ¡Continúa!...

— No me acuerdo del resto...

— Ah, no, ¿eh? — dijo «La mocasines» con expresión feliz—. Nunca serás nada en este mundo, si ni siquiera recuerdas el himno nacional inglés.

— No creo que lo necesite —dijo Puck muy seria—. Si quiere puedo recitar: «Hay un país encantador» y «El rey Christian».

— No seas impertinente.

— No trato de serlo...

— ¡Cállate! Si de mí hubiera dependido, no te hubiesen dado ocho días de permiso...

— Ya lo supongo. Pero, por suerte, fue la directora quien me los concedió...

[image]

En el aula se oyeron risas a hurtadillas. No era fácil intimidar a Puck. Sabía siempre poner a «La mocasines» entre la espada y la pared. Sin duda, la señorita Meyer estaba pensando lo mismo. Estaba confusa, pero la expresión de sus ojos era de malicia, como queriendo decir: «Espera, ya tendré ocasión de escarmentarte, jovencita».

— Siéntate.

Puck se sentó sin ruido y la profesora ordenó:

— Rita, continúa con el himno nacional inglés. Como has podido comprobar, Bente fue tan sorprendentemente inteligente que llegó hasta: «frustrate their knavish tricks...»

— Sí, ¡estoy impresionadísima! —exclamó «Torbellino» con entusiasmo fingido—. A Puck estas cosas le salen como a nadie...

— ¡Continúa!

— ¿Hablando de Puck? —preguntó «Torbellino» con cara inocente.

— Con el himno nacional, naturalmente...

— «Hay un país encantador, cubierto de hayas frondosas...»

— ¡En inglés! —gritó la señorita Meyer cuyos labios temblaban de rabia.

«Torbellino» se encogió de hombros.

— No sabe cómo lo siento, pero no sé más que Puck. Me doy por

vencida..., «la batalla ha sido perdida».

Una nueva ola de risas recorrió la clase y «La mocasines» renunció a seguir. Trémula de ira, se levantó y recogió sus libros.

— Informaré a la directora... —amenazó—. La clase ha terminado.

— ¡Bravo!... ¡Formidable! —gritaron las alumnas y salieron corriendo a la explanada.

Puck reconocía que «La mocasines» había sido tratada con demasiada dureza, pero no sintió remordimientos por ello. Aunque había irritado a «La mocasines» con sus respuestas, no era suficiente para que se quejase de ella ante la directora.

— ¡Qué bien lo hiciste, Puck! —la alabaron sus amigas.

— ¡Así se contesta a una persona como «La mocasines»!

— Seguramente tratará de vengarse de ti.

— ¿Y qué? ¿Puck sabe cómo arreglárselas con ella!

«Torbellino» también recibió felicitaciones, pero no con el mismo entusiasmo. El método de «Torbellino» era insolente, mientras que el de Puck resultaba educadamente mordaz..., y era precisamente eso lo que tanto irritaba a «La mocasines».

Puck no lo iba a pasar muy bien en el futuro, pero todas sus compañeras estaban de acuerdo en ayudarle. «La mocasines» tampoco lo iba a pasar muy divertido.

* * *

Durante las clases de idiomas, la señorita Meyer perseguía a Puck sin descanso, aunque sus compañeras se comportaban con mucha más agresividad que ella. Lo peor fue que también sus relaciones con la señorita Flemmer, que enseñaba lengua danesa, Ciencias Naturales y Biología iban de mal en peor.

Al igual que «La mocasines», la señorita Flemmer era una solterona malhumorada, aunque no tenía tan mal genio como la primera. Pero las dos profesoras siempre habían sido carne y uña y se habían apartado del resto de sus colegas, más simpáticas y comprensivas con las alumnas.

Aparentemente, las señoritas Meyer y Flemmer conspiraban, y el resultado fue que Puck, lo que nunca había ocurrido hasta entonces, también tuvo malas notas de conducta en la libreta negra de la señorita Flemmer.

— ¿Qué otra cosa se puede esperar de un par de solteronas que

además son licenciadas? — consolaba Navio a su vieja amiga.

Al principio, Puck no parecía necesitar consuelo; pero, poco a poco, sus nervios empezaron a dominarla y durante una clase de alemán estalló. Después de ser molestada durante un buen rato por la profesora, la sensata Puck se olvidó de todo y saltó de su silla temblando de rabia:

— ¡Ya estoy harta, señorita Meyer!

— ¡Siéntate!

— Sí, luego, pero será más fácil para mí decir de pie lo que pienso de usted.

Había un silencio total en la clase, mientras Puck continuaba con tono violento de excitación:

— Como profesora es usted imposible: incomprensiva..., maliciosa... y mezquina, incapaz de comprendernos.

— ¡Cállate!

— Cállese usted, señorita «Mocasines», y déjeme terminar...

— ¡Bente!

— ¡Déjeme en paz de una vez!

— ¡Vaya por Dios! —musitó Navio a su vecina—. Puck se ha vuelto loca de remate.

Sin embargo, no era éste el caso. Estaba demasiado indignada para escoger sus palabras. Durante tres años había soportado la persecución sistemática de «La mocasines»..., y estaba harta. Puck era normalmente una muchacha tranquila y sensata, que aguantaba mucho antes de estallar, pero, cuando al final lo hacía, estallaba en serio.

La señorita Meyer golpeó con furia la mesa.

— ¿Sabes con quién estás hablando?

— Sí, por supuesto... Sólo a usted le hablaría de esta forma. Vamos a suspirar de alivio dentro de medio año, cuando no tengamos que verla más a usted...

La señorita Meyer intentó interrumpirla en varias ocasiones, mientras respiraba como un pez fuera del agua. Estaba lívida de rabia. Todo su cuerpo temblaba. Al final se levantó y abandonó la clase dando un portazo.

En el aula estalló una auténtica tormenta. Las preguntas volaban de un lado a otro. ¿Cuáles serían los planes de «La mocasines»? ¿Iría directamente al despacho de la directora? ¿Sería expulsada Puck del

Instituto?

Al sentarse, Puck notó que le temblaban las piernas; pero era debido a la excitación, no por miedo a las consecuencias. No se arrepentía en absoluto de sus palabras; al contrario, se sentía liberada de un gran peso. Sus palabras habían sido duras e insolentes, pero «La mocasines» se había merecido cada una de ellas. Karen se acercó a Puck y le dijo en tono preocupado:

— Sólo dijiste la verdad, Puck..., pero temo las represalias.

— Yo no — declaró Puck sin gran interés —. Me expulsarán, seguramente..., pero al menos he tenido la ocasión y la satisfacción de decirle a «La mocasines» mi opinión sobre ella.

— Sí, lo recordaremos durante largo tiempo —rió alegre Valborg Fritzen—. Vaya si le dijiste...

[image]

Las otras compañeras opinaban lo mismo, pero no dejaban de estar sorprendidas. Durante los tres años que habían convivido con Puck, nunca la habían visto tan enfadada, ni siquiera «La mocasines» había sido capaz de sacarla de quicio. ¿Qué le ocurría?

Navio estaba segura de conocer la respuesta y le dijo a Karen:

— Puck no suele excitarse así. Me imagino lo que le pasa...

— ¡No me digas!...

— Sí. Está enamorada...

— ¿De «La mocasines»? —se burló Karen.

— Muy divertido — replicó Navio haciendo una mueca —. Puedes estar segura de que tengo razón. ¿Acaso has visto a Puck portarse así una sola vez durante los siete años que llevamos juntas?

— No...

— Tampoco había estado enamorada hasta ahora. Está colada por ese Ole Bang y eso le pone nerviosa. Las chicas enamoradas hacen las cosas más extrañas..., ¿verdad?

— Si tú lo dices... —contestó con escepticismo Karen—. Nunca estuve enamorada.

[image]

Durante toda la tarde estuvo esperando Puck ser llamada al despacho de la directora, pero no ocurrió nada. ¿Por qué? ¿No se había quejado la señorita Meyer? Era algo inverosímil.

No obstante, había una explicación: «La mocasines» podía haberla denunciado con toda razón;

pero, por otro lado, su propia conducta dejaba mucho que desear. Si se quejaba, la directora investigaría el caso a fondo, y todas las alumnas del último curso hablarían en contra de ella, al igual que las de primero y segundo, si tenían coraje para ello. La señorita Meyer era odiada y temida al mismo tiempo.

Puck seguía esperando y, según pasaban las horas, se ponía cada vez más nerviosa. La inseguridad era lo peor de todo. Hubiera preferido arreglar el asunto de una vez en el despacho de la directora; por lo menos, así sabría a qué atenerse.

«Torbellino» y Puck hablaban de ello en «Las Rosas» y las dos estaban de acuerdo en que la señorita Meyer había recibido su merecido y nada más. Por el contrario, «Torbellino» estaba preocupada por lo que «La mocasines» pudiera tramar.

— Parece muy extraño que aún no haya ido con el cuento a la directora —dijo—; pero quizás esté reuniendo más motivos...

— ¿Qué quieres decir?

— Bueno, admito que, de momento, ya tiene suficientes motivos para quejarse; pero nosotras también los tenemos, y ella lo sabe. Quizás está reuniendo pruebas antes de atacar definitivamente.

— Esto suena a cursi, «Torbellino».

— «La mocasines» siempre ha sido una cursi, ¿no te habías dado cuenta?

— Pues sí...

— Es mezquina e intrigante. Seguro que nos está preparando una sorpresa desagradable. ¿Qué le dirás a la directora si te interroga?

— La verdad...

— Eso será el fin de Puck en el «Instituto Clara Moeller».

— Creo que sí — admitió la muchacha encogiéndose de hombros —, pero no voy a llorar por ello. Medio año no significa nada...

— Significa el examen y el diploma.

— No me importa. Sé que mi padre no me reprochará nada. Fue él mismo quien me propuso que me marchara con ellos dentro de un mes...

— Navio dice que estás chalada por ese chico...

— ¿Chalada por un chico? —rió Puck, divertida con el argot de «Torbellino»—. He conocido a un joven que me gusta. Si eso es

estar chalada... Navio lo sabrá...

— ¿Es guapo?

— Guapísimo — contestó Puck concisa.

— ¿Y él? ¿Está chalado también por ti?

— No se lo he preguntado.

«Torbellino» comprendió que a Puck no le gustaba hablar del tema, y renunció a curiosear.

* * *

A la mañana siguiente, la directora aún no había dicho nada. Las alumnas del tercer curso no comprendían aquella situación. El rumor sobre la «sublevación» había corrido por las otras clases y las muchachas de segundo habían empezado a moverse. Fue Jill O'Flanagan quien se lo contó a Puck.

— Como sabes, las del segundo curso no podemos ver a «La mocasines» ni en pintura... Acaba de acusar a Irene por apagar la luz de su habitación diez minutos después de la hora fijada... Aunque nosotras no nos atrevemos a hacer lo que vosotras, le hemos molestado en lo que hemos podido. Antes del desayuno, nos pusimos a chillar y armar ruido debajo de su ventana, y tenemos varias «sorpresas» más en preparación. Se ha portado muy mal contigo.

— Bueno, pero yo también me porté mal con ella — sonrió Puck —. Debéis evitar pasaros de la raya...

— Estamos todas contigo, Puck.

— Ya lo sé, Jill...

Puck no pudo menos que sonreír. La pequeña Jill O'Flanagan la admiraba como a una hermana mayor y estaba dispuesta a todo por ayudarla. Si alguien molestaba a Puck, dejaba de ser amiga de Jill.

La sublevación contra la señorita Meyer se había propagado al segundo curso, mientras las chicas del primero se limitaban a hacer de espectadoras entusiastas. La señorita Meyer iba a sustituir otra vez a la profesora de Historia, la señorita Ebbesen. Como es natural, todas las muchachas del último curso, y sobre todo Puck, estaban ansiosas por saber qué ocurriría en la clase. Habían acordado recibir a la señorita Meyer, cuando entrase en el aula, en posición de firmes. En vez de quedarse sentadas, se levantarían de un salto, provocando el mayor ruido posible, y se quedarían rígidas como soldados. «La mocasines» comprendería en el acto que se trataba de

una demostración.

Y las muchachas no estaban equivocadas. Al entrar la profesora, las alumnas se levantaron como movidas por un resorte, mientras las sillas rodaban por el suelo. Luego hubo un profundo silencio, y las muchachas siguieron rígidas como estatuas. La profesora les contempló un momento sin comprender; luego dijo, enfadada:

— Sí, sois muy ingeniosas... ¡Sentaos!

Las muchachas obedecieron riéndose a hurtadillas, porque «La mocasines» no podría quejarse a la directora por haber sido saludada según el reglamento del Instituto. «La mocasines» parecía haber comprendido perfectamente lo que se proponían sus alumnas.

Dejó sus libros sobre la mesa, se sentó y, durante un buen rato, su mirada maliciosa se paseó sobre las muchachas. Finalmente dijo, con su voz aguda y desagradable:

— Me gustaría saber quién ha revuelto mi habitación.

De momento, hubo un silencio total y luego sonó la voz inocente de «Torbellino».

— ¿Qué? ¿Han revuelto sus cosas?

— Sí, claro; si no, no lo diría — rezongó la señorita Meyer.

Media hora antes, casi le dio un ataque al entrar en su habitación. Todo estaba revuelto. No había nada roto ni estropeado; pero todos sus libros estaban en el suelo, las sillas derrumbadas y la ropa de su cama yacía en un rincón.

— ¡Bien! — continuó con rabia la profesora —. Quiero que la culpable se presente en el acto.

Hubo un profundo silencio y añadió:

— ¡Vaya heroínas! No sé si ha sido una o han sido varias de vosotras, pero al menos me doy cuenta de que la culpable es demasiado cobarde para confesar... Ven aquí, Bente.

— ¿Yo? — se sorprendió Puck.

— Sí, ¿acaso no te llamas Bente?

— Pues sí...

— ¡Ven aquí!

Puck obedeció y se acercó con pasos vacilantes a la mesa de la profesora. No comprendía nada. El silencio de sus compañeras la envolvía mientras aguardaba ante la señorita Meyer.

— ¿Qué? — preguntó con severidad la profesora—. ¿Confiesas?

— Confesar ¿el qué? —preguntó Puck a su vez.

— Que fuiste tú la que revolvió mis cosas.

— ¡Vaya tontería!

— ¿Cómo? —estalló «La mocasines»—. ¿Qué dices?

— Dije que vaya tontería —contestó Puck al tiempo que la sangre empezaba a hervirle en las venas—. ¿Por qué demonios me acusa a «mí» precisamente de lo que puede haber ocurrido en su cuarto?

— ¿Quieres tomarte la molestia de leer esto?

Le tendió una cuartilla. Estaba escrita con letras mayúsculas. Puck leyó sorprendida:

— «Esto le pasará cada día, señorita Meyer, como no cambie de actitud hacia Bente y nosotras.»

— Bien, ¿qué contestas? —preguntó la profesora en tono triunfal—. Encontré esta carta en medio del desorden. «Tú» la escribiste.

— Ni hablar.

— Entonces explícame ¿por qué aparece sólo tu nombre?

— ¿Cómo voy a saberlo?... Quizá sea porque usted me persigue a mí más que a mis compañeras. Pero hay que ser un perfecto imbécil para considerar esta carta como una prueba contra mí.

— Así que no quieres confesar, ¿eh?

— Ni lo sueñe. No escribí la carta..., y no quiero hablar más del asunto...

— Dame la carta.

Puck vaciló, pero luego contestó con obstinación:

— No. Me quedaré con ella. Hay ciertos detalles que me gustaría examinar a fondo..., detalles sumamente interesantes...

— Devuélvemela en seguida.

— Cuando me haya enterado de lo que quiero saber.

La señorita Meyer se levantó; pero Puck escapó con la carta y empezó una persecución que hizo reír a carcajadas a las muchachas. Puck corría entre las mesas, mientras «La mocasines» la seguía jadeando como una locomotora.

De todos lados sonaban entusiastas gritos de ánimo:

— ¡Bravo, Puck! Así se corre... ¡Bravo, bravo!

— Acelere, señorita Meyer —gritó Navio en tono jubiloso—, Esto es formidablemente palpitante... ¡A por ella!... ¡A por ella!

Las risas y los gritos llenaban el aula... Mientras la furiosa carrera continuaba, «Torbellino» se había subido a una mesa y

empezó a actuar como un locutor deportivo:

— Esto promete ser una formidable carrera... Bente Winther corre por la pista interior; pero la posición de Nora Meyer tampoco es manca... ¡Y aumenta la velocidad! Bente Winther es incomparable y rechaza el ataque... Ahora entran en la última curva... Bente Winther sigue en cabeza... Se están acercando a la meta... Aumentan la velocidad... Y ahora..., ahora...

Puck salió por la puerta, y «Torbellino» concluyó entusiasmada:

— Ahora Bente Winther ha roto la cinta de llegada. ¿Han podido ustedes oír el ruido?

Era la puerta que se cerraba tras Puck con estrépito.

— ...Bente Winther ganó la carrera con un estilo superior. Nora Meyer obtuvo un airoso segundo lugar..., pues sólo había dos participantes en esta carrera. Fue una carrera buena y emocionante..., dramática..., pero justa...

— ¡Bravo, «Torbellino»! ¿Por qué no solicitas empleo en la televisión?

— ¡Silencio! — gritó «La mocasines».

Golpeaba la mesa con la palma de su mano y jadeaba de cansancio y rabia después del esfuerzo.

— ¡Silencio, maleducadas!... ¡Silencio, os digo!

— ¿Maleducadas? —preguntó Valborg con fingida indignación—. No estará hablando de nosotras, ¿verdad?

— No, naturalmente que no.

El ruido de la clase continuaba y la señorita Meyer se reclinó agotada en el respaldo de su silla. Durante un momento había pensado en perseguir a Puck por el pasillo, pero había renunciado a ello. Se había dado cuenta de que su situación era ridícula. Estaba colorada como un tomate a causa de la rabia que sentía, por lo que Navio dijo a sus vecinas:

— Sería formidablemente palpitante verla estallar.

En medio de la confusión, «Torbellino» logró salir de la clase sin ser vista. Quería hablar con Puck y subió corriendo a su habitación. Allí, efectivamente, se encontraba su amiga. Había ocultado la carta «robada» en su bolso y sonreía alegremente.

— No pienso devolvérsela de momento...

—¿Para qué la quieres? —rió «Torbellino»—. No la escribiste tú, ¿verdad?

— Ni tú tampoco lo hiciste, supongo.

— Claro que no. Si la hubiera escrito, me hubiese presentado cuando esa mujer te acusó a ti. ¿Quién pudo haberla escrito?

— No tengo la menor idea... Nadie se confesó culpable. Ahora «La mocasines» afirmará sin duda que tomé la carta porque constituía una clara prueba contra mí..., pero cambiará de parecer, te lo aseguro.

— ¿Cómo?

— Espera y verás... Esta carta se convertirá en la sensación del año.

* * *

El resto del día transcurrió entre vivas discusiones. Las alumnas seguían extrañándose de que la señorita Meyer aún no las hubiera denunciado. Sin embargo, ella tenía una buena razón para no hacerlo.

Un par de semanas antes, la directora le había advertido:

— Señorita Meyer, estoy hasta la coronilla de sus continuas denuncias. Como es natural, las alumnas deben regirse por el reglamento y, si ocurre algo serio, me gusta enterarme; pero es perder el tiempo, tanto el suyo como el mío, cuando usted, por ejemplo, viene a comunicarme que Irene Hoeyer ha apagado la luz de su habitación diez minutos después de la hora. En tales casos es suficiente una pequeña advertencia. Esto es un colegio y no un reformatorio...

— Se trataba de diez minutos, señorita Moeller.

— Sí, ya me lo dijo; pero sigo pensando que una advertencia hubiera sido suficiente.

La directora jamás había hablado con tanta dureza, y la señorita Meyer estaba furiosa al abandonar el despacho. Había comprendido que sería inútil seguir con sus pequeñas denuncias..., no obstante, ya se las arreglaría para vengarse de las alumnas del último curso.

Odiaba a aquellas arrogantes e impertinentes muchachas, que no le tenían el menor respeto, y que contestaban con insolencia. Sobre todo, Bente Winther... Para lograrlo, necesitaba un motivo serio contra ella. No era suficiente quejarse por pequeñeces.

Para la rencorosa profesora aquel pensamiento se había convertido en una obsesión. Se alegraba pensando en el día que pudiera entrar en el despacho de la directora y decirle:

— Bien, señorita Moeller, supongo que «esto» es suficiente para expulsar a Bente Winther.

Sería su gran triunfo lograr que Bente fuera expulsada. Sus compañeras de curso se asustarían y las clases serían más fáciles.

Pero, por extraño que parezca, la directora tenía cierta debilidad por Bente Winther; no obstante, las quejas contra ella podían ser tan serias que la señorita Moeller no tuviera otra alternativa. Con bastante amargura, «La mocasines» tenía que admitir que de momento se encontraba fuerte y débil al mismo tiempo. Tenía ya suficientes motivos para acusar a Bente y sus compañeras; pero si la directora empezaba a investigar el asunto, no sería muy agradable para ella tampoco. Estaba furiosa, porque Bente había logrado escapar con «la carta de amenazas». Era una prueba que la directora no hubiera podido rehusar.

Después de las clases, la señorita Meyer había exigido a Puck que le devolviera la carta, pero la muchacha se había negado:

— No, señorita Meyer, no pienso devolvérsela hasta que la haya examinado más a fondo.

— ¿Examinarla? —rugió «La mocasines»—. ¿Por qué?

— Se lo diré pronto —contestó Puck imperturbable—. Es una carta sumamente interesante, pero yo no la escribí..., tampoco fui yo quien revolvió su cuarto. Usted no puede probar nada contra mí.

—¿Quién, si no, pudo haber sido?

— Lo averiguaremos.

«La mocasines» no había conseguido nada, lo cual le inquietaba... En la «Flor del Guisante», Puck celebró un pequeño consejo con Navio y Karen. Así lo habían hecho durante siete años desde los primeros tiempos en el pensionado de Egeborg, cuando surgía algún problema. Las tres amigas se reunían para encontrar la solución. En aquel momento estaban tratando del asalto a la habitación de la señorita Meyer y de la misteriosa carta.

— Tratemos las cosas por separado, chicas —propuso Puck—. ¿Tenéis alguna idea de quién pudo haber revuelto la habitación de «La mocasines»?

— No puede haber sido ninguna de nuestras compañeras de clase —opinó Karen con sensatez—. Formamos un grupo muy unido y, al verte acusada a ti, la culpable hubiera confesado.

[image]

—Yo pienso lo mismo —aseguró Puck—. No ha sido ninguna de nosotras..., pero sospecho de alguien de segundo curso...

— ¿De quién?

— De Jill.

— ¿Jill? ¿Por qué?

— Porque me dijo que ella y sus compañeras de clase habían organizado una manifestación bajo la ventana de «La mocasines» y, además, le estaban preparando algunas pequeñas sorpresas...

— Vamos, no es motivo para sospechar de ella.

Puck se encogió de hombros.

— Como sabéis, Jill me quiere como si fuera su hermana mayor. Es una chica impulsiva y sería muy capaz de cometer cualquier tontería por mí.

— Creo que estás equivocada, Puck — opinó Navio —. Si verdaderamente hubiese sido Jill quien organizó el jaleo y escribió la carta, se hubiera confesado culpable al enterarse de que tú habías sido acusada de ello...

— Seguramente, ni siquiera lo sabe. Trataba de «vengarme» tras mi primer enfrentamiento con «La mocasines», pero quizá no se haya enterado del último. Estoy casi segura de que fue ella la autora. Hay otro indicio de que la carta ha sido escrita por una muchacha de segundo... Mirad aquí.

Puck puso la carta en la mesa frente a Navio y Karen.

«Esto le pasará cada día, señorita Meyer, como no cambie su actitud hacia Bente y nosotras.»

— ¿No os extraña nada de este texto? Las chicas del primer curso tienen demasiado miedo para hacer algo contra «La mocasines»... Las del tercer curso hubiéramos puesto: Señorita «Mocasín» en lugar de señorita Meyer... Eso quiere decir que la culpable es una muchacha de segundo. Sin embargo, hay algo que me extraña muchísimo. Ni una sola chica en todo el Instituto me llama por mi nombre de pila, pero quien escribió la carta ha puesto Bente en vez de Puck.

Karen se echó a reír.

— Vamos, Puck, ¿estás convirtiendo esto en un caso policíaco?

—Te lo diré después de que haya hablado con Jill. ¿Quieres ir a buscarla, Navio?

Navio salió disparada de la habitación. Aquel asunto le parecía

formidablemente palpitante. Pocos minutos después, regresó con Jill, que parecía un tanto confusa. Puck fue directamente al grano.

— Escucha, Jill, estoy metida en un buen lío. Alguien ha revuelto la habitación de la señorita Meyer, y me culpa a mí...

— Pero ¿qué dices? —hipó Jill—. No lo sabía.

— ¿Sabes algo sobre este asunto?

— Ya lo creo —contestó Jill resuelta—. Fuimos Irene y yo..., pero iremos a confesarlo en seguida...

— No, no vale la pena. No lo hagáis —le cortó Puck—. Pero, dime: ¿sabes algo sobre esta carta?

— Nada en absoluto — contestó su amiga, después de haber examinado la cuartilla—. ¿De dónde procede?

— La encontró sobre su mesa la señorita Meyer.

— Ya..., pero yo no la escribí, ni la dejé allí.

— ¿Tampoco Irene?

— No, te lo aseguro.

— ¿Fuisteis vosotras las únicas del segundo curso que entrasteis en la habitación de la señorita Meyer?

— Sí. Sólo Irene y yo... Y, naturalmente, tú no tienes que cargar con las culpas...

— No te preocupes, Jill, ya te avisaré si necesito tu confesión pública. Tengo algo que examinar primero. No pases pena por mí...

— ¿Seguro?

— Segurísimo.

Cuando Jill se hubo marchado, Karen dijo:

— Bueno, Puck. Tuviste razón respecto a lo de la habitación después de todo..., pero ¿qué me dices de la carta?

— No la escribió Jill ni Irene ni ninguna de sus compañeras de clase...

— Pues entonces ¿quién?

— «La mocasines» en persona.

* * *

Karen y Navio se miraron boquiabiertas. Luego se quedaron mirando a Puck, y Navio exclamó:

— ¡Estás chiflada!

— Sí —añadió Karen—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir tal cosa?

— Vaya —dijo Puck sonriendo—, no parecéis confiar demasiado en mí, chicas... Sin embargo, en mi opinión es un caso muy sencillo.

— Formidablemente palpitante — opinó Navio —. Explícanoslo.

— Empezaremos por el principio. Sabemos con seguridad quién revolvió en su habitación..., fueron Jill e Irene... Creo que Jill dice la verdad cuando afirma que ni ella ni ninguna de sus compañeras ha tenido nada que ver con la carta. «La mocasines» entró en su habitación y, al ver que todo estaba revuelto, se le ocurrió la idea de la carta, como prueba contra mí. Como dije antes, varios detalles parecían señalar que la carta había sido escrita por una alumna de segundo, pero estos mismos detalles la señalan también a ella. Había pensado usar la carta como prueba ante la directora y por eso ha escrito «señorita Meyer» en lugar de «La mocasines». No quería que la directora se enterase de su mote. Y esto no es todo. Además no hay ninguna chica en el Instituto a quien se le ocurriera llamarme Bente.

— Tienes razón.

— No lo harían nunca, ni siquiera en una carta. Instintivamente hubieran escrito Puck de la misma manera que «La mocasines» ha escrito Bente. Ella no pensaba que con este detalle cometió un fallo que la delataba. La tercera estupidez ha sido que sólo me nombra a mí, porque todos saben aquí que me odia de todo corazón, y que le gustaría verme expulsada...

Cuando Puck se calló, Karen dijo, como dudando:

— Tu teoría suena muy convincente, Puck; pero, a pesar de todo, sólo se trata de una sospecha.

— También lo de Jill fue una sospecha.

— Cierto, pero como la chica ha confesado su culpa tu sospecha ha sido confirmada. No ocurre lo mismo con la carta. Admito que todo señala a «La mocasines»; sin embargo, no tienes una prueba definitiva.

Eso es verdad...

— Si «La mocasines» niega haber escrito la carta, no podrás hacer nada en absoluto. La directora te dirá exactamente lo mismo que yo. Querrá una prueba y no la tienes...

— Sí que la tengo.

— ¿Cuál?

— Mira esta cuartilla, Karen. En el borde superior se ve perfectamente que ha sido arrancada de un bloc.

— Sí..., ¿y qué?

— «La mocasines» sólo ha usado una cuartilla..., la primera... El resto del bloc debe estar en su habitación...

— Se lo quitaremos esta misma noche — exclamó Navio entusiasmada—. Me has convencido, Puck. Si logramos encontrar el bloc de «La mocasines», toda su acusación se vendrá abajo.

Puck vaciló.

— Yo también pensé en eso, Navio, pero será mejor reflexionar un poco. De momento, correríamos un grave riesgo entrando en la habitación de «La mocasines».

— Si nos sorprende, le diremos que sospechábamos de ella y que queremos ver su bloc.

— Sí, ¿y cómo crees que reaccionará? Primero negará tener dicho bloc y luego nos echará de la habitación para deshacerse de él.

— Puck tiene razón — asintió Karen.

— ¿Qué vamos a hacer entonces? —preguntó Navio decepcionada.

— Reflexionar — contestó Puck con sequedad.

Cuando poco más tarde regresó a «Las Rosas» no estaba de muy buen humor. «Torbellino» la miraba de reojo, pero comprendió que su amiga no tenía ganas de hablar. Salió a dar un paseo con un pretexto.

La traviesa muchacha no estuvo fuera más de media hora y, al regresar, encontró a Puck cambiada por completo. Estaba radiante.

— ¡Vaya! —sonrió «Torbellino»—. Veo que te encuentras mejor. ¿Has encontrado una solución para el asunto de la carta?

— ¿Qué carta? —sonrió Puck distraída—. Ole acaba de llamarme. Me ha invitado a cenar en casa de sus padres.

— ¡Qué progresos! —se burló su amiga—. ¡Muchas felicidades, Puck!

— ¡Calla, «Torbellino»!... Porque esté contenta, no significa que esté..., que esté...

— ¿Enamorada? —propuso la aludida.

— Sí, ¿no estabas pensando en eso?

— Exactamente, preciosa.

Como le quedaba poco tiempo, Puck empezó a arreglarse. Ole había dicho que sería una cena en la intimidad..., pero no por ello había que descuidar su aspecto. «Torbellino» contemplaba a su

amiga en silencio, mientras iba y venía del lavabo al ropero.

— ¿Cuál me pongo, «Torbellino»? ¿El blanco o el azul?...

— El blanco, cariño, te sentará estupendamente con lo morena que estás..., porque supongo que pretenderás producirle una buena impresión a tu caballero andante.

— ¡Ah!

— ¿No conoces a tus padres políticos?

— Calla, «Torbellino». ¡Ya está bien!

De pronto, Puck se acordó de que había visto al director Bang en una ocasión, siete años atrás, cuando su padre iba a marcharse a Chile y ella al pensionado de Egeborg. Entonces ella sólo tenía once o doce años y le había parecido que el director Bang era un hombre muy severo. No le había sido simpático, porque mandaba tan lejos a su querido padre.

Al pensar en aquel señor tan serio, Puck se puso a temblar del nerviosismo y dijo con voz insegura:

— Estoy tan nerviosa... Mis manos sudan.

— Usa talco. A los hombres no les gustan las manos sudorosas.

Cuando Puck terminó de arreglarse, su amiga asintió con un gesto aprobador.

— Estás encantadora. Apuesto lo que quieras a que ese joven se te declara esta misma noche. ¿Hasta qué hora tienes permiso?

— Hasta las doce en punto.

— Bueno, en ese caso tiene tiempo suficiente para decidirse. ¿Qué le contestarás?

— ¡Cállate!

— Mala respuesta. No dará resultado.

[image]

— ¡Cállate, «Torbellino»! Me estás sacando de quicio...

— Pues llámale y dile que no podrás ir —siguió burlándose su amiga—. Esto te hará más interesante a los ojos de tu Ole. Dile que el viejo portero Olsen te ha invitado a ir a «Dyrehavsbakken».

«Torbellino» se reía; pero al darse cuenta de que Puck estaba a punto de llorar, saltó de su silla y abrazó a su amiga.

— Sólo fue una broma, Puck. No te lo tomes así, por favor. Es verdad cuando te digo que estás radiante..., tus ojos brillan como estrellas..., toda la tribu de los Bang se enamorará de ti.

[image]

La familia Bang vivía en un palacete. Sólo estaba a unos cien metros del Instituto, y Puck había pasado por allí muchas veces durante los últimos tres años. De haber sabido que aquel caserón pertenecía al jefe de su padre, quizá se hubiese interesado un poco más por él. El edificio principal tenía tres pisos, adornados con balcones y terrazas. Detrás de la casa había un gran parque bien cuidado y, a la izquierda, quedaba el pabellón de la servidumbre. La gran explanada ante la escalera de piedra labrada estaba cubierta de gravilla color gris perla...

Puck se sintió intimidada mientras subía la escalera. ¿Cómo la recibirían los señores Bang? A pesar de que ella sólo era una amiga de su hijo y no la prometida, ni siquiera la novia, quizás ellos temieran que algún día llegara a serlo y su recibimiento sería cortés, pero frío. Durante un momento, Puck sintió ganas de dar media vuelta, pero en aquel instante se abrió la puerta principal y apareció Ole. Su voz era cordial y afable.

— ¡Bienvenida, Puck! Te vi desde la ventana de mi habitación y me apresuré a abrir yo mismo.

— Eres muy gentil, Ole — dijo Puck más calmada.

— Ven, voy a presentarte a mis padres...

Una doncella de uniforme se hizo cargo del sombrero y del abrigo de Puck, y Ole abrió la puerta del salón: una sala enorme, que a pesar de su tamaño estaba decorada con un gusto exquisito que la hacía muy acogedora.

— Siéntate, Puck —dijo Ole ofreciéndole un sillón—. Mamá ha ido a dar unas órdenes a la cocina, pero papá vendrá dentro de un momento.

— Has sido muy amable en invitarme — sonrió Puck.

— Bueno, no se trata de una cena de gala...

— ¿Quizá sopa de leche agria y albóndigas?

— Pues..., no..., no lo creo —contestó Ole confuso—. ¿Acaso son tus platos favoritos?

— No, en absoluto, pero es el menú de hoy en el Instituto...

Ambos se echaron a reír y en aquel instante entró el director Bang.

— Veo que el ambiente es alegre —gruñó—. ¡Bienvenida, señorita Winther!

— Gracias por invitarme.

— Fue idea de Ole, y no pusimos inconveniente. Ha crecido usted mucho, señorita Winther, desde la última vez que la vi.

— Hace siete años, señor Bang —sonrió Puck—. Y en siete años se crece un poco...

—Algunos sí —dijo Bang circunspecto—. Pero a otros nos ocurre lo contrario. Su padre me ha dicho que irá usted también a Nueva Delhi.

— Sí, es verdad, pero dentro de medio año. Primero tengo que terminar los exámenes y obtener mi diploma.

— ¡Ya! Espero que sepa usted llevar por buen camino a este jovencito, porque sólo piensa en el deporte.

— Quizá se me olviden los deportes en la India —opinó Ole alegremente—. La señorita Winther y yo vamos a visitar un montón de mezquitas, mausoleos, alminares y todas esas cosas...

— Confío en que tengas alguna hora libre para el trabajo —comentó su padre—. No vas a la India en viaje de placer.

Puck se sentía cada vez más cómoda. El director Bang no era el horrible gruñón que ella se había imaginado. Era alto, grueso, con el cabello plateado y una sonrisa a flor de labios... Pero ¿cómo sería la señora Bang?

Puck obtuvo la reepuesta en seguida, porque la madre de Ole entraba ya en el salón y saludó a la muchacha con amabilidad. Era casi tan alta como su marido, con una silueta esbelta y el cabello oscuro cuidadosamente peinado. Se movía con una dignidad natural, que a Puck le gustó; pero su actitud era reservada, aunque era evidente que se esforzaba por parecer amable.

En opinión de Puck, aquella mujer debía de tener unos cincuenta años y se conservaba estupendamente. Una sirvienta entró con una bandeja y la dejó sobre una mesita auxiliar siguiendo una indicación de la señora Bang. Había una buena provisión de botellas, y el director Bang preguntó:

— ¿Un Martini seco, señorita Winther?

— No, muchas gracias —contestó Puck cortésmente—. No bebo nunca combinados..., son demasiado fuertes para mí. Prefiero un vermouth suave.

— Eso me gusta —aprobó la señora Bang, y su voz se tornó cordial—. Hoy día, muchas jóvenes beben demasiado..., ninguna bebida alcohólica es demasiado fuerte para ellas y así se estropean

la salud.

El director Bang se preparó un whisky, mientras los otros tres tomaban un vermouth. Normalmente, Ole no bebía, sobre todo cuando tenía que conducir o estaba entrenándose para una regata.

— El domingo tomaré parte de una regata internacional en el lago de Bagsvaerd — explicó Ole —, y hay que abstenerse del alcohol y los cigarrillos. Somos ocho remeros. Si uno solo falla, estamos perdidos. Un equipo es igual que una cadena de hierro: será tan fuerte como lo sea su eslabón más débil. ¿Vendrás a vernos, Puck?

— Claro..., quiero verte ganar.

— ¡Hum! Eso complica las cosas. Hay demasiada competencia.

— Iré de todos modos, Ole.

— Estupendo... Te invito a tomar café después de la regata.

La señora Bang anunció que la cena estaba lista, y Puck quedó asombrada. También el comedor era de tamaño considerable, decorado en blanco y dorado, y la mesa aparecía adornada con flores y velas.

A juzgar por la vajilla y los cubiertos, no iban a pasar hambre. Los vasos de cristal de Bohemia y la plata brillaban a la luz de los candelabros. Si Ole llamaba a aquello una cena íntima, ¿cómo sería una cena de gala en aquella casa? Aunque sólo eran cuatro los comensales, la cena resultó alegre. Los padres de Ole le gustaban cada vez más a Puck. La señora Bang actuaba sin reservas y su esposo resultaba un hombre sencillo a pesar de sus muchos millones.

A los postres, el matrimonio se disculpó diciendo a los jóvenes que tendrían que quedarse solos, ya que estaban invitados a casa de unos amigos. Ole se había olvidado por completo de ello al invitar a Puck tan repentinamente; pero la muchacha no se sintió decepcionada. Por el contrario, Puck se encontraba muy a gusto cuando, una hora más tarde, estaba charlando con Ole en uno de los múltiples salones del caserón.

Estaban sentados en sendos sillones confortables con una lámpara de pie entre ellos. Una de las sirvientas había traído una fuente con fruta y refrescos. A Ole le interesaba saber cómo había pasado la semana Puck, y ella le contó sus problemas con «La mocasines».

— No parece muy popular — sonrió el joven.

— En absoluto, y estos días nos vemos obligadas a verla a todas horas. Normalmente enseña alemán, inglés y francés, pero lleva una temporada sustituyendo a nuestra profesora de Historia, la señorita Ebbesen, que se encuentra de viaje en Jutlandia... —Puck añadió sonriendo—: Admito que nosotras, las del último curso, no somos precisamente angelitos. Yo, en el caso de la señorita Meyer, estaría ya en el manicomio..., pero ella tiene la culpa.

— ¿Por qué te persigue precisamente a ti?

— No lo sé con seguridad —vaciló Puck—, pero..., bueno, mis compañeras dicen que siempre me he comportado con mucha calma y sangre fría frente a ella y que por eso está irritada conmigo...

— Pero últimamente no has sido muy tranquila que digamos — sonrió Ole.

— Francamente, no. He estallado, y no lo comprendo.

— Quizás has empezado a ponerte nerviosa por el viaje a la India...

— Sí..., quizá sea eso —contestó Puck con voz insegura, mientras notaba que se estaba ruborizando—. Aunque falta medio año, me hace mucha ilusión pensar que voy a vivir con mi padre y Ellen.

— Sí, lo comprendo —asintió el joven distraído, y de repente cambió de tema—. Suena muy intensamente lo que dices sobre la carta de amenaza, y estoy de acuerdo contigo. La señorita Meyer la debió de escribir personalmente. Sin embargo, tus amigas tienen razón al afirmar que te falta la prueba definitiva. ¿Traes la carta contigo?

— Sí, la tengo en mi bolso.

— Déjame verla.

Puck sacó la cuartilla y se la tendió. Ole se puso a estudiar la hoja a la luz de la lámpara. Cuando de nuevo la dejó sobre la mesa, dijo pensativo:

— Creo que he encontrado la prueba que necesitas, Puck.

— ¿Qué has encontrado? —preguntó ella rígida de emoción—. ¿Hay huellas dactilares?

— Las huellas dactilares de la señorita Meyer no serían ninguna prueba contra ella. Además, no se pueden ver las huellas dactilares sin un procedimiento especial...

— Entonces, ¿qué?

[image]

— Sentiría muchísimo decepcionarte; no obstante, creo tener la prueba. ¿Cómo has dicho que se llama vuestra profesora de Historia?

— Dagmar Ebbesen —contestó Puck confusa—. Pero no me irás a decir que fue ella quien escribió esta carta...

— Claro que no..., si no es tan chiflada que se escribe cartas a sí misma.

— Esto suena muy misterioso, Ole.

— Sin embargo, quizás es muy simple. ¿Puedo quedarme con la carta un par de días?

— Naturalmente...

— Estupendo... Haré lo que pueda, Puck. Quizá resulte un fracaso, pero confío en que no sea así y obtengas la prueba definitiva.

* * *

Puck aguardaba ilusionada a que llegara el domingo siguiente. Según lo acordado, ella y Ole se encontrarían después de la regata del lago de Bagsvaerd. Además, Ole le había prometido resolver el misterio de la carta para entonces.

La «rebelión» de las muchachas proseguía, pero de forma más moderada. No hubo choques fuertes. Las clases con la señorita Flemmer y «La mocasines» seguían siendo una auténtica tortura, sobre todo, para Puck. No obstante, se resolvían con disputas y malas notas en las libretas negras de las profesoras.

A pesar de todo, Puck había llegado al extremo de considerar la posibilidad de marcharse a la India con sus padres. Si alguna vez llegaba a casarse, su futuro marido no iba a preguntarle si tenía o no diploma del «Instituto Clara Moeller». ¿Preguntaría Ole una cosa así a la chica con la que se fuera a casar?

Ole. ¡Qué rabia! Siempre se ruborizaba o sentía una pequeña opresión en el corazón, cuando pensaba en él. ¿Era muy distinto a los demás? Le hubiera gustado no reconocer esto, pero no le era posible. Ole era distinto... ¡Era algo único! ¡Cómo le hubiera gustado ya que fuese domingo!

Puck intentaba engañarse a sí misma, pero no lo logró. Estaba enamorada... Enamorada por vez primera en su vida. Era

maravilloso y terrible al mismo tiempo.

Ole siempre se mostraba muy cortés y simpático con ella..., pero no le había dicho, ni con un gesto ni con una palabra, que ella significase para él algo más que una amiga. No, no quería pensar más en ello... Pero seguía pensando...

El viernes por la noche fue a casa de sus padres. Tenía permiso hasta las doce. A pesar de ello, la velada no fue tan feliz como había esperado. La mayor parte del tiempo estuvo inquieta y distraída. Contestaba a las preguntas con monosílabos.

El ingeniero Winther no se dio cuenta de nada, pero Ellen sí. Cuando iba a preparar unos bocadillos, le dijo a Puck:

— ¿Quieres ayudarme un poco en la cocina, Puck?

— Sí, claro...

Una vez en la cocina, la señora Winther empezó a sacar pan, mantequilla y embutidos de la nevera. De vez en cuando, miraba de reojo a Puck, que estaba absorta en sus pensamientos. Al final le dijo, con voz despreocupada y amable:

— ¿Aún tienes problemas en el Instituto, Puck?

— Sí, algunos...

— Pero no es eso sólo, ¿verdad?

— No...

— Anda, cuéntamelo — dijo su madrastra acariciándole la mejilla —. Se trata de Ole, ¿verdad?

— Sí...

La sonrisa de la señora Winther era cariñosa.

— No necesito preguntarte si estás enamorada, porque se ve a distancia... Ole es un joven sumamente simpático... y, ya verás, todo saldrá bien...

— ¿Tú crees? —preguntó Puck con labios temblorosos.

— Sí, estoy convencida; pero, sobre todo, sé discreta. No hagas nada precipitadamente. A los hombres les gusta llevar la iniciativa..., y Ole no es diferente del resto de los hombres. Puedes confiar en la experiencia de una sabia anciana...

A pesar de su mal humor, Puck no pudo por menos que reír. Su madrastra acababa de cumplir los treinta y estaba radiante, igual que el primer día en que la conoció hacía ya cinco años en el pensionado de Egeborg. Ya entonces, Puck había pensado que Ellen Brinck era la profesora más bonita y simpática que había conocido

y, cuando Ellen y su padre se casaron, su antigua profesora se había convertido en su mejor amiga.

Y Puck vació su corazón a esta amiga, mientras Ellen la escuchaba, toda comprensión. De vez en cuando, le acariciaba la mejilla para animarla y tanta compasión la hizo llorar. Al final dijo su madrastra:

— Ya verás, Puck. Ole no tardará en decir la palabra clave; pero sé por experiencia que la espera resulta horriblemente larga...

Y añadió sonriente:

— Yo también estuve al borde de un ataque de nervios antes de que tu padre se me declarase. Estaba tan enamorada que no podía ni comer ni dormir..., ni siquiera enseñaros bien mi asignatura... Y ahora tú te encuentras en la misma situación...

— Sí.

— Todas las chicas enamoradas se encuentran así, hijita... Siempre ha sido así desde Adán y Eva. Sólo hace dos semanas que conoces a Ole Bang; no puedes pedir que se arrodille ante ti en seguida para besarte la mano. Creo que es buen síntoma que te haya invitado a cenar con sus padres. No creo que sea el tipo de hombre que invita a cenar a todas sus amigas en su casa... Y el domingo vas a verle de nuevo, ¿no? ¿Qué más quieres entonces?

— Tienes razón..., sí...

— Paciencia, boba. Ole estaría muy ciego si no se ha enamorado ya de ti; sin embargo, es demasiado tímido como para decirlo. Aún hoy día, existen muchos jóvenes que son tímidos en cuestiones de amor,

— ¿Tú crees?

— Lo sé...

[image]

— ¡Qué buena eres!...

Instintivamente, Puck se lanzó al cuello de su madrastra y empezó a llorar. En aquel momento, Joergen Winther abrió la puerta de la cocina y dijo:

— ¿Qué pasa? Me parece...

No logró decir más, porque su mujer le interrumpió:

— Vamos en seguida, Joergen.

Después que, algo confuso, el padre de Puck se hubo retirado cerrando antes la puerta, Ellen Winther dijo alegremente:

— Vamos, Puck, sécate los ojos y ayúdame con los bocadillos. Aquí tienes el queso, el salami, y los demás embutidos...

Un cuarto de hora después, la familia estaba sentada alrededor de la mesa. Winther no comprendía nada en absoluto y sentía ganas de preguntar; no obstante, esperó hasta que Puck se hubiera despedido. Luego preguntó en tono tranquilo:

— Ahora dime lo que le pasa a Bente.

Su mujer sonrió.

— Nada, que está enamorada... Eso le ocurre a cualquiera..., tarde o temprano.

* * *

Cuando aquella noche Ole Bang regresó a su casa después del entrenamiento, casi no tuvo tiempo de cenar. Con el bocado en la boca, se apresuró a bajar al sótano de la casa. Allí tenía una especie de laboratorio. En medio de la habitación estaba su mesa de trabajo y sobre ella colocó la carta que Puck le había prestado.

Empezó a trabajar mientras silbaba alegremente. Primero colocó una gruesa placa cuadrada de cristal y encima puso la cuartilla, que alisó cuidadosamente. De una de las estanterías tomó un frasco en cuya etiqueta estaba escrito: «Negro de humo». Se trataba de un polvo negro, que normalmente se usa para fabricar tinta de imprenta... Sin embargo, Ole conocía otro de sus usos.

Con mucho cuidado espolvoreó la carta con aquel producto y, una vez cubierta toda, sopló con cuidado la superficie del papel. Gran parte del polvo negro voló como una nube y el joven contempló interesado la cuartilla que ya estaba casi limpia...

En varios pequeños surcos producidos al escribir en la hoja anterior del bloc y difíciles de ver, se había acumulado el polvo, revelando lo que parecía ser una carta. A causa de las letras de molde, que ya estaban escritas en la cuartilla con bolígrafo, era difícil descifrarlo. Todo parecía muy confuso, pero Ole se tomaba su tiempo. Se sentó a la mesa con un bloc de anotaciones y un bolígrafo, mirando la cuartilla y, poco a poco, fue reconociendo las letras, las cuales escribía en su bloc. Al fin de su minucioso trabajo, Ole pudo leer:

[image]

Querida señorita Ebbesen:

Reciba un saludo del Instituto. Espero que esté disfrutando mucho

con su familia en Jutlandia; sin embargo, no voy a ocultarle que me alegraré el día en que regrese de nuevo. Para mí, resulta insufrible tener que sustituirla durante sus clases de Historia. Las muchachas se muestran completamente imposibles de tratar: maleducadas, insolentes y rebeldes; pero, como usted sabe, la directora me ha rogado desistir de mis quejas. Tengo la sospecha de que las muchachas se han enterado de ello y se aprovechan. La peor de todas es Bente Winther; pero, por extraño que parezca, la directora parece protegerla. Han ocurrido varias cosas, pero ya se lo contaré a su regreso. Espero que sea pronto.

Un cordial saludo de

Nora Meyer.

Ole habla empleado media hora en descifrar y anotar aquella carta. Estaba muy satisfecho. Ya daba igual que las muchachas lograsen o no encontrar el bloc de la señorita Meyer... Allí estaba la prueba definitiva.

Estaba seguro que Puck se pondría muy contenta. No había nada en el mundo que le gustara tanto como ver contenta a Puck.

[image]

En medio de un paisaje maravilloso, rodeado de bosque, el lago de Bagsvaerd forma uno de los mejores y más hermosos lugares de regatas del mundo. Muchas carreras internacionales han tenido lugar allí.

A Puck siempre le habían gustado todos los deportes; sin embargo, era la primera vez que presenciaba una regata y sus ojos no se cansaban de contemplar el alegre espectáculo. Había mucho que ver: el hermoso paisaje, el lago que brillaba como un espejo, los miles de espectadores con sus trajes multicolores y las banderas de muchas naciones..., y, naturalmente, los remeros.

Los altavoces sonaban continuamente, transmitiendo música o la voz del locutor, que, durante las carreras, anunciaba la posición de las embarcaciones y luego los resultados. Era un bonito espectáculo ver los brillantes esquifes y *outriggers* deslizarse por la superficie del lago con los jóvenes remeros. Bogaban con una fantástica precisión, mientras el timonel marcaba el compás del equipo con un altavoz. Comparados con los remeros, los timoneles no eran más que chicos, casi parecían enanos. Ole había contado a Puck el motivo: debido al peso total del *outrigger*, que naturalmente restaba mucha velocidad, elegían al timonel más pequeño que podían encontrar. Casi siempre,

los que tenían esta gran responsabilidad eran colegiales. No obstante, solían ser muy eficaces.

Alrededor de Puck zumbaban los comentarios sobre los resultados obtenidos, los cálculos de las oportunidades de los distintos equipos, palabras como «Stroke», «con timonel», «sin timonel» y muchas otras cosas que ella ni siquiera entendía.

No había duda de que el público que aquel día se había reunido en las orillas del lago de Bagsvaerd era muy entendido. Nadie nombraba al «Club Estudiantil de Remo» como tal, sólo decían «El Estudiantil», y Puck estaba ansiosa por saber cuándo «su equipo» iba a competir con los fuertes equipos extranjeros. Ole había dicho que su «ocho» seguramente no podría hacer gran cosa con tal competencia..., pero aún podían ocurrir muchas cosas.

En el programa, la regata de Ole era la última y, poco a poco, Puck empezó a dar saltitos de nerviosismo. Ole la había citado junto a la torre de los jueces, media hora después de la regata.

Cuando finalmente llegó el momento de la salida, Puck estaba rígida de emoción. Desde el lugar donde estaba, podía ver una fila de *outriggers* a la derecha; pero, debido a la distancia, era imposible juzgar su posición. Al principio tuvo que contentarse con escuchar al entusiasta y alegre locutor deportivo. No obstante, le parecía que estaba tardando una eternidad el momento de empezar.

— Parece que Hungría va en cabeza... Han salido a una velocidad vertiginosa... ¿Podrán seguir así? Muy cerca de ellos sigue Austria..., luego, Alemania Federal... Dinamarca... Italia... Checoslovaquia... Francia...

Después de una pequeña pausa, la voz continuaba:

— Las posiciones son las mismas..., pero ahora Italia se ha puesto a la misma altura que «El Estudiantil». Austria y Alemania van codo a codo con Hungría..., pero ahora..., sí, ahora los daneses aumentan el ritmo... Los italianos han quedado atrás..., pero aún falta mucho camino para casa..., mucho, mucho camino...

— Hungría sigue en cabeza... «El Estudiantil» mantiene el ritmo... ¡Formidable!..., pero los italianos atacan de nuevo..., están a la altura de los daneses... Hungría, Austria y Alemania van igualadas también... ¿Lucharán por los primeros puestos?

— En el último lugar va Suecia, junto con Francia y Checoslovaquia...

Puck daba saltitos a causa del nerviosismo, mientras miraba fijamente hacia las embarcaciones que seguían acercándose. Ya se podían oír los fuertes gritos de los timoneles. En el interior de Puck, una vocecita cantaba con ellos: «¡Vamos, Ole!... ¡Vamos, "Estudiantil"!... ¡Vamos, Ole!»

— ...Los tres primeros *outriggers* empiezan a acelerar... siguen a la misma altura, y... Sí, señores, a nuestros estudiantes les queda mucha fuerza, mucha fuerza... También ellos han aumentado la velocidad..., pero también tienen grandes tradiciones a sus espaldas...

Puck seguía saltando: «¡Vamos, Ole!... ¡Vamos, Ole!»

— Los daneses avanzan... ¡Sensacional! ¡Invencibles!... Esto, señoras y señores, es formidable. Ahora van junto a Austria y Alemania... Hungría ha perdido bastante terreno... También Austria está en un aprieto...

— ...Ya sólo faltan doscientos metros para la meta. Alemania va un poco por delante de Dinamarca... Suecia también está ganando terreno...

— ¡Vamos, Ole!... ¡Vamos, Ole!

Un coro de miles de voces gritaban a la vez:

— ¡Dinamarca!... ¡Dinamarca!... ¡Dinamarca!

— Faltan cien metros. Alemania y Dinamarca luchan furiosamente por el primer puesto... Esto es muy emocionante, señoras y señores. ¡Cincuenta metros!

De repente, Puck se excitó tanto, que se puso a gritar a pleno pulmón:

— ¡Vamos, Ole!... ¡Vamos, Ole!

Los espectadores que había a su alrededor ni siquiera se dieron cuenta. Estaba tan excitados como ella.

— ¡Dinamarca!... ¡Dinamarca!... ¡Dinamarca!

— ...Las dos embarcaciones luchan con denuedo. ¿Serán capaces nuestros «Estudiantes»? No... ¡Ahora Alemania!... ¡Ahora Dinamarca!

Puck estaba tan exaltada que estuvo a punto de echarse a llorar, y apenas fue capaz de entender las palabras del locutor.

— Alemania ha ganado, pero sólo por un cuarto de metro... Una actuación fantástica de nuestros valientes muchachos. Nadie podía soñar que pudiesen tener una oportunidad en una competición tan

fuerte..., pero lucharon, lucharon nuestros muchachos... No lo esperábamos..., y ganaron un airoso segundo puesto.

En su entusiasmo, el locutor casi se había olvidado de los demás participantes en la regata; pero cuando se recuperó, con la voz ya más normal, anunció:

— El tercer puesto ha sido para Hungría, seguida de Suecia, Austria, Checoslovaquia y Francia. La distancia entre los primeros cinco *outriggers* no fue muy grande..., pero Dinamarca entró en segundo lugar, y ha sido una actuación que causará impacto en toda Europa... ¡Sensacional, señoras y señores!

Puck consultó su reloj de pulsera. Media hora después de la carrera, tenía que estar junto a la torre de los jueces. Media hora era muchísimo tiempo. Ole había hecho un buen papel... Sus compañeros también, naturalmente.

Mientras daban los tiempos oficiales por los altavoces, el público empezó a moverse hacia la salida. Las embarcaciones iban atracando lentamente junto al embarcadero. «Reman a velocidad bien diferente», pensó Puck. Los remeros estaban visiblemente cansados después del violento esfuerzo.

Puck se encontraba en medio de aquella masa multicolor de gente que buscaba la salida a empujones, y decidió dirigirse hacia el otro extremo de las tribunas. Allí estaría más tranquila..., y podría llegar a la hora acordada a la torre. Estaba tan eufórica y orgullosa como si hubiera tomado parte ella en la regata, en el equipo danés... ¡Qué bien lo habían hecho! Ole se merecía un abrazo..., aunque esto era imposible. Ellen había dicho que una joven debía tener cuidado de no precipitarse.

¿Un abrazo pequeño? No, imposible... Ellen era muy inteligente. «¡Cuidado, Bente! No hagas ninguna tontería», pensó.

Puck llevaba diez minutos esperando junto a la torre cuando apareció Ole. Estaba muy guapo con su jersey azul y el emblema de su club bordado en el bolsillo superior. Su cara mostraba una amplia sonrisa.

— ¡Hola, Puck!

— ¡Hola, Ole! ¡Felicidades!

De pronto, Puck se olvidó del consejo de su madrastra... y besó a Ole en la mejilla.

[image]

* * *

El sol estaba bajo e incendiaba las olas de Oeresund. En el estrecho navegaban los yates como cisnes. Hacia el este, la costa sueca se perdía como una cinta marrón sobre el agua. El anochecer era tibio y agradable después del caluroso día...

Puck y Ole estaban silenciosos, contemplando el maravilloso espectáculo. Por la puerta abierta del restaurante salía una música romántica. Ole había añadido a su invitación de tomar café juntos la de salir a cenar; sin embargo, no tenían hambre.

Mientras tomaban el café, Puck había sorprendido a Ole diciendo:

— Debido a las circunstancias especiales de este día, me apetece tomar una copa con el café. No sé nada sobre licores. ¿Quieres elegir por mí? Que no sea demasiado fuerte, por favor.

Mientras tomaban el café y los licores, Puck sólo abrió la boca para hablar de la emocionante carrera; pero Ole se dio cuenta de que se portaba de una manera muy extraña. Al final dijo:

— Celebro que te haya gustado tanto nuestro segundo puesto. Yo también estoy contento. No lo esperaba. Pero hay algo que me extraña muchísimo...

— ¿El qué?

— No me has preguntado ni una vez por la carta de amenaza...

— Es verdad, perdóname... ¿Encontraste algo?

— Mucho.

Y Ole se puso a explicarle su investigación, mientras Puck le escuchaba por pura cortesía. No parecía muy interesada y Ole se sintió decepcionado. Había estado tan seguro de que Puck recibiría sus noticias con júbilo. Y le preguntó un poco triste:

— ¿Quizá ya no te interesa la solución de este misterio?

— Claro que sí — contestó la muchacha rápida y nerviosa—. Te estoy muy agradecida de que te hayas tomado la molestia y me has impresionado, de veras... Eres tan buen detective como...

De pronto se calló. Luego continuó, casi enfadada:

— Todo esto me da exactamente igual.

Ole la miró un tanto sorprendido.

— Pero ¿qué te pasa, Puck? En Bagsvaerd parecías tan contenta y ahora estás triste. ¿Puedo ayudarte en algo?

— No.

— Pero yo quisiera...

— ¡Ah, calla!...

Puck se levantó con tal rapidez que la silla cayó al suelo. Luego salió corriendo. Durante un momento, su compañero quedó perplejo, pero en seguida se levantó y salió tras ella. Los clientes de las mesas cercanas les miraban sorprendidos. Algunos comentaron que, sin duda, se trataba de una pequeña riña entre novios.

Puck siguió corriendo por el parque que rodeaba el hotel; pero, poco después, empezó a disminuir su velocidad. Durante una fracción de segundo, le habían fallado los nervios. Ni siquiera sabía hacia dónde correr ni por qué corría.

Aquello era ridículo. ¿Qué pensaría Ole de ella? Seguramente, que le faltaba un tornillo y sin duda era verdad. Cuando Ole la alcanzó, estaba llorando. La tomó en sus brazos y la apretó contra sí.

— Pero, Puck, cariño, ¿qué tienes?

— Nada..., nada en absoluto —sollozó Puck sin razón.

— Claro que te pasa algo, tesoro..., cuéntamelo.

En medio de su llanto, Puck se dio cuenta, de pronto, de que Ole le había llamado cariño; pero eso aún le hizo sollozar con más fuerza. Temblaba mientras se apretaba contra él.

— Fue lo de la carta... — confesó ella al fin.

— ¿La carta?

— Sí, tú sólo estabas pensando en esa estúpida carta..., mientras yo..., pensaba en otra cosa...

— ¿En qué pensabas? — preguntó Ole.

— En... nada...

— Vamos..., dilo de una vez —le ordenó él mientras la sacudía suavemente.

Puck hipó desolada;

— Pues pensaba que yo, allí, a la orilla del lago, me sentía tan feliz de que hubieras ganado...

— Entramos en segunda posición...

— Que te di un beso... y creí que tú también podías haberme dado otro en la mejilla, pero sólo hablaste de la carta...

No logró decir nada más, porque Ole la besó..., y no en la mejilla. Puck se apretó contra él, como si temiese que se le fuera a escapar. Al final la soltó, acariciándole la mejilla húmeda.

- Vamos, cariño. Debemos regresar...
- Tengo el pañuelo en mi bolso — siguió hipando Puck.
- Toma el mío...
- Gracias.

[image]

Poco después regresaron a la mesa. Ole había rodeado los hombros de Puck con su brazo, y ella estaba radiante. Los clientes de las mesas cercanas volvieron a hacer comentarios. «Se había tratado de una pequeña riña entre enamorados.» «Era evidente que no podía durar aquel enfado, porque se veían hechos el uno para el otro.»

El nerviosismo de Puck era visible, pero intentó ocultarlo diciendo:

— Menos mal que no me pinto los ojos, pues hubiera tenido un aspecto desastroso con todo el rimel corriéndome por la cara. ¿Hubieras sentido vergüenza de estar con una chica así?

— No, tratándose de ti, Puck.

— Eres un encanto...

— Como hombre, no me gusta ser encantador — rió Ole — no obstante, espero gustarte de todas formas...

— ¿Que si me gustas? ¿Cómo puedes dudarlo?

Él intentó reír; pero, de pronto, su voz se tornó seria:

— Como te habrás dado cuenta, soy muy olvidadizo, hace un momento me olvidé de algo muy importante...

— ¿El qué?

— Olvidé preguntarte si me aceptas...

— ¿Aceptarte? — preguntó Puck con voz insegura —. ¿Debo entender que te estás declarando?

— Pues..., sí —Ole sonrió con timidez.

— Te quiero.

Y de pronto sólo existían ellos dos en el mundo. Ole le dio un beso a Puck. Los «espectadores» asintieron comprensivos. Romanticismo en una maravillosa noche de verano.

Ole preguntó:

— ¿A qué hora tienes que regresar al colegio?

— Antes de las doce.

— Estupendo. Tenemos tiempo de sobra. Espérame un momento. Voy a llamar por teléfono a mis padres. Luego iremos a

mi casa para que puedan felicitarnos...

Ole corrió hacia el hotel, mientras Puck se quedaba contemplando la brillante superficie del agua con ojos que irradiaban felicidad. Nunca se había sentido tan inmensamente dichosa..., era la muchacha más feliz del universo. Poco después regresó Ole. Había pagado la cuenta y dijo que ya podían marcharse.

Fueron seguidos por muchos pares de ojos, cuando, cogidos del brazo, caminaban en dirección al aparcamiento. ¡Qué buena pareja hacían!

Mientras Ole conducía su pequeño descapotable rojo hacia el sur, por Strandvejen, la cabeza de Puck descansaba en su hombro. Sonreía completamente feliz.

[image]

Cuando los jóvenes llegaron a casa de Ole, en Ryvangen, le esperaba una maravillosa sorpresa a Puck. Su padre y Ellen también estaban allí. El director Bang les había telefoneado en seguida de haber hablado con Ole.

La joven pareja fue recibida con una lluvia de felicitaciones. Puck saltó al cuello de su padre y de su madrastra. Ole tomaba la situación con más sangre fría; sin embargo, no engañaba a nadie. Se le veía muy dichoso. En un mismo día se había comprometido con la chica más bonita del mundo y había ganado con su equipo un segundo puesto en una regata internacional... ¿Se podía pedir más?

La señora Bang abrazó a Puck y le dijo emocionada:

— No sabes lo contenta que estoy de que tú seas la elegida, querida hija. Ole conoce a tantas...

— Vamos, vamos — interrumpió el director Bang en tono alegre —. No vaya a creer Bente que Ole tiene todo, un harén.

— No quería decir eso —se excusó la señora Bang, un poco molesta —, sino que Ole no ha podido evitar el conocer a muchas jóvenes. Por fortuna, nunca se interesó por ninguna de esas pintadas muñecas que sólo piensan en bailar y divertirse. Bente no se pinta ni bebe...

— No obstante, tendrá que hacerlo esta noche — interrumpió el director Bang—. Quiero celebrar el compromiso de mis hijos con una botella de champaña.

Una vez llenas las copas, añadió:

— No me propongo pronunciar un discurso..., esperaré hasta la fiesta de compromiso..., pero de momento quiero felicitaros a ambos. Al igual que mi esposa, me siento feliz de tenerte en la familia, Bente. Eres una chica simpática, como nos gusta a nosotros..., y creo que tú serás la única que logre quitarle la manía del remo. ¿Me lo prometes?

Puck apretó el brazo de Ole y sonrió muy contenta.

— Pues me sentí tan orgullosa esta tarde cuando su equipo entró en segundo lugar que, sintiéndolo mucho, nunca me opondré a que siga con su pasatiempo favorito...

— Pero primero es el trabajo — gruñó el director Bang —. No se puede ser jefe de una empresa como la nuestra, entrando en segundo lugar en una regata..., no obstante, eso es asunto vuestro. Si no fueses tan vanidoso, Ole, podía decirte que eres un muchacho estupendo, responsable y eficaz... Y que espero mucho de ti, sobre todo después de haber elegido una mujer como Puck. Brindemos por vuestra felicidad.

Puck estaba a punto de romper a llorar de nuevo. Nunca hubiera creído que aquel «gruñón» pudiera hablar tan bien. ¡Qué día tan maravilloso!... ¡Qué feliz era! Después de haber brindado, la familia tomó asiento en el comfortable salón y la conversación se animó muchísimo. Ellen Winther abrazó a Puck y le musitó:

— ¿Ves como tenía razón?

— Sí, fuiste muy sagaz —susurró Puck dando un beso en la mejilla a su madrastra—. Soy tan feliz, tan feliz...

— Como yo hace cinco años, cuando tu padre se me declaró... y aún sigo siendo muy feliz. Espero que tú puedas decir lo mismo dentro de cinco años.

— Estoy segura de que sí, Ellen...

El director Bang carraspeó y dijo:

— Ya que estamos reunidos, podemos hablar sobre algunos detalles prácticos. Dentro de un par de semanas, usted volverá a la India, señor Winther. Habíamos pensado en que Ole se reuniera con usted un mes más tarde; no obstante, creo que será mejor que se marche con ustedes...

— ¡Ay, no...! — se le escapó a Puck.

El director sonrió.

— Te comprendo muy bien, Bente. Prefieres que Ole se quede

contigo el mayor tiempo posible, aunque vas a reunirte con él dentro de medio año, en Nueva Delhi..., ¡ejem!... Bueno, yo no soy quien para meterme en los asuntos de los demás. Quizás haya otra solución...

— ¿Que yo me fuese con ellos? —se adelantó Puck emocionada.

— Algo así —asintió el señor Bang—. Pero seguramente prefieres terminar los exámenes, ¿no?

— Bente es libre para decidirlo —replicó Joergen Winther—. Naturalmente, es una ventaja tener un diploma; pero ¿qué decís vosotros?

— A mí me gustaría que Bente pudiese venir con nosotros —declaró Ole con ansiedad—. Podíamos casarnos en Nueva Delhi.

— ¿Y tú qué dices, Bente? — le preguntó su padre.

— Vaya pregunta, papá. A mí el diploma ya me da igual. Sólo deseo estar con vosotros.

— Yo te quiero igual sin diploma — rió Ole.

Puck se apretó contra él.

— Yo también hubiera seguido queriéndote igual, aunque hubieseis entrado en el último lugar en la regata del lago de Bagsvaerd.

Y volviéndose hacia su padre, dijo:

— Eres muy gentil en dejarme decidir a mí. Como dije antes, me sentiría feliz de poder ir con vosotros a la India, y no sentiré en absoluto dejar el colegio. Me gustaba mucho estar allí, pero ahora se ha convertido en un lugar desagradable.

— ¿Y qué me dices de tus amigas, Bente?

— Todas son estupendas..., pero no tienen comparación con Ole. El director Bang volvió a carraspear.

— Bien, asunto resuelto. Creo que es la mejor solución...

— La solución más maravillosa — añadió Puck con alegría desbordante.

* * *

«Torbellino» estaba durmiendo el plácido sueño de los justos cuando Puck entró silenciosamente en «Las Rosas» y se sentó en su cama.

«Sería una lástima despertarla», pensó Puck, pero no podía resistir la tentación. Tenía que confiar su felicidad a alguien. Se levantó y sacudió suavemente a «Torbellino», que tardó un rato en

despertar. Cuando lo hizo, miró a su amiga con ojos soñolientos.

— «Torbellino», despierta... Estoy comprometida...

— ¡No me digas! —gruñó la adormilada muchacha—. ¿Con quién?

— Con Ole, naturalmente.

— ¿Y quién es Ole?

— Despierta de una vez, dormilona — dijo Puck alegremente —. Ole Bang se me declaró esta noche.

— Vaya, esto sí que es una noticia.

«Torbellino» se sentó en la cama, bostezó mientras se restregaba los ojos y de pronto preguntó:

— ¿Qué demonios estás diciendo? ¿Que te habías comprometido?... ¿Con anillo y todo?...

— El anillo será dentro de un par de días.

— ¡Qué divertido!... ¡Felicidades!

«Torbellino» fue al lavabo para refrescarse la cara. Más despierta ya, comprendió mejor lo que le explicaba Puck. Dio una fuerte palmada en el hombro de su amiga y dijo:

— Ole, ¿eh? ¡Vaya, vaya! ¿Es ese muchacho tan guapo del cual siempre hablas? ¿Os queréis de verdad?

— No podemos vivir el uno sin el otro.

— Has vivido perfectamente sin conocerle hasta hace sólo dos semanas —repuso «Torbellino»—. Pero, sea como fuere, recibe mi más cordial felicitación, Puck. ¿Y te reunirás con él dentro de medio año?...

— No, me marcharé con él dentro de dos semanas.

— ¿Que te marcharás dentro de dos semanas? —repitió su amiga boquiabierta—. ¿Te marchas del colegio?

— Sí...

— Perdona, pero son muchas noticias a la vez. ¿Te largas así, sin más, y nos dejas a nosotras luchar solas con «La mocasines»?

— No va a haber más luchas, «Torbellino» — sonrió Puck—. Te prometo que desde mañana «La mocasines» se convertirá en un manso corderito.

En aquel momento, se abrió la puerta y apareció el mencionado «corderito». Como siempre, sus ojos brillaban maliciosos.

— Así que aún no habéis apagado la luz. Informaré a la directora mañana mismo.

— ¿Por qué no se va a dormir?... Necesita usted descansar.

En circunstancias normales, Puck hubiera dado una dura respuesta a la odiada profesora, pero se calló. Era imposible reñir siendo tan feliz.

* * *

A la mañana siguiente no había ni una sola alumna del último curso que no se hubiera enterado del compromiso de Puck. Las felicitaciones llovían sobre ella. Sin embargo, la alegría se nubló cuando oyeron que Puck se marcharía del colegio dos semanas más tarde. Puck siempre había sido muy popular por su compañerismo y su buen humor. También la directora parecía triste por la noticia; no obstante, comprendió los motivos y también ella la felicitó cordialmente.

Después de las clases, Puck fue al edificio de las profesoras en busca de la señorita Meyer. La profesora la recibió muy sorprendida y preguntó con desdén:

— ¿Qué? ¿Has venido a mendigar el perdón, por no haber apagado la luz a tiempo?

— Ni lo sueñe — contestó Puck tranquila —. No me importan ni sus denuncias ni sus malas notas. Dentro de dos semanas tendré la dicha de no volver a verla más.

La señorita Meyer iba a decir algo, pero Puck no la dejó hablar.

— Sí; por fortuna, me marcho con mis padres y mi prometido a la India, y no voy a echarla de menos.

— ¿Quieres callar? — rugió la profesora.

— No, no quiero, porque aún no he terminado con usted. He venido para devolverle la carta amenazadora que usted misma escribió..., fue un truco despreciable...

— ¿Qué quieres decir? —hipó la profesora, que se había puesto lívida —. No comprendo ni una palabra...

— No, pero no se preocupe — declaró Puck tranquila —. Lo comprenderá. ¿Conoce usted el texto de esta carta?

Puck le mostró la copia que Ole le había hecho. La señorita Meyer echó una mirada y exclamó furiosa:

— ¿Cómo... cómo te has enterado?

— Éste es mi secreto, y puedo asegurarle, señorita Meyer, que esta copia es una prueba de que usted escribió la carta de la cual quería acusarme...

— Dámela en seguida.

— Supongo que le gustaría tenerla —sonrió Puck con burla—. Pues no. Es un papel muy importante. Lo conservaré hasta el día de mi partida, luego se lo entregaré a alguna de mis amigas. Como usted no se porte mejor, ella se la entregará a la directora con la correspondiente explicación. No creo que a la directora le guste, señorita Meyer. Tampoco voy a darle la carta original, porque las dos cuartillas juntas constituyen la prueba contra usted.

Puck terminó con toda tranquilidad:

— Es una «declaración de guerra», señorita Meyer, usted sabrá si quiere pelear o no.

La señorita Meyer fue incapaz de pronunciar una palabra. Cuando Puck se hubo marchado, se reclinó en su silla, pálida y temblorosa.

De momento, Puck no quiso decir nada a sus amigas sobre la prueba que tenía contra «La mocasines» y todas se sorprendieron durante los días siguientes por el pacífico comportamiento de la antipática profesora. Ésta no hizo ningún comentario hiriente ni sacó su odiosa libreta negra.

Las muchachas del último curso también se portaron mejor. No tenían motivo para provocarla, si «La mocasines» las dejaba en paz. Nadie podía recordar que sus clases hubiesen transcurrido alguna vez tan tranquilas como entonces.

«Torbellino» creía saber la razón, y le dijo a Puck:

— La hiena se ha amansado al saber que te marchas del colegio.

— Es muy posible — admitió Puck con sonrisa misteriosa.

* * *

La fiesta de compromiso de Puck y Ole fue celebrada por todo lo alto en la mansión de la familia Bang. Puck había invitado a todas las chicas del segundo y del tercer curso, y Ole a medio centenar de compañeros del «Club Estudiantil de Remo». También la directora asistió a la fiesta. Sin embargo, Puck no había querido invitar a las profesoras por no tener que excluir a la señorita Meyer.

Era un sábado por la noche y, como la directora estaba presente en la fiesta, se olvidó por una vez del horario. Las chicas se lo agradecieron muchísimo.

La señorita Moeller estaba sentada a una mesa, con los señores Bang, Joergen Winther y su esposa Ellen. Como siempre, fumaba su

gran puro. Después de contemplar un buen rato a las parejas que bailaban, se volvió hacia el ingeniero Winther.

— No es ningún secreto, ingeniero Winther, que siento perder a Bente medio año antes de lo que esperaba, pero comprendo perfectamente los motivos y sólo puedo desearle toda la felicidad del mundo. Tiene un carácter muy noble y ejerce una buena influencia sobre sus compañeras...

— Me alegra oírlo — dijo con orgullo el padre de Puck —, el director Frank, del pensionado de Egeborg, tenía la misma opinión de ella... Yo también pienso lo mismo de mi pequeña...

— ¿Pequeña? —rió la señora Winther—. Vamos, Joergen, Puck ya no es ninguna niña. Aunque ella sea sólo mi hijastra, quiero hacer constar que hay que buscar mucho para encontrar una joven tan encantadora, sensata y buena como Puck.

— Estoy de acuerdo con usted, señora Winther — intervino la señora Bang—. Me siento muy contenta de tenerla como nuera, y mi marido piensa igual..., ¿verdad?

— Así es —admitió él sonriente—. Ciertamente es hermosa, encantadora y todo eso; pero, para mí, es mucho más importante saber que ella ejercerá una buena influencia sobre nuestro remero.

La directora añadió:

— Bente tiene una excelente mano izquierda. Se impone de una forma que nadie se da cuenta.

La fiesta continuaba en un ambiente de gran alegría. Cuando la directora, cerca de las dos de la madrugada, comunicó que las muchachas debían irse a dormir, todas ellas lo sintieron. También Puck debía despedirse; seguía siendo alumna del Instituto y, como tal, tenía que registrarse por el reglamento.

Fue una larga despedida. La señorita Clara Moeller tuvo que armarse de paciencia durante media hora, antes de poder llevarse a todas sus alumnas al colegio.

* * *

En el restaurante del aeropuerto estaban reunidos para el almuerzo el matrimonio Winther, Puck, Ole, el matrimonio Bang y también Karen, Navio, «Torbellino» y Karina. Puck había pedido que sólo fueran ellas cuatro quienes la despidiesen en el aeropuerto. Por la mañana había dicho adiós a todas sus compañeras del Instituto.

El ambiente alegre estaba salpicado de tristeza. Sobre todo, a Navio y Karen les era difícil animarse. Habían sido durante siete años las mejores amigas de Puck, y era terriblemente difícil despedirse de ella. ¡Cuántas aventuras juntas! Habían sido siete años maravillosos, llenos de emoción, alegrías y, sobre todo, de un compañerismo inquebrantable. Pocas chicas habían tenido una infancia como ellas. Tampoco «Torbellino» y Karina estaban muy alegres, pero no se sentían tan tristes como Navio y Karen. Sólo habían conocido a Puck durante tres años; aunque, a pesar de ello, también la apreciaban muchísimo y estaban seguras de echarla mucho de menos. Ellas también iban a abandonar el colegio dentro de medio año..., pero medio año podía resultar una eternidad sin Puck.

A intervalos se oían decir por los altavoces:

— «Attention, please... Attention, please...»

Luego seguían las informaciones sobre las salidas de los aviones a Londres... Amsterdam... Estocolmo... Madrid... Lisboa... Roma... Los pasajeros iban acudiendo a la salida...

Llegó el turno al avión de la familia Winther y de Ole. Todos los presentes se dirigieron hacia el vestíbulo de salida, donde las despedidas se sucedían en todas las lenguas del mundo. Puck abrazó a sus amigas. La madre de Ole se secó una lágrima con su pequeño pañuelo de encaje. El director Bang deseó un feliz viaje a todos, y, después de ello, los viajeros se dirigieron hacia la salida, donde una simpática azafata esperaba para conducirlos a bordo.

De repente, Puck volvió corriendo y entregó un sobre a Karen, mientras le decía con prisas:

— Si «La mocasines» vuelve a las andadas, abre este sobre, Karen, y entérate de su contenido.

— Sí, pero... —empezó a decir Karen confusa.

Puck le interrumpió:

— No tengo tiempo para explicaciones. Van a marcharse sin mí...

Y echó a correr para alcanzar a su familia mientras gritaba:

— ¡Cuando llegue a Nueva Delhi, os escribiré!

— Nosotras también te escribiremos, Puck...

— ¡Estupendo!... ¡Gracias!...

Y Puck desapareció por una de las puertas.

Durante un momento, las cuatro amigas se quedaron calladas. Luego, «Torbellino» dijo alegremente:

— Bueno, eso fue todo, chicas. Puck se ha marchado hacia un mundo nuevo y mejor. Dentro de un par de meses se habrá casado con ese guapetón de Ole. Salgamos a la terraza para despedirla cuando despegue el avión.

[image]

Navio lloraba desconsoladamente y Karen sintió un nudo en la garganta cuando, un poco más tarde, estaban junto a la barandilla. No era fácil despedirse de una muchacha, que había sido tan buena amiga durante siete años.

— ¿Crees que volveremos a verla, Karen? —hipó Navio en voz baja.

— No, Navio, no lo creo. La India está muy lejos...

En la pista de despegue empezó a rodar un gran avión, primero lentamente, luego con más rapidez. De pronto, despegó del cemento en un salto elegante hacia el cielo azul...

Las cuatro muchachas no sabían si se trataba del avión de Puck, pero agitaron los brazos y sus pensamientos siguieron a su amiga.

«¡Adiós, Puck!... ¡ Suerte!... ¡ Y gracias por todos estos años de buen compañerismo y amistad!»

[image]

FIN